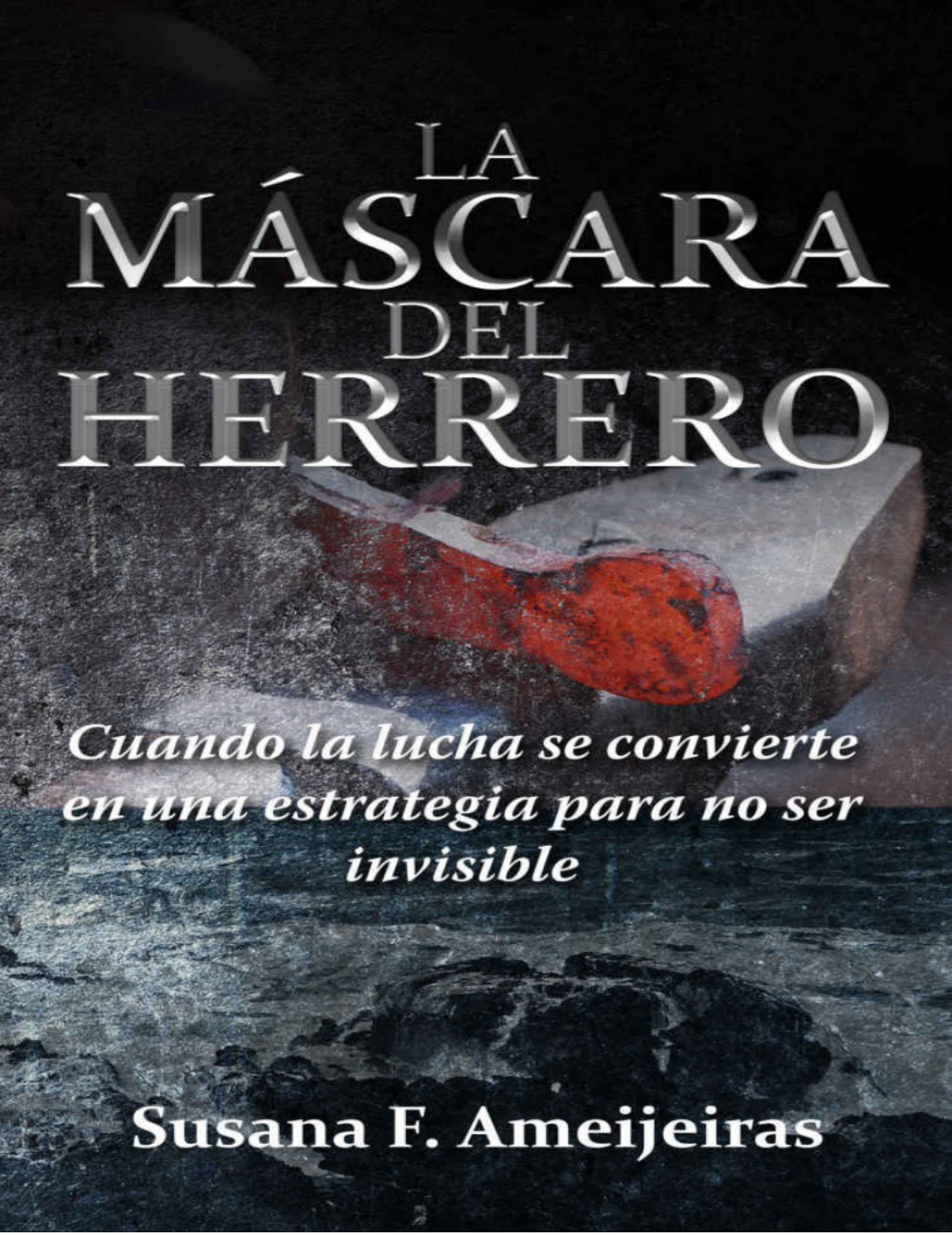
LA MÁSCARA DEL HERRERO



Cuando la lucha se convierte en una estrategia para no ser invisible

Susana F. Ameijeiras

LA MÁSCARA DEL HERRERO

Susana F. Ameijeiras

LA MÁSCARA DEL HERRERO

Cuando la lucha se convierte en una estrategia para no ser invisible

EDITORIAL
LETRA MINÚSCULA

Primera edición: abril de 2021
Copyright © 2021 Susana F. Ameijeiras
Editado por Editorial Letra Minúscula
www.letraminuscula.com
contacto@letraminuscula.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

Índice

Capítulo 1
El hogar

Capítulo 2
La casa del señor rico

Capítulo 3
El herrero

Capítulo 4
Ilusión

Capítulo 5
Ilusión versus desconcierto

Capítulo 6
Solo desconcierto

Capítulo 7
Primeros pasos hacia el mar

Capítulo 8
Más cerca del mar

Capítulo 9
En el mar

Capítulo 1

El hogar

Las cajas inundaban el suelo y eso hacía que, de un momento a otro, pudiera acabar entrando en cólera, pero lo sabía disimular. De hecho, disimular, era una de mis especialidades.

—Maca, no creo que te cueste tanto meter al menos la ropa en el armario —dijo Esteban.

Esteban nunca fue un hombre demasiado alto, le faltaba algo de pelo, pero sus ojos tenían una caída que solo define a los hombres buenos y profundos... a los hombres bienintencionados y serenos.

Macarena, mi hija, era por aquel entonces una adolescente de 15 años cuando nos mudamos a la nueva casa. Al nuevo hogar.

Llegamos una tarde de sábado a finales de septiembre. Habíamos decidido darnos la oportunidad de vivir frente al mar aprovechando el nuevo puesto de trabajo de Esteban en un bufete de abogados de un pequeño pueblo costero de cuyo nombre prefiero no acordarme (para algo sirven las grandes frases de los que fueron grandes sintiéndose, a veces, bastante pequeños).

A medida que nuestro coche se acercaba a aquella calle estrecha, me iba dando cuenta de que el cielo gris inundaba gran parte del paisaje y de que, apenas al fondo, había un destello de luz sobreviviendo a los últimos días de verano.

Aquel día no supe cómo describir aquella sensación, pero, para algún órgano de mi cuerpo, no pasó desapercibida; algo se movió dentro de mí, ni bueno ni malo, solo algo. Ese efecto duró unas pocas décimas de segundos; era una emoción extraña, casi imposible de saborear.

No pude saber qué era porque se esfumó de golpe, pero dejó en mí un mensaje que solo unas pocas semanas más tarde empecé a descifrar. Ya no había vuelta atrás, ya estábamos dentro de aquel pueblo medio esperanzador… medio oscuro.

Esteban abrió la puerta del maletero; la mayoría de las cosas ya estaban dentro, puesto que la empresa de mudanzas se había encargado de traerlas unos días antes. Nosotros solo llevábamos unas cuantas maletas y bolsas con algo de comida, abrigos, zapatos…

Miré de frente hacia nuestro nuevo hogar. Dos pequeñas plantas se alzaban bajo un escaso terreno de hierbas y maleza que se sumaban al

aspecto grisáceo del cielo aquella tarde de sábado.

Las paredes eran blancas, recién pintadas. Las ventanas, rojas, algo curioso y pintoresco que no me desagradaba en absoluto.

Al entrar, subí directamente las escaleras al primer piso en donde se encontraban los dormitorios. Dejé dos maletas y miré por la ventana: el mar azotaba con fuerza y el cielo cada vez se oscurecía con mayor rapidez. “Quizás no haya sido buena idea venir una tarde tan oscura”, pensé, “No es la mejor hora para hacer cambios”.

Esteban seguía peleándose con Maca para que, al menos, guardara su ropa y su calzado… el resto podríamos hacerlo poco a poco. Maca no hacía caso, y yo, tampoco.

Seguía mirando hacia esa ventana y no conseguía saber qué era eso que me incomodaba. La mayoría de la gente quiere estar frente al mar, pero esa imagen idílica e inspiradora que otros parecen percibir en ese enorme charco interminable, yo no conseguía verla. Algo oscuro salía de aquel movimiento que desprendía espuma con el empuje de sus olas. Algo quería decir esa fuerza inquieta e infinita que sabemos que jamás se va a detener: una y otra vez golpea y golpea sin cansarse…

—Olivia, no pareces muy contenta de poder tener una casa con vistas al mar —dijo Esteban con un tono cariñosos mientras ponía su mano en mi hombro.

—No, no es eso, me gusta, pero… tal vez ahora mismo solo sea una sensación de miedo por empezar algo nuevo —dije mientras lo miraba con una leve y, en cierto modo, fingida sonrisa para que no se preocupase en exceso por mi más que notable cara de cierta tristeza—. Echo de menos nuestro pequeño piso, supongo. Además, es tarde, mejor será que deje de mirar por la ventana y empiece a colocar lo más necesario —continué diciendo mientras me dirigía al dormitorio dando zancadas entre las cajas.

Esa misma noche cenamos comida preparada que compramos por el camino. Todavía aquella casa no parecía un hogar. Demasiadas cosas sin colocar, demasiado caos alrededor. Supuse que no dormiría de noche, no es que lo haya supuesto, es que creo que fue una sentencia firmada desde el mismo momento en que lo pensé. Y así fue.

Al día siguiente, cuando desperté a las cinco de la madrugada, sin apenas haber dormido unas cuatro horas, me di cuenta de que había sido una pésima idea haber hecho la mudanza un sábado para amanecer un domingo con el cielo completamente gris y el pueblo hundido en un inquietante vacío.

“No estoy preparada para este recibimiento tan cutre”, pensé.

Miré las cajas, y todavía me sentí peor. Desorden, cielo gris, frío y soledad. Una buena combinación para empezar de cero...

Bajé a la cocina, busqué la caja donde se encontraba la cafetera, la

cogí y miré hacia los lados tratando de encontrar un lugar donde poder colocarla. Es curioso, primero busqué un espacio para unos cuantos gramos de plástico antes que uno para mí, pero así fue. Supongo que en ese momento pensaba que no era nadie sin un café en la sangre, lo mismo que no eres nada sin sangre corriendo por las venas.

Una vez que la mezcla de sangre y cafeína empezó a burbujear por mis arterias, conseguí levantarme por dentro (por fuera llevaba algo más de una hora despierta).

No sabía qué hacer, todavía no eran ni las siete de la mañana. Así que, con mucha pereza y con bastante miedo…, volví a asomarme a la ventana y ver el mar.

"No lo entiendo", pensé. "No me parece ni tan bonito ni tan mágico como todo el mundo recuerda en sus instantáneas de verano. No consigo ver esa sensación tantas veces repetida en anuncios de televisión y campañas publicitarias en las que el mar es el elemento más persuasivo para vender cualquier cosa, aunque sea una cafetera. Nunca compraría una cafetera en cuyo reclamo publicitario saliera el mar".

Mientras terminaba ese pensamiento, volví a darme la vuelta para ver qué podía hacer que no fuera desempaquetar cajas; para eso prefería tener a Esteban y a Maca levantados, y no pasar el tormento yo sola.

No se me ocurría nada, solo dos opciones: o arreglar la gran duna de cartón que se levantaba a cada paso que daba, o mirar por la ventana y ver el mar.

Pocas opciones y, todas, desoladoras. Así que cogí el móvil. Y entonces me sentí fatal por mirar a una pantalla teniendo en frente de mí al todopoderoso océano, al que no quería ni ver.

Hubo suerte: Esteban se levantó.

—Buenos días —dijo Esteban mientras trataba de despejar los ojos con sus dos dedos de la mano y si dirigía hacia la ventana—. Qué maravilla de vistas tenemos por la mañana, ¿no te parece precioso? —me preguntó, con una mirada de satisfacción esperando que yo le contestara con su mismo entusiasmo.

—Sí, es precioso, llevo viéndolo desde que me levanté, tenemos mucha suerte de poder vivir cerca del mar —contesté, sabiendo que la ironía se había adentrado durante unos segundos en mi cuerpo, "será culpa de la cafeína, tal vez debiera dejar de tomar café y conformarme con una sosa infusión".

—Veo que has sacado primero la cafetera, buena idea —continuó Esteban, y se dirigió con una envidiable actitud hacia la cocina.

Tras desayunar y vestirnos, comprobando así que la ducha funcionaba, que el calentador funcionaba, que el agua corría con

soltura (como no podía ser de otra forma, dado que estábamos al lado del mar), Esteban decidió estrenar su primer día en el pueblo yendo a buscar el periódico. Me invadió una extraña envidia al percibir la ilusión con la que salía por la puerta, la curiosidad por adentrase en el entorno de su nuevo hogar y captar todos los detalles para hacerlos suyos.

Yo no podía, había una extraña barrera entre ese nuevo espacio que me amenazaba con hacerme un pulso y ser más fuerte que yo. Tal vez estaban saltando todos mis soldados con sus cañones preparados para que el territorio no se revelara contra mí. Una osadía que nunca quise analizar demasiado para no caer en la tentación de pensar que pudiera ser castigada por querer controlar algo que era más grande que yo. Tal vez los dioses no me lo perdonaran y apareciera su furia en cualquier momento desde cualquier parte de ese cielo gris a través de esa ventana desde la cual se suponía que teníamos casi las mejores vistas del pueblo.

—Buenos días, Maca —dije con mucha alegría, pero sin mucho éxito, puesto que Maca suele levantarse con los auriculares incorporados en sus orejas y no atiende a nada, no escucha… solo clava la mirada en la pantalla de su teléfono y levanta la vista a modo de saludo. Quizás es mucho pedir que levante la mano, y que salga un "buenos días" de su boca, ya es algo con lo que no cuento desde hace un largo tiempo.

Supuse que, a esa edad, a ninguna niña le produce especial ilusión trasladarse a un pueblo y dejar la comodidad de una ciudad, entendiendo por *comodidad* lugares donde ponerte ciego de bocadillos, hamburguesas, bebidas azucaradas en enormes vasos de plástico. Lugares donde el ruido y la espectacular iluminación hacen que te olvides de todo y que tu mundo se vuelva excitante y divertido. Tener enfrente de ti todos los días al océano enmascarado de plácida y suave serenidad no era, para ella, en absoluto divertido.

—Maca, ¿por qué no sales a dar un paseo con tu padre? Seguro que, si te vistes rápido, lo encuentras enseguida. Solo fue al quiosco a comparar el periódico —dije pensando que, como madre, había dado un consejo sabio y coherente con el que añadir una pegatina más a mi libreta de actuaciones brillantes.

—Si tanto te gusta, ¿por qué no sales tú a pasear? —dijo la niña con auriculares quitándome la pegatina en mi libreta y poniéndosela ella en la suya.

En ese momento supe que Macarena y yo estábamos en el mismo bando, solo que por distintos motivos: ella, por aburrimiento, y yo, por miedo sin saber a qué.

—Está bien, ya que no vamos a salir ninguna de las dos, al menos habrá que empezar a abrir cajas, así que deja la pereza y ayúdame —

dije mientras me daba perfecta cuenta de que estaba vengándome por haber violado mi orgullo de madre con una contestación tan cierta como arrogante.

Maca me ayudó con las cajas, eso sí, con muy pocas ganas, pero al menos lo hizo, y yo no tenía derecho a comenzar una lucha a ver quién tenía más ganas de hacer algo porque era probable que yo saliera perdiendo.

De repente, sonó el timbre.

Solté la caja, y Maca y yo nos miramos.

"¿Quién puede ser?", pensé.

Miré por la ventana, y vi a un hombre alto y delgado con el pelo oscuro y un chubasquero. No pude ver su cara.

—Buenos días. ¿Eres Olivia?

—Sí, soy yo —contesté con un cierto gesto de intriga.

—Soy Víctor, el dueño del quiosco. Ya he hablado con tu marido y por eso he venido, para hablar un poco de los horarios y de cuándo puedes empezar a trabajar.

—Disculpa, Víctor —dije algo incómoda, aunque tratando de disimular con una leve sonrisa—. Pensé que serías…

—Que sería un señor mayor, un anciano… Lo sé, no es normal que un hombre de 43 años quiera que le atiendan el quiosco —dijo. Sonreía como si ya contara de antemano con mi extrañeza y estuviera esperando a que la verbalizara.

—Pasa, por favor.

La cabeza de Maca asomaba en el piso de arriba sin poder evitar la curiosidad o más bien para comprobar si era más divertido lo que ahí abajo pasaba que vaciar cajas.

—¿Quieres un café? —ofrecí.

—No gracias, justo ahora acabo de desayunar con mi hijo.

La curiosidad empezó a alegrarme el día.

—¿Tienes un hijo? ¿De qué edad?

—Se llama Ylli, tiene 17 años.

Supongo que mis segundos de silencio al escuchar un nombre tan peculiar, sobre todo teniendo en cuenta que él se llamaba Víctor, hicieron reaccionar a ese hombre y lo instaron a dar algunas explicaciones no pedidas.

—Es un nombre de origen albanés. Mi madre es española y mi padre nació en Albania. Emigramos a España cuando yo tenía 15 años.

—El nombre es muy original, desde luego —dije queriendo ser amable.

—Significa "estrella".

—Muy bonito —contesté dándome cuenta de que mi respuesta era más bien torpe, vulgar y simplista, y sintiéndome por lo tanto torpe, vulgar y muy simple.

Víctor sonrió…

—Pues, dime entones, ¿cuántas horas quieres que esté en el quiosco y cuándo puedes explicarme cómo funciona? —pregunté de manera instantánea para no tener que sentirme más incómoda si por un momento al desconocido se le ocurría contarme los traumas de su infancia y esas cosas, y yo no supiera cómo reaccionar ante temas tan profundos.

Aquel hombre tenía unos ojos negros brillantes y las cejas más perfectas que yo había visto jamás. Vestía con colores oscuros: pantalón negro, camisa gris muy oscura, zapatos negros y reloj también negro. Reconozco que tuve la tentación de averiguar si vivía solo con su hijo o había alguien más detrás de una familia en la que él era de origen albanes y se llamaba Víctor, y su hijo era de origen español y tenía un nombre albanés.

—El quiosco se abre a las nueve de la mañana y se cierra a la una. Es más que suficiente para la gente de un pueblo como este —dijo Víctor mientras yo pensaba en su color de pelo y sus cejas perfectamente arqueadas—. Mañana estaré contigo para enseñarte cómo funciona, aunque es un quiosco pequeño, enseguida te darás cuenta de dónde está todo. La gente siempre pide lo mismo.

—De acuerdo, Víctor —añadí—. Mañana nos vemos allí a las nueve.

Víctor se fue caminando pegado al muro que separaba el mar de la carretera y mirando fijamente a las olas. No sé por qué, pero eso no me gustó.

—Ya estoy aquí —dijo Esteban con el periódico en la mano y una barra de pan en la otra—. Dejo esto y rápidamente os echo una mano.

Esteban era un buen hombre, pequeño, pero un buen hombre.

Conseguimos colocar todos los enseres de las cajas antes de comer. Solo nos faltaba ubicar cuadros, adornos y ese tipo de cosas que colocas poco a poco y que van dando forma a lo que sería un nuevo hogar.

Ya en la mesa del comedor, que, como no podía ser de otra forma, daba al mar, abrimos las cajas de pizza que encargamos a un pequeño bar del pueblo y disfrutamos de un día de domingo extraño.

—Mañana por la mañana haré yo la compra, no tengo que ir al despacho hasta el miércoles. Tú no te preocupes por nada. Ve al quiosco, que yo me encargo de todo —dijo Esteban mientras intentaba poner en equilibrio un trozo de pizza que amenazaba con caer como una cascada rellena de queso encima de la mesa…

—La cebolla no me gusta —dijo Maca—. No sé cuántas veces os lo digo, pues a ver ahora qué cómo, porque tengo hambre y no hay nada.

—Maca, sácale la cebolla —dijo Esteban.

—Es igual, porque va a saber a cebolla, además, ¿qué quieres, que

escarbe en la pizza para encontrar los trozos como un cerdo dentro de una piara?

—Macarena, ¡vale ya! —dije saturada de la niña y de la cebolla—. Tienes dos opciones: o comerla o no comerla, tú verás lo que haces.

—Vale, ahí te queda, no la quiero.

—Pues sospecho que te vas a quedar con hambre porque no hay otra cosa.

—¡Qué os costaba pedirla sin cebolla! —gritó Maca ya fuera de sí —. N o es tan difícil, ¡solo era decir: "Sin cebolla"! —continuó gritando y dio un golpe en la mesa.

—Maca, siéntate, yo te quito la cebolla —dijo Esteban.

Esteban tenía una extraña habilidad para solucionar cualquier problema dejándome a mí como la mala de la película. Mientras él intentaba ser compasivo y arreglar las cosas de una manera pacífica, yo me sentía como si estuviera haciendo todo de la peor manera posible solo para que Macarena se diera cuenta de que es ella la que tiene que buscar una solución a un problema que no era un problema, era una maldita cebolla dentro de una pizza.

Macarena no quiso comer, cogió sus auriculares y se fue a la habitación.

—Déjala, cuando tenga hambre ya comerá. Para la semana que viene empieza el instituto, está nerviosa. Todo es nuevo para ella —dijo Esteban.

"Otra vez lo había vuelto hacer, ese domingo tocaba redimir mis pecados".

Ya por la tarde y con todo colocado y, lo más importante, con el televisor funcionando, me di cuenta de que el lunes empezaba a trabajar en el quiosco y que todavía no había salido al pueblo. Mirando otra vez por la ventana y viendo el cielo tan gris, había algo que me lo impedía, pero los remordimientos porque Maca estuviera sin comer hicieron que dejara de lado la melancolía. Aún era domingo, el día del Señor, así que todavía había tiempo para hacer la ley de la compensación: bajaría a comprar algo de comer para Maca.

Me miré en el espejó y mi pelo oscuro estaba demasiado corto, había ido a la peluquería justo un par de días antes de la mudanza y había pedido que me lo cortaran más que de costumbre. No era capaz de peinarlo bien y a mis 52 años no podía permitirme salir sin peinar. Volví a mirarme en el espejo para convencerme de que tampoco estaba tan mal; me puse el abrigo y salí por la puerta.

El aire frío me cogió por sorpresa metiéndose por debajo de mis pantalones; entonces pensé que, en vez de ir a la peluquería, tendría que haber ido a comprar unas buenas botas si quería sobrevivir en aquel lugar.

Caminé por la acera en vez de por el muro, solo incliné un poco mi

cabeza para ver si la madera estaba alta o baja o a lo mejor no pensé eso, tal vez miré para ver qué se cocía por ahí o a lo mejor simplemente miré porque lo tienes que mirar.

Nuestra casa estaba al fondo de una gran calle que parecía no tener fin. La construcción era muy bonita, pero no sé por qué motivo estaba en esa esquina y tan alejada del resto.

A lo largo del paseo se cruzaban distintas calles, cada una con pequeños comercios en los que había solo lo necesario: un pequeño supermercado, una pescadería, alguna modesta tienda de ropa…

Casi llegando al fondo de la calle, había una casa enorme… preciosa. Me había llamado la atención cuando vimos las fotos del pueblo. En todos los pueblos hay una enorme casa que seguramente sea de un enorme señor con mucho dinero. Los pueblos esconden ese tipo de historias…

Un poco antes de ver cómo te atacaba el caserío del señor rico imaginario, había un desvío y una pequeña plaza, y ahí estaba mi nuevo y flamante puesto de trabajo, que, además, se llamaba así: “El Quiosco”.

Me acerqué a él. Era muy bonito por fuera. El ladrillo habitual que representa este tipo de puestos fue sustituido por unas lindas tiras de madera. El tejado inclinado por ambas partes conservaba el habitual color naranja, acorde con las demás casas que acompañaban a este pintoresco tenderete, y, por último, una cristalera perfectamente limpia enmarcaba el quiosco de frente y por ambos laterales. “Si tiene calefacción, es perfecto para mí”, pensé.

—Buenas tardes —dijo una voz que salía de la casa situada justo detrás del quiosco.

—Buenas tardes, Víctor —contesté un poco extrañada por haberme encontrado a alguien dos veces en el mismo día en un pueblo donde todo estaba desierto, y el cielo, gris—, ¿esta es tu casa? — pregunté.

—Sí —dijo Víctor, que mantenía la puerta abierta—, aquí vivo — continuó diciendo mientras echaba una enorme sonrisa y miraba cómo alguien bajaba por unas escaleras.

La casa era pequeña. Tenía dos plantas y pude ver, mientras la puerta estaba abierta, cómo unas patitas largas terminaban de bajar las escaleras pintadas de color rojo.

—Este es mi hijo, Ylli.

—Hola, Ylli —dije mirando la cara de un niño, la más perfecta que había visto jamás. Sus ojos eran azules, nada que ver con los de Víctor, así que supuse que serían como los de su madre o de un antepasado. Su pelo oscuro y su boca grande eran como los de su padre, pero no el grosor de la boca, que con toda seguridad tenía que haber sido heredado de una mujer de ojos claros.

Su mirada era muy penetrante, tal vez porque a esos ojos azules

los rodeaban unas pequeñas pestañas oscuras, y, para ser tan joven, tenía ya una pequeña huella de expresión en medio de sus dos ojos. Parecía serio.

Su pelo no tenía un buen corte, o eso me pareció a mí en el momento en que lo vi bajar y el viento le sacudió de frente.

—Hola.

Ese fue su saludo, nada más. Llevaba un abrigo hasta las rodillas azul marino y tenía las manos metidas en los bolsillos. Debajo podía verse un jersey color blanco con pequeños relieves en forma de medio círculo. Los miré a los dos, primero a uno y después al otro. No se parecían demasiado, tal vez en el pelo, quizás en la estatura y en la complexión física. Entonces pensé: la madre de Ylli tuvo que ser guapísima.

—Voy a buscar algo de comer —dije rompiendo la magia de una escena perfecta con dos desconocidos—. Necesito saber de algún sitio donde hagan cualquier cosa, tal vez un bocadillo o algo caliente que se pueda llevar… No sé si me podéis ayudar.

—Cerca del descampado hay una bocatería, justo antes de llegar. Son solo las seis de la tarde, pero suele abrir pronto porque los chicos del pueblo a esta hora ya se reúnen y quieren comer, ya sabes… —dijo Víctor con un tono muy amable.

—De acuerdo, me acercaré si me dices dónde es.

—Te acompañamos hasta allí, nosotros vamos al descampado y queda de camino.

Llegamos a la bocatería y, mientras Víctor e Ylli se dirigían de frente rumbo a su destino, pude ver a lo lejos una masa de hierba muy corta de color mostaza con pequeñas zonas verdes. Era una playa sin arena, solo con hierba; al fondo, unas enormes rocas parecían enmarcar parte de la explanada. Allí el cielo no parecía tan gris, a lo mejor era por ese lugar por donde entraba el sol al pueblo.

No había grises, solo rojo, tal vez amarillo, un poco de azul claro, otro poco de azul más oscuro…

Por un momento pensé en acercarme hasta allí y olvidarme por completo de una adolescente hambrienta, pero una vez más, los remordimientos por no reparar mi desastre del mediodía fueron más fuertes que yo.

Entré en la bocatería y, aprovechando la disposición del cocinero, cogí varios bocadillos; así, la cena estaría servida.

Mientras esperaba a que nuestra cena cutre se envolviera en papel de plata, me di la vuelta para observar a los que, con total seguridad, serían los compañeros de Macarena en su instituto. Eran niños con una apariencia normal, y entonces me asaltó una duda: ¿por qué Ylli no estaba con ellos y, en cambio, se iba con su padre al descampado? ¿Viviría Víctor con la madre del chico o se habría fugado a algún

lugar, o estarían separados o…?

—Sus bocadillos, señora.

El olor a lomo frito y el calor del papel de plata en la bolsa volvieron a romper otra vez mis pensamientos sobre la vida del quiosquero albanés con nombre español.

—Gracias, buenas tardes.

Cogí mi bolsa y me fui.

De camino a casa, pensé que Macarena debería integrarse pronto al grupo de chicos. Es un pueblo pequeño, o estás con ellos o no estás. Tal vez termine por ser "la rara", "la nueva"… Temí por ella en ese momento. Es, incluso, posible que no consiga adaptarse y ese carácter que tiene para protestar por la cebolla en la comida aumente y acabe por tirar los platos o darles patadas a los muebles.

Mientras estos pensamientos absorbían mi mente, escuché un ruido estridente parecido a un plástico que comienzas a arrugar en las manos. Un ruido que deja como pequeños destellos o chispas que se difuminan poco a poco hasta que desaparecen unos segundos para volver a crujir de nuevo y volver a desaparecer. Entonces volvía la realidad que me mostraban mis ojos y me di cuenta de que estaba caminando cerca del mar.

Crucé la calle para separarme de aquel sonido que, lejos de producirme la calma que a todo el mundo parecía producirle, me resultaba atacante, amenazante, repetitivo y ensordecedor.

—¡Macarena! —dije en voz alta mientras entraba con mi bolsa de bocadillos esperando ser redimida por una niña de 15 años—. ¡Traigo algo de comer que te va a gustar, no lleva cebolla…!

Pensando que mi buena actitud iba a sacar una sonrisa a mi hija, esperé paciente a que ella bajara por las escaleras, me recibiera con los brazos abiertos y me diera el abrazo del día. Pero no fue así.

Maca no se había vestido en todo el día y seguía con los auriculares puestos.

Bajó las escaleras, cogió la bolsa de los bocadillos y se fue a la cocina sin decir ni una sola palabra.

—Déjala —dijo Esteban al ver mi cara entre sorprendida y decepcionada—, solo está intentando tomarse su tiempo para asimilar que tiene que empezar de cero en otro lugar. Dale tiempo, no pretendas que esté bien desde el primer momento.

—Podía molestarse en decir gracias, me he tomado el trabajo de bajar a comprar unos bocadillos —dije con un tono enfurecido. Mientras me quitaba el abrigo, me daba cuenta de que mi enfado no era por Maca, sino porque Esteban siempre tenía que poner boca arriba la última carta a modo de argumento perfecto que, por supuesto, me dejaba a mí como la madre torpe que no sabe ver el sufrimiento de una hija.

—Solo has salido a la calle —continuó Esteban—, además, seguro que el paseo te vino muy bien para tomar un poco el aire —terminó diciendo mientras me daba un beso en la mejilla.

No sé si fue la puntería de Esteban una vez más sacando el polvo a todo lo que yo decía… o la humedad en mis pies, pero de repente, sentí unas enormes ganas coger el coche y volver a la ciudad. Se estaba haciendo de noche demasiado rápido y todo por un instante se tornó de blanco y negro como si no existiera la luz en aquel lugar. Entonces, algo llamó mi atención.

Las farolas de la calle todavía no estaban encendidas, pero, al fondo, podían verse unos destellos de colores. Me acerqué a la ventana, cogí las gafas para poder ver mejor qué era, y allí estaba, era la casa del señor rico.

Las ventanas de una primera planta estaban encendidas y parecía que una ventana un poco más grande en un lateral también. “Aquel ventanal debe ser el salón”, pensé. “¿Cómo puede ser que todo el pueblo esté a oscuras menos esa casa? ¿Quién vivirá ahí?”.

—Mamá, ¿dónde compraste el bocadillo? ¡Está buenísimo! —interrumpió Maca.

Me di la vuelta y vi que Macarena estaba vestida y sin sus auriculares. Entonces, por un momento sonreí, hasta que me asaltó el pensamiento de si, tal vez, había sido Esteban el que le dijo que hablara conmigo. Pero preferí pensar que no.

Maca tenía el pelo muy largo y negro, se negaba a cortar esa melena pese a que le tapaba una cara preciosa que todavía no sé de quién pudo heredar.

Sus ojos eran pequeños pero chispeantes, su cara todavía guardaba cierto aspecto redondeado de sus primeros años de niña… aunque ya empezaba a vislumbrarse un mentón un tanto afilado, parecido al mío.

—Los compré en una bocatería que te va a gustar. Hay un montón de chicos de tu edad que seguramente irán contigo al instituto, tal vez podríamos ir de vez en cuando y así te vas familiarizando con ellos y con su ambiente.

—Mamá, ¡ya vale! Te he preguntado dónde habías comprado el bocadillo, que yo sepa en ningún momento te he dicho que quiera conocer a nadie —gritó Maca dándose la vuelta y recordándome que a veces es mejor que tenga la boca cerrada por muy buenas intenciones que tuviera con ella, porque no sé lo que quiere ni lo que necesita.

Solo quería que Macarena no sufriera, que encontrara pronto amigos, que mi casa estuviera de una vez con todo colocado, que el cielo no estuviera gris y saliera el sol, que el mar parara de moverse y hacer ruido, que las farolas se encendieran de una vez… Pero parece ser que las cosas no funcionan así y, por supuesto, nada de eso sucedió.

Ya de noche y con Macarena en su habitación (supuse que durmiendo), Esteban y yo nos sentamos en el salón para apaciguar nuestras mentes antes de dormir.

—Mañana empiezas tu primer día en el quiosco —dijo Esteban con las piernas y los brazos cruzados como si el comentario no tuviera importancia, pero a la vez mirándome de reojo para ver mi reacción.

—Sí, mañana empiezo.

—¿Estás nerviosa?

—No, la verdad es que no.

Era cierto, no estaba en absoluto nerviosa. Víctor me producía mucha confianza, tal vez una extraña confianza que no se sostenía en ninguna explicación razonable; era solo eso: confianza.

Su hijo Ylli también me la producía, quizás de una manera más extraña o más tierna debido a su corta edad. Lo cierto era que, en medio de todos mis deseos incumplidos, estaba la agradable sorpresa de comprobar que las primeras personas con las que había tenido contacto en el pueblo eran de mi agrado, y eso era algo que intuía muy dentro de mí que iba a ser así siempre, no había lugar para sospechar que en algún momento podría aparecer la decepción.

Tal vez fuera por sus nombres, por su altura, por sus ojos… quizás porque no sabía qué extraña mujer estaba detrás de estos dos hombres, la cual a uno le ha dado un hijo y al otro unos ojos azules; o porque desconocía el motivo por el que Víctor tenía un quiosco y no lo quería atender por las mañanas. O porque me intrigaba que Ylli no estuviera en la bocatería y hubiera preferido pasar un domingo en el descampado con su padre…

Por lo que fuera, pero las personas que de alguna manera no estaban donde se encontraban los demás me producían en aquel momento mucha confianza. No significa esto que al resto no las considerara personas de fiar, pero siempre queda el velo de la duda ante cualquier persona que está donde todos están. Sabes, de alguna forma, que primero tienes que conocerla, analizar sus debilidades, sus miedos, su carácter. Tienes que conocerlos a ella y a todos los habitantes que la acompañan. Estos pueden ser varios: el egoísmo, la culpa, la duda, el rencor…

Víctor e Ylli seguramente también tenían esas figuras de humo, pero por algún motivo no daban tanto miedo, eran más visibles, más reales… quizás en vez de estar a su lado estaban dentro de ellos, seguras, firmes y transparentes.

—¿Mañana vas a hacer tú la compra? —le pregunté a Esteban.

—Sí, iré yo por la mañana.

De repente me entró hambre. Fui a la cocina y vi el trozo de pizza que había dejado Maca al mediodía, lo puse en un plato y lo llevé al salón.

—Si quieres que compre algo puedes apuntarlo en la lista que está encima de la mesa de la entrada —continuó diciendo Esteban todavía con sus brazos y piernas cruzados.

—No sé, después lo pienso —contesté.

Mientras decía esto, me sorprendí a mí misma quitando los trozos de cebolla a la pizza. Me levanté y fui a dejar el plato en la cocina. Pasé por la mesa de la entrada y vi la lista de la compra, la leí y vi que Esteban había apuntado “Cebollas”. Sonreí. Cogí el lápiz y las taché de la lista.

—Ya apunté lo que quería en la lista de la compra, me voy a dormir. Hasta mañana —le dije a Esteban desde la puerta del salón.

—Hasta mañana —respondió, deshaciendo el nudo de sus brazos y sus piernas cruzados para estirarse cómodamente en el sofá.

Capítulo 2

La casa del señor rico

Lo primero que vi aquel primer lunes por la mañana nada más abrir los ojos fue el espejo de mi habitación. Un espejo grande que pertenecía a esa casa y que sus dueños habían decidido dejar anclado en la pared; nosotros quisimos conservarlo porque, en realidad, era un espejo precioso con un marco dorado y un relieve en forma de gota de agua que nos pareció muy original.

Esa mañana vi el espejo un poco borroso. Pensé que podría estar sucio. Después, miré el resto de la habitación y la sensación fue la misma. Una especie de imagen nublada de todo aquello se apoderó de mis pupilas incluso aunque cerrara y abriera los ojos con insistencia varias veces.

En vista de que la bruma de la habitación me impedía despertar, me levanté y me dirigí hacia el lavabo para echarme abundante agua en la cara. El agua salía muy fría para ser todavía septiembre.

Bajé las escaleras para dirigirme hacia la cocina y tomé mi primer café del día mientras miraba por la ventana para saber qué color me encontraría por las calles. “Otro día gris, como siempre”, pensé.

Cerré de golpe la fina cortina que cubría la ventana y encendí la televisión mientras desayunaba. Noticias, sucesos, el tiempo… Cambié de canal en bucle como el que abre la nevera cada cinco minutos esperando encontrar algo distinto.

Apagué la tele.

Al salir de la ducha, miré el armario para ver qué me ponía en mi primer día de trabajo. Pensé que no sería muy difícil aprender a manejar un quiosco, solo era cuestión de saber dónde estaba todo y poco más.

Reconozco que me atraía la idea de ver qué pedía la gente, de empezar a conocerlos, y estaba muy tranquila porque sabía que Víctor me acompañaría el primer día. La novedad no me disgustó, al contrario, me apetecía estar en esa caseta pequeña y recogida, rodeada de golosinas y periódicos. Un poco de color al día gris oscuro no vendría mal.

No sabía muy bien cómo vestirme para la ocasión. No estaba muy acostumbrada a arreglarme demasiado, así que intenté buscar alguna prenda cómoda, pero que a la vez me sentase bien. Solía tener ropa

una talla más grande que la mía, eso me hacía sentir cómoda al tiempo que ocultaba mi notable delgadez.

Decidí arreglar las ondas de mi pelo, más bien corto, y dar un poco de color a mi rostro con algo de maquillaje y polvos.

Mientras hacía estas tareas, se levantó Esteban.

—Buenos días —dijo, y apareció desperezándose desde la habitación.

—Buenos días. Termino de arreglarme y enseguida bajo a tomar otro café antes de irme —contesté.

Esteban preparó los cafés.

—Creo que se han levantado nuestros vecinos los ricos —dije asomada de nuevo a la ventana con la taza en mi mano.

—¿Vecinos ricos? —preguntó extrañado Esteban, y se puso a mi lado para intentar ver quiénes eran.

—Esa casa, ¿ves? —dije señalando al fondo de la calle la casa iluminada de un señor que no conocía pero que ya me había hecho una idea preconcebida de cómo tenía que ser.

—¿Y por qué iban a ser ricos? —preguntó Esteban volviendo a la mesa de la cocina con su taza de café y quitando hierro al asunto.

—En todos los pueblos siempre hay alguien que tiene una casa que destaca entre las demás. Ese es el rico. Puede ser que haya heredado una gran fortuna, o a lo mejor es un empresario o incluso un terrateniente…

—Te va a venir bien trabajar en el quiosco, si no, acabarás mirando por la ventana a todo el mundo que veas pasar e interesándote por sus vidas… Te recuerdo que así es como empieza uno a convertirse en un chismoso —dijo Esteban con una media sonrisa y me dio un beso antes de ir a la ducha.

El comentario de Esteban me molestó. No era una chismosa solo por mirar la casa de alguien y fantasear con lo que allí ocurría, solo era curiosidad, interés, lo que sea… Nada tenía que ver con los chismes.

Cogí mi abrigo con una sensación de malestar en mi cuerpo por ese comentario. Malestar, entre otras cosas, porque esa idea acabaría rondándome por la cabeza toda la mañana y terminaría por arruinar mi primer día en el quiosco.

“¿Quién le da derecho a juzgar de esa manera que mire por la ventana? Y ese comentario sobre lo bien que me va a venir ir al quiosco para no acabar como…”.

No había manera, esa idea no se me iba a quitar de la cabeza. No sabía muy bien si estaba furiosa por eso, o lo estaba conmigo misma porque me afectaran ese tipo de bromas totalmente fuera de lugar. Porque, sí, estaba fuera de lugar, aunque al hombre tranquilo y perfecto que parecía sentirse bien corrigiéndome todo como si fuera

una niña… le parecieran comentarios tiernos y sin maldad.

Empecé a apurar el paso mirando, todavía con la cara fruncida, hacia abajo. No tener la vista al frente no me impidió, sin embargo, darme cuenta de que la marea estaba alta y de que el mar crujía mucho más fuerte que el día anterior. No quise verlo, apuré el paso y llegué rápido a mi destino.

Víctor estaba dentro del quiosco. Esta vez no iba vestido de negro, sino que llevaba un pantalón gris y un jersey color rojo que hacía resaltar aún más su pelo oscuro.

—Buenos días, Víctor, aquí estoy —dije bastante más calmada al verlo dentro de lo que iba a ser mi lugar unas cuantas horas por la mañana.

—Buenos días, Olivia. Pasa, estoy terminando de colocar los periódicos, ahora te digo cómo tienes que hacer.

Entré en el quiosco intentando sentirme en mi piel a cada paso que daba para familiarizarme con ese lugar. No me hizo falta mucho esfuerzo, la iluminación era preciosa, cada bombilla estaba colocada en un lugar estratégico para que se iluminaran las pequeñas golosinas y también los chocolates. Otras luces, un poco más grandes y más tenues, daban claridad a las revistas y demás prensa que estaba colocada justo delante del mostrador. Detrás, unas estanterías guardaban botes de bombones de muchísimos tamaños y formas. Estos botes estaban iluminados con diminutas luces blancas que afianzaban más el color oscuro del chocolate.

—Estoy impresionada —dije casi sin querer.

Víctor sonrió.

—¿Cómo puede ser que un sitio de golosinas y periódicos pueda parecer casi un museo?… —dije sorprendida.

Víctor volvió a sonreír, aunque esta vez enseguida me di cuenta de lo que acababa de decir.

—Disculpa, no quería ofender al quiosco, me refiero a que no quiero decir que un quiosco no pueda ser bonito o no tenga importancia.

—Ibas bien cuando me hiciste el comentario, lo que sobra es la disculpa, es tal vez ahí cuando estropeaste el piropo. Aun así, entiendo lo que quisiste decir y te lo agradezco —respondió Víctor soltando una leve carcajada y, de paso, dejándome sin palabras.

—Tienes razón, mejor ya no digo nada más. Tienes un quiosco precioso…

Víctor me enseñó lo básico; en realidad, casi todo tenía que ver con el programa informático de las ventas. También me facilitó un teléfono por si surgía alguna duda o cualquier imprevisto.

Los clientes empezaron a venir y saludaban a Víctor a la vez que me miraban extrañados. Algunos preguntaban quién era yo, otros

pensaban que podría ser algún pariente de Víctor, otros simplemente me observaban y no decían nada…

Víctor se fue y me dejó al mando del pequeño palacio de golosinas. Yo me apoyé en el mostrador mientras veía a la gente pasar y no podía dejar de fijarme en sus rostros, sus ropas, si iban acompañados o solos, si venían de hacer alguna compra, si volverían a sus casas o se pararían en una cafetería… Qué vidas llevarán, si serían o no felices, si estarían casados y con niños…

Ver pasar a la gente y no conocerla despierta la imaginación y te lleva a crear miles de posibilidades de cómo son sus vidas. Es como un pasatiempo que no hace daño a nadie y que alimenta tu creatividad. No sabía por qué Esteban tenía que demonizar este ejercicio mental tan sano y llevarlo a algo tan simplista como un burdo acto de cotilleo.

Supuse que el hecho de que esa idea todavía me molestara se debía a algún tipo de complejo que yo tenía o a alguna virtud colocada en mí en el lugar erróneo, y que estaba viendo como un defecto. El caso es que, entre esos pensamientos, crear una vida para los habitantes y vender periódicos transcurrió, casi sin darme cuenta, parte de la mañana. Entonces apareció Víctor de nuevo.

—¿Qué tal todo?

—De momento, muy bien, Víctor, no es nada difícil —contesté—. He estado muy entretenida, es muy sencillo estar en un lugar seguro y bonito viendo a la gente pasar, pasaría horas aquí.

—Eso es lo que se suele decir cuando tienes por lo menos 80 años —dijo Víctor.

—Pues a lo mejor es que ya los tengo y no me doy cuenta —contesté sonriendo.

Sí, podía ser cierto lo que decía Víctor. Quizás esa sensación de recogimiento en la que ya no tienes mucho más que hacer, tan solo observar, es lo que se siente cuando llegas a los últimos años de tu vida. Esa especie de nido apaciguado que parece hacerse cada vez más pequeño hasta el punto de convertirse en una diminuta caseta de madera con un balcón desde donde puedes verlo todo.

—Supongo que ya habrás conocido a parte de los clientes. Por la mañana son todos mayores; después, por la tarde, llegan los niños y los chicos, ahí es cuando hay más trabajo. Las mañanas suelen ser muy tranquilas —dijo Víctor.

La realidad era que me encantaba esa sensación de ver llegar por una pequeña ventana a una persona que venía a buscar algo que tú tenías dentro de una caseta mientras la esperabas desde un pequeño balcón. Esa sensación de proximidad, de sentir que alguien se acerque a pedirte algo que tú tienes dentro del lugar en que te encuentras, era como un gesto muy cálido y humano en el que dos personas se juntan

para realizar un intercambio de lo que sea.

Puede ser darte los buenos días, pedirte un periódico y comentarte la primera noticia, pedir un libro de pasatiempos, una revista… Tal vez unos bombones o unas chocolatinas. Saber lo que necesitan y poder dárselo en el momento desde un lugar tan pequeño como es un quiosco, desde un lugar que son a penas solo unas pequeñas tablas de madera que rodean tu cuerpo y hacen que seas visible a través de una ventanilla. Me encontraba bien en la caseta de Víctor y eso era algo que, entre el gris del pueblo y el ruido del mar, me gustaba.

—Buenos días, Víctor —dijo una señora con la cara pálida y el pelo bastante cardado y de color caoba.

—Buenos días, Dora —contestó Víctor.

—Dame, por favor, los periódicos de Andrés. Si no se los llevo yo, nunca se acuerda.

—Lo tiene muy mal acostumbrado, Dora —dijo Víctor mientras juntaba la prensa del marido.

—Sí, Víctor. Son ya muchos años haciéndole lo mismo, ahora dile tú que lo haga él, demasiado tarde… En fin, ya me he acostumbrado, con el tiempo lo agradeceré, así me doy un paseo, parece que no, pero desde ahí arriba casi es media hora caminando.

—Tendría que comprarse una bicicleta, señora Dora.

—¡Ja, ja! Qué cosas tienes, Víctor —sonrió Dora. También vengo por verte a ti y charlar contigo, que siempre es muy agradable. Veo que ahora tienes una ayudante. ¿Te conozco? —dijo, dirigiéndose a mí —. Tu cara no me suena de verte por aquí, aunque también es cierto que bajo muy poco, cada vez menos, a lo mejor llevas aquí mucho tiempo y no me he dado cuenta.

—No, señora, llegué ayer, aun nos estamos adaptando al pueblo.

—Vaya, pues bienvenida, hija, ya verás lo bien que te va a tratar Víctor. Me voy ya, aunque por mí me quedaría mucho tiempo más charlando con vosotros. Dos chicos jóvenes y tan guapos…

—¡Que tenga un buen día, Dora! —contestó Víctor.

A medida que aquella encantadora mujer iba hablando, y en el momento en que mencionó que vivía lejos del centro del pueblo, no pude evitar pensar que tal vez fuera la dueña de la casa del señor rico, así que pregunté a Víctor si, por casualidad, la casa a la que se refería era a esa.

Antes de preguntar, no pude evitar sentirme un poco intrusa en la vida de otra persona, exactamente lo que había dicho Esteban esa misma mañana. Aun así, pensé que no era una necesidad imperiosa de saber algo de alguien por el simple placer de saberlo, era algo más. Acababa de llegar a un pueblo y lo que se salía de lo normal, como Víctor, el descampado o la casa del señor rico… me descolocaba. Y cuando algo me descolocaba, tenía que saber exactamente por qué y

qué estaba pasando ahí.

—Víctor, te voy a preguntar algo, aunque debo confesar que me da un poco de vergüenza —dije excusándome antes de decir nada, por lo que quedaba claro así que mi intención tal vez no era del todo bien vista.

—¿Es posible que Dora sea la dueña de esa casa tan increíble que hay al final de la calle?

—En efecto, así es —contestó Víctor sin alterar apenas su gesto ni dejar de hacer lo que estaba haciendo, con lo cual no pude seguir preguntando porque su interés por mi inquietud fue, exactamente, ninguno.

—Es una casa curiosa —continué diciendo por si Víctor se animaba a contarme algo más.

—Es la mejor casa del pueblo, eso sin duda.

No había manera, Víctor no iba a hablar. Entonces pensé que tal vez no solo Esteban creía que era demasiado curiosa, sino que mi nuevo empleador lo creía también, así que desistí en mi empeño por averiguar más sobre esa familia y su preciosa mansión, y seguí colocando bombones.

***

—¿Qué tal tu primer día de trabajo? —preguntó Esteban al verme llegar por la puerta.

—Mejor de lo que esperaba. Es un trabajo sencillo.

—No te quites mérito, es un trabajo como otro cualquiera —contestó Esteban.

—¿Alguien ha dicho que me estaba quitando mérito? —pregunté en el momento al comprobar que la misma pregunta está quitando mérito por sí misma y, por lo tanto, el que le estaba quitando mérito era él.

—No, por supuesto, era solo un comentario —rectificó Esteban—. Por cierto, ya hice la compra, vi que habías tachado las cebollas de la lista, pero me sorprendió, así que las compré igual.

—Pues muy mal hecho —contesté—. A Macarena no le gusta la cebolla, creo que el otro día los dos lo dejasteis bastante claro.

Tras haber pasado los dos primeros minutos de mi vuelta a casa soltando frases en mi defensa, subí a cambiarme de ropa para preparar la comida.

—¿Maca? —dije desde la puerta cerrada de la habitación.

—Sí, estoy aquí.

—¿Puedo pasar? —pregunté.

—Sí, pasa.

—¿Qué tal has pasado la mañana?

—Bien, aquí, en la habitación —contestó Maca.

Quise decirle que podría haber ido a dar un paseo o a hacerme una visita al quiosco, pero, ¿quién era yo para aconsejarle que saliera cuando yo solo lo había hecho por obligación? Cerré la puerta y decidí bajar.

Esteban comenzó a hablar de su incorporación al despacho y también del instituto de Maca. Algo dijo sobre la organización de las comidas y sobre un jardinero que nos podía echar una mano para arreglar un poco la maleza del pequeño terreno que rodeaba la casa y no sé cuántas cosas más… Pero mi cabeza, por algún extraño motivo, seguía puesta en aquella casa.

Empecé a pensar que Esteban tenía razón, que tal vez me aburría demasiado y tenía pocas cosas importantes en las que pensar, o que, probablemente, darle vueltas a eso me evitaba pensar en algo más importante que todavía no sabía lo que podía ser. El caso es que era un pensamiento que no se separaba de mí, hasta que de repente conseguí mi objetivo: entrar en esa casa.

***

—Macarena, tú no te preocupes, entras en el instituto y vas directo a tu clase. Te sientas donde te manden; si te dejan elegir a ti, siéntate al lado de una niña que veas que tiene cara de buena, ya sabes que para estas cosas el olfato hace mucho y…

—Vale, mamá, no soy tonta, sé entrar en un instituto —contestó Macarena mientras se disponía a inaugurar su primer día de clase tras una semana en el pueblo.

—Me voy al despacho, Macarena. Qué tengas un estupendo día. Intentaré llegar a la hora de comer para que me lo cuentes todo —dijo Esteban mientras despedía de ella con un beso.

—¿Estás segura de que no quieres que te acompañe? —pregunté.

—¡Mamá!

—Vale, vale… tienes razón. No pasa nada —contesté dándome cuenta de que no debería tan si quiera haberme ofrecido a acompañarla. Ya bastante tenía con ser la nueva como para que yo le pusiera el cartel de “la nueva a la que su madre acompaña a la entrada del cole”.

Terminé de arreglarme y salí de casa directo al quiosco. Todavía no era capaz de caminar pegada al mar, mucho menos ahora que había entrado el otoño y parecía que aquel gran charco, que no tenía fin, lo sabía y había estado esperando todo el verano para mostrar lo que realmente era: una furia de la que no te puedes fiar pese a su color azul y sus destellos provocados por el sol cuando le cede algún que otro rayo.

Ya dentro del quiosco, encendí las luces y coloqué los periódicos. No sabía que, a partir de entonces, mi curiosidad y mis obsesiones tendrían una finalidad muy concreta. Y ahí empezó todo.

—Buenos días, Olivia.

—Buenos días. Dora, qué madrugadora ha sido hoy.

—Sí, hoy empezaron el colegio mis nietas y me ha tocado acompañarlas.

—Mi hija también empieza hoy, a ver qué tal le va. Estoy un poco inquieta, ya sabe. A esta edad y siendo la nueva…

—¡Uy! No te preocupes tanto. Nos preocupamos demasiado por esas cosas y, al final, siempre salen bien. Los chicos son todos buenos, ya verás cómo dentro de poco no querrá salir de la bocatería, de la plaza, de la playa… Dale su tiempo.

—Tiene razón. Aquí están los periódicos, Dora.

—Gracias, hija. Ahora me toca lidiar con otro problema. Por las tardes me tengo que quedar a cargo de mis nietas con una profesora para que aprovechen la tarde y hagan sus tareas, y ahora esa chica no puede venir. Es una pena. Llevaba tres años con nosotros, pero le ha surgido un contratiempo y no está disponible. Ya ves, justo ahora que empiezan las clases, nos quedamos sin ayuda. Nos enteramos ayer, ¡fíjate! Mi hija, claro, se puso de los nervios y me puso nerviosa a mí también, con lo cual, ya te puedes imaginar, no conseguí casi dormir. Entre unos y otros van a acabar conmigo. Qué suerte que solo sois tres en casa, porque yo me voy a terminar volviendo loca.

—Yo puedo ir a cuidar a esas niñas.

No sé qué me pudo pasar cuando solté, así, sin más, que yo quería ese trabajo. Era maestra y nunca había ejercido, pero algo que salió de algún lugar que desconozco habló por mí. Quería entrar en esa casa, vi la oportunidad delante de mí y no podía, no debía dejarla escapar.

—¿Tú? No sé… ¿Eres profesora? —preguntó Dora con un tono de entre alivio y duda.

—Sí, lo soy. Tengo las tardes libres, creo que yo podría hacerlo.

—Bueno, en fin… —balbuceó Dora—. Déjame un teléfono y lo hablaré con mi hija.

Y tras darle mi número, me entró por todo el cuerpo una sensación de empezar una extraña misión, de que eso me iba a traer una experiencia que, tal vez, necesitara. Mi cuerpo comenzó a ponerse tenso, la sangre parecía correr a más velocidad dentro de mí como si, de un solo sorbo, me hubiera tomado toda la cafeína de una semana. Supe, entonces, que había empezado algo que ya no podía parar.

***

Macarena y Esteban estaban a punto de llegar para comer. Mientras

terminaba de poner la mesa, pensaba en cómo les iba a explicar el motivo por el cual me había ofrecido a cuidar a dos niñas por las tardes cuando no teníamos esa necesidad ni cuidar de los niños de los demás había sido, precisamente, una pasión para mí.

—¿Qué tal en clase? —dije cuando Maca entró por la puerta.

—Bien.

Debí suponer que esa sería su contestación, lo cual quiere decir que estaba lidiando su propia batalla con un entorno desconocido y no quería dar más explicaciones.

Tuve la tentación de preguntarle si le gustaban sus compañeros o los profesores… pero me contuve. Sabía que, con toda seguridad, su respuesta sería muy parecida a cuando alguien se enfada porque has pedido la pizza con cebolla.

Dejé esa conversación para otro momento que no fuera la hora de comer. En realidad, y aunque no me sentía bien por ello, la adaptación de Maca a su nuevo entorno dejó de preocuparme demasiado.

—Hoy me pasó una cosa muy curiosa —dije, ya sentados en la mesa—. Me encontré a una clienta y, en medio de nuestra conversación, me dijo que necesitaba una persona para cuidar de sus nietas por las tardes. De repente se me ocurrió ofrecerme yo misma.

Paré mi discurso esperando una reacción.

—¿Y por qué te ofreciste? —preguntó Esteban con los codos apoyados en la mesa y un trozo de carne pinchado en su tenedor.

—La verdad, no lo sé. Son de esas cosas que salen solas. En unos segundos me imaginé que podía ser una buena oportunidad para conocer más gente, y no es un trabajo difícil.

—Pero si a ti no te gusta cuidar niños… —dijo Esteban.

—Lo sé, no se trata del trabajo en sí, sino para no quedarme en casa por las tardes y darle vueltas a todo. Puedo probar este año, si veo que no me gusta, lo dejo y ya está. Además, todavía no sé si la hija de Dora está interesada, de momento yo solo me ofrecí, nada más.

—¿Y quién es esa señora? ¿Sabes algo de ella? Meterte así, sin más, en la casa de alguien sin saber nada… Es que no termino de entenderlo... —dijo Esteban con muy buen criterio y dejándome a mí con muy poca escapatoria.

—La clienta se llama Dora, vive en la casa del fondo de la calle, esa casa que te enseñé el otro día —dije con toda la naturalidad del mundo, como si esa casa no hubiera supuesto una obsesión para mí y notaran mi incipiente patología obsesiva.

—Olivia, ¿me estás diciendo que has aceptado ese trabajo por ver la casa? Porque ahora mismo es lo único que se me está ocurriendo.

Esteban no iba desencaminado, pero… era algo mucho más profundo que una simple curiosidad. Aun así, el momento había llegado. Estaba acorralada y debía dar una explicación convincente.

—Bueno, a ver… no es por la casa. Pero me parece que allí tiene que vivir gente interesante y eso me podría dar un poco de vida. Si no, ¿qué puedo esperar de este pueblo? ¿Vender periódicos por las mañanas y hacer bizcochos por las tardes?

Mi argumento era pura lógica. Una lógica superficial que cualquiera entendería. Pero detrás de eso se escondía algo mucho más recóndito que tardé tiempo en averiguar.

—Vale, puede ser que tengas razón, pero no sé, hay algo extraño en todo esto que no termino de entender —dijo Esteban aceptando mi decisión por pura lógica argumental más que por entender lo que dentro de mí podía estar pasando.

***

—Buenos días, Olivia.

—Buenos días, Dora —contesté, un poco nerviosa, esperando que en algún momento me dijera algo de mi propuesta.

—Dame los periódicos, por favor.

—Aquí tiene —dije con la mano temblorosa y sin ser capaz de mirarla a la cara.

—Olivia, ¿te llamó mi hija? —preguntó la mujer con un tono que hasta ahora no le había notado, o tal vez mi miedo fuera el que me hizo escuchar una voz más imperiosa que la que ella solía mostrar.

—No, Dora, no me llamó.

—Te llamará, está muy interesada en tu propuesta, se ve desesperada sin nadie que atienda a las niñas. En fin, me voy, Olivia, que pases un buen día.

***

—¿Olivia? —dijo una voz al otro lado del teléfono.

—Sí, soy yo.

—Hola, Olivia. Mi nombre es Ana, soy la hija de Dora. Mi madre me facilitó tu teléfono porque, según me ha explicado, puedes atender a mis hijas por las tardes, ¿no es cierto?

—Sí, así es —contesté temblorosa como si me estuvieran haciendo un examen.

—Me gustaría que nos viéramos, si te apetece podemos quedar y hablamos.

—Por supuesto, claro —contesté apresurada y nerviosa.

—De acuerdo, quedamos en la cafetería de la plaza sobre las cuatro de la tarde, ¿te parece?

—Perfecto, Ana. Ahí estaré.

Entré en la cafetería y enseguida alguien levantó la cabeza y me

miró, me acerqué y nos saludamos.

—¿Ana? —pregunté.

—Sí, siéntate, por favor.

Ana era una mujer muy alta y un poco corpulenta, sus facciones eran duras y todo en ella era prominente: nariz, boca, ojos… Su pelo estaba teñido de un color anaranjado muy claro, y lo llevaba perfectamente lacio y brillante. Su manera de vestir me pareció demasiado seria para una mujer que tendría poco más de 40 años, pero resultaba elegante. Enseguida supe el porqué de su seriedad.

—Olivia, me has salvado la vida —dijo nada más sentarme y pedir nuestro café—. Dime, ¿crees que podrías quedarte con las niñas de cuatro a ocho? Si no, puede ser también me viene bien de cuatro a siete, pero por lo menos tengo que sacarle las niñas de medio a mi madre unas horas, ya solo verle la cara que tiene cuando empieza el curso me supone una preocupación más. No dice nada, pero se le nota que le agobia mucho. Yo creo que se preocupa demasiado, y claro… En fin, que tal vez esté hablando demasiado, ya te puedes imaginar cómo estoy.

—Sí, ya me lo imagino —dije dándome cuenta de por qué esa mujer parecía tan seria, vestía tan seria y su color de pelo era tan serio —. Creo que de cuatro a siete estará bien, yo tengo una niña adolescente y tal vez las siete sea una hora prudente para llegar a casa y poder estar con ella. No te preocupes, en esas tres horas tu madre ni se enterará de que las niñas están en casa.

—Perfecto —contestó la mujer del pelo naranja—. Ahora me gustaría hablarte de sus estudios. Tengo dos niñas: Beatriz y Sofía. Beatriz tiene 10 años, y Sofía, 8. Con la mayor no vas a tener problema, pero Sofía… es muy mala estudiante. ¿Qué experiencia tienes como profesora? —preguntó de golpe y sin anestesia, poniéndome en una situación muy incómoda.

—No he dado clases nunca —terminé diciendo con toda rotundidad pese a que mi primera intención era contar cualquier excusa que se me ocurriera.

—Ah, qué extraño —contestó Ana.

—No, no es extraño —dije gracias a mi orgullo, el cual, normalmente, sabía buscar una solución rápida cuando alguien intentaba hacer cualquier juicio sobre mí y me daba justo donde no tenía que darme—. Decidí hacer otras cosas, pero te aseguro que no vas a tener ningún problema con ello, soy una persona muy seria — continué diciendo con un tono amenazante que siempre solía funcionarme, o más bien, defenderme.

Tras guardar mi látigo invisible, noté cómo aquella mujer poco a poco se echaba hacia atrás y, tal vez, su espalda se encorvaba buscando consuelo en el respaldo de la silla.

—De acuerdo, pues no se hable más. Si quieres, puedes venir mañana y las conoces.

***

—¿De cuatro a siete te parece mucho? —pregunté a Esteban enfadada porque cuestionaba mis decisiones como si tuviera que pedirle permiso a ver si yo era o no era capaz de organizar mi día a día por estar solo tres horas fuera de casa.

—No digo que me parezca mucho, solo digo que es innecesario. Ni siquiera te gusta, no lo entiendo.

—No te estoy pidiendo que lo entiendas, solo que lo respetes —dije sabiendo que nadie me iba a impedir pasar las tardes en aquella casa porque, aunque no sabía el motivo, sí sabía que debía hacerlo. Como el perro que sabe que debe comer y no sabe por qué, pero nadie le va a impedir cazar a una liebre si es eso lo que necesita.

—Tú verás lo que haces —dijo Esteban—. Ya dejarás esa tontería cuando te canses.

El mar rugía más que de costumbre aquella noche, pero, por suerte, había luna llena. Y aquel halo de luz blanca me estaba prestando algo de consuelo en una noche en la que, mirara hacia donde mirara, solo veía ruido y oscuridad: la del mar, y la de Esteban.

—¿Qué te pasa? —dijo Víctor al día siguiente a media mañana.

—¿Me notas algo? —dije, extrañada de que viera tan rápido reflejada en mi cara la preocupación debido a que Esteban no era capaz de entender que, a veces, las decisiones no se toman con un fin en concreto, sino porque las quieres tomar, nada más.

—Sí, estás en otro lado, con la mirada perdida, no ojeando las revistas u ordenando las golosinas por tamaños y colores como sueles hacer.

—Lo sé, solo son pensamientos, nada más —contesté quitándole importancia a algo que sí la tenía, pero que en ese momento me pareció que aquel hombre albanés no tenía por qué saber ni creí que le fuera a interesar demasiado.

—Así que al final vas a casa de Dora a cuidar de sus nietas —soltó de golpe el hombre de las piernas largas y el pelo negro.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Tú que crees? —contestó Víctor—. Este es un pueblo pequeño y me cruzo con Dora casi todos los días. Al final podrás ver esa casa que tanto te ha llamado la atención.

No había sido la frase inocente de Víctor la que había resultado desafortunada, puesto que solo había sido un comentario. Pero, una vez más, algo se me removió por dentro. Realmente quería ir a esa casa para lo que yo creía… ¿o había algún motivo más?

Supuse entonces que, tal vez, el hecho de que cualquier comentario me hiciera sentir culpable de algo era porque, en el fondo, sabía que no quería ese trabajo y, sin embargo, tenía que aceptarlo; ahí había algo que tiraba muy fuerte de mí.

Mientras me pintaba los labios para dirigirme a casa del señor rico, Esteban pasaba por delante del baño sin decir nada. La situación era muy incómoda, pero yo había decidido ir y no iba a dejar que los comentarios inocentes y los no tan inocentes me impidieran hacer lo que quería hacer.

—Espero que disfrutes de la tarde, a lo mejor soy yo el que está confundido y sí puede ser el primer paso para que sucedan cosas en tu vida y, quien sabe, a partir de ahí empezar algo nuevo —dijo Esteban en un tono muy cariñoso cuando me disponía a salir por la puerta.

Sus palabras me dejaron tranquila, había mucha verdad en ellas, su significado iba más allá de su intención al pronunciarlas.

Miré el mar mientras salía por la puerta. Otra vez estaba la marea bastante alta y, como ya iba siendo costumbre, las olas atacaban con fuerza la arena. Me paré un instante y decidí caminar a su lado, con miedo, con los ojos casi cerrados, pero pensando que, tal vez, en estos momentos debía tener un aliado fuerte, alguien que, al menos, me pudiera contagiar algo de furia para saber caminar hacia delante pese a que otros no lo entendieran.

Puede ser que estuviera buscando en él algo de rabia, que me cayeran algunas gotas despistadas de sus olas y que produjeran en mí un conjuro como si de una pócima salada se tratase. Es probable que nada de eso sucediera porque todo era fantasía, pero, aun así, quería empezar a contagiarme de algo que fuera más grande que yo.

Llegué a los pocos metros de una cuesta que separaban la calle del portal de la casa de Dora. Era un camino sin asfaltar lleno de pequeñas piedras y arena. Lo subí con paso lento fijándome más en el portalón verde y el jardín, que en las piedras y la arena que estaban empezando a cubrir mi calzado.

Llegué a la entrada y toqué la verja con mis manos; era de hierro, perfectamente pintada y moldeada. Pese a hallarse cerca del mar, no estaba castigada por el viento: la pintura estaba intacta, como si estuviera recién pintada.

Llamé al timbre. El portalón se abrió.

—Hola, Olivia, te estaba esperando —dijo Ana saliendo de la puerta de casa con las dos niñas de la mano.

—Hola, Ana —dije—. Y vosotras debéis de ser Sofía y Beatriz, ¿no es así?

Las niñas saludaron educadamente, y enseguida Ana me llevó a lo largo del jardín para enseñarme la casa.

Había muchas figuras de hierro. Todas eran muy bonitas: una

sirena; Zeus, el dios del olimpo con su rayo en la mano; una concha enorme con una perla dentro… Todos eran símbolos del mar que encajaban a la perfección con el paisaje que se veía desde allí arriba; de hecho, la misma casa era todo un símbolo también del pueblo: el mar visto desde un lugar donde tú lo puedes controlar a él.

Entramos en la casa. La primera planta tenía dos salones con una cristalera desde el suelo. Cada salón tenía un ambiente diferente: uno era más pequeño y contaba con dos pequeños sillones con flores blancas y azules; en medio, una mesa de salón blanca con adornos de hierro en las esquinas y en los tiradores de unos cajones situados en los laterales.

A un lado, y pegada a la cristalera, se encontraba una mesa también blanca donde las niñas harían sus deberes. Desde esa mesa se veía todo el jardín y, al fondo, el mar.

El otro salón era el familiar. Tenía una enorme mesa de comedor de color caoba y una chimenea que se dirigía a tres grandes sofás de color verde oliva con cojines blancos. Todo esto, iluminado de manera natural por los rayos de sol que entraban por la ventana.

Todas esas sensaciones inundaron mi cuerpo y mi mente de tal manera que me hicieron pensar que durante mi vida había perdido el tiempo, que era ahí donde quería estar. Quería comer allí, tomar el café allí, charlar, ver el mar desde arriba, pasear por esos jardines, encender aquella chimenea… Todo aquello lo quería, y quería permanecer en ese lugar como fuera necesario, incluso cuidando niñas o paseando perros, eso, en aquel momento, me era indiferente.

—Buenos días, Olivia —dijo Dora al verme con Ana y las niñas—. ¿Qué tal tu hija en el instituto? Espero que esté empezando a adaptarse…

—Sí, creo que sí, que todo está bien de momento —dije sin saber si era verdad o no, puesto que Macarena nunca contaba nada, pero daba igual, el caso era decir algo y dejar de hablar de mí para seguir investigando aquella casa que me tenía fascinada.

—Pasa a la cocina, aquí está mi marido Andrés.

—Hola —dije tímidamente.

—Ah, hola, así que tú eres la nueva profesora…

—Sí, eso parece —dije casi temblando.

El hombre que se dio la vuelta para saludarme era el hombre rico que yo había inventado en mi imaginación. Y sí, debía de serlo por el despliegue de muebles, cuadros, tapices y demás elementos decorativos que adornaban más de doscientos metros cuadrados de superficie sin contar con el jardín.

Era muy alto y delgado. Su pelo estaba completamente blanco y, en su rostro, destacaban dos ojos redondos hundidos como si estuvieran metidos en dos cuencos. Iba perfectamente afeitado y su

piel era un poco oscura; supuse que sería el efecto de vivir frente al mar.

Vestía con camisa y chaleco de punto, no olía a colonia, pero sí desprendía un olor de ropa recién tendida a la que le hubieran echado medio bote de suavizante.

—Me dijo Dora que vives en la última casa de la calle —dijo Andrés mientras removía una infusión y cogía dos galletas de un plato que le acaba de servir su esposa.

—Sí, así es —contesté.

—Esa casa la construí yo. Estuvo viviendo muchos años una familia con sus hijos. No es la mejor que he construido; en realidad, hace falta valor para vivir en esa esquina. Nunca me gustó esa casa.

No sé si me quedé de piedra por el hecho de que Andrés me dijera que construyó mi casa, o por la dureza de su posterior comentario. Desde luego, era una persona bastante imponente en su aspecto y en su casa, pero no pensé que también lo fuera con la palabra.

—Es una casa bonita —dije sabiendo que mi comentario era básico y simple, pero no fui capaz de rebatir sus palabras con nada más ingeniosos, incluso defensivo. Simplemente, no pude.

—Hay casas mejores que esa en el pueblo —continuó diciendo Andrés mientras terminaba su infusión, se limpiaba la boca y salía de la cocina sin despedirse.

No dije nada, fui otra vez con Ana y las niñas a nuestra salita y allí me quedé con ellas bajo las instrucciones de la madre. Una vez sentada en esa mesa y viendo el jardín, las tensas contestaciones de Andrés dejaron de importarme.

—Disculpa, no sabía que estabas aquí —dijo una mujer entrando al salón donde estábamos las niñas y yo.

—No, no te preocupes. Soy Olivia, la cuidadora de las niñas —respondí.

—Sí, mi madre ya me habló de ti, no me acordaba de que venías hoy. Mi nombre es Gloria, soy la hermana mayor de Ana. No vivo aquí, pero de vez en cuando vengo de visita. Espero que mis sobrinas se porten bien, porque si no, a lo mejor tengo que venir más a menudo a vigilar a este par de bichos. Ya sabéis, niñas, que, si me entero de alguna cosa rara, os quedáis sin los caprichos de vuestra única tía —dijo Gloria mientras se despedía de sus sobrinas con uno de esos besos ventosa en los que te cogen la cara y te dejan las uñas clavadas alrededor la huella de la boca-ventosa. Todo un clásico.

Gloria parecía muy diferente a su hermana Ana. Era mayor, tal vez de mi edad o, incluso, creo que un poco más. Su carácter era alegre, divertido… nada que ver con la tensión y la seriedad de su hermana. Era también robusta y un poco llenita como ella, su pelo estaba teñido de un color parecido, quizás más claro, y lo llevaba más o menos a la

altura de los hombros. Parecía una mujer clásica, normal, nada en ella era especialmente llamativo. Deduje que no tenía hijos, ya que Dora nunca mencionó a ningún otro nieto que no fueran las pequeñas Beatriz y Sofía.

Ya los conocía a todos. Y me gustaba lo que veía. La luz entraba por la cristalera, el césped brillaba, las impresionantes figuras de hierro también tenían un fulgor especial. Aquella casa despertaba una cierta alegría en mí que hacía que no quisiera moverme de ahí.

Fantaseaba con la idea de ponerme unas zapatillas de casa y tirarme en el sofá con un café mientras miraba por esa cristalera. O, tal vez, salir al jardín con una chaqueta de lana y acostarme en la tumbona mientras escuchaba, desde muy lejos, las olas batir en las rocas. Desde ahí, hasta el mar me parecía diferente. Desde lo alto nada te asusta.

Las niñas se portaron bien, eran muy obedientes, más de lo que esperaba. Y entonces me propuse tener un poco de distracción con ellas después de las tareas, que era, sin lugar a dudas, la parte más aburrida de mi trabajo en esa casa.

—Vosotras vais en el mismo colegio que mi hija Macarena. No sé si la habéis visto o si alguien os ha comentado que era nueva —dije sabiendo de mi maldad al intentar aprovecharme de la buena disposición de dos niñas que se vieron acorraladas por su cuidadora.

—No, no sé quién es —dijo Beatriz.

—Yo sí sé. Ya me fijé que era nueva porque yo conozco a todos los niños y a ella no la conocía, además entró sola —dijo Sofía, que era la pequeña, pero tenía mucho más desparpajo que su hermana—. Después habló con Ylli.

—Ah, ¿sí? ¿Habló con Ylli? —pregunté.

Me pudo la curiosidad por preguntarle si hablaron mucho tiempo o no, pero preferí mantenerme callada para no correr el riesgo de resultar demasiado curiosa. Con total seguridad, una vez que me fuera de esa casa, les iban a preguntar a las niñas por mí. Había que ir con cuidado.

—¿Conocéis mucho a Ylli? Yo trabajo por las mañanas en el quiosco de su padre, a lo mejor si os portáis bien puedo traeros alguna que otra golosina por la tarde —dije casi sin darme cuenta de que mi pregunta podría resultar una entrega de golosinas a cambio de información.

—Sí, Ylli es bueno —dijo Sofía.

—Es un raro —contestó Beatriz mirando a su hermana con actitud desafiante, como haciéndole notar que ser bueno y ser raro son dos elementos incompatibles que no deberían estar en la misma ecuación.

—No es raro —dije de manera inmediata, e incluso un poco ofendida por invalidar a alguien solo porque no era como ella creía

que debería de ser—, solo le gustan otras cosas —continué—, o tal vez sea más tímido, quizás él esté bien así, incluso puede que esté mejor así que cualquier otra persona que a ti te parezca que cumple con todos los requisitos para ser como tú crees que tiene que ser.

Beatriz no me entendió nada de lo que le dije, o eso me pareció. Creo que en realidad no le interesaba entenderlo, y eso no me gustaba. Lo que acababa de hacer no estaba bien, pero, ¿debería ser yo la que se lo dijera? Quizás no era asunto mío, pero tenía una extraña tendencia a sumarme a cualquier batalla, y "cualquier batalla" era, para mí, cualquier cosa que no entendiera.

Por suerte, me di cuenta a tiempo de que no debía seguir por ahí, así que, como de costumbre, acabé comiéndome la enorme bola que me producía no solucionar un problema. Tragué saliva y cambié de tema.

Llegó la hora de irme. Beatriz y Sofía se quedaron con su abuela hasta que su madre viniera a buscarlas sobre las ocho de la tarde.

Me despedí de las niñas y también de Dora. Quise hacer lo propio con Andrés, pero estaba de espaldas en la cocina así que… solo dije "Adiós" desde lejos. Andrés giró la cabeza y dijo: "Hasta mañana", sin más.

Macarena estaba sentada en el sofá cuando llegué a casa. La curiosidad por saber de qué habló con Ylli y cómo fue ese encuentro podía conmigo. Pero no abrí la boca, quería ser sutil para que no se sintiera amenazada con mi pregunta. Supongo que a mí me hubiera pasado lo mismo, los adolescentes en muchas ocasiones no son tan diferentes a nosotros, solo tienen un cuerpo con menos decrepitud, nada más. Así que me contuve hasta ver la ocasión adecuada.

Ya en la mesa, cenando, Esteban me preguntó qué tal había sido la experiencia en casa del señor rico al que ya había puesto cara.

—Si vieras esa casa, te iba a gustar todo de ella, todo. El ambiente, la decoración… ellos mismos… todo es un sueño. Un sueño que hace que te quieras quedar allí a vivir. Es un lugar muy acogedor, un ambiente muy agradable. Las niñas son buenísimas. Hoy, además, he conocido a Gloria, la hermana de Ana. No vive allí, y me da la impresión de que debe de vivir sola, creo que no tiene hijos…

Esteban observaba atento mi discurso y me miraba fijamente, tal vez extrañado o tal vez notando demasiada excitación en mí solo por haber visto una casa. El caso es que me escuchaba; porque sí, Esteban escuchaba, daba consejos, era calmado, pausado, buen padre, buen marido y, tal vez, demasiado protector. Esteban era un buen hombre.

Después de mi sermón de niña pequeña que había visto a los Reyes Magos, Macarena se levantó con intención de ponerse los auriculares y subir a la habitación. Entonces, ahí mismo, y sin poder parar mi impaciencia respaldada por una curiosidad que siempre puede más

que yo, la pregunta salió sola.

—Macarena, ¿por casualidad no habrás conocido a Ylli, el hijo de Víctor?

—¿Por qué quieres saber eso? —preguntó.

Debí suponer una contestación así, que además tiene toda su lógica: ¿para qué querría yo saber eso? Pero el caso es que sí lo quería saber, lo quería saber todo de Ylli, de Víctor, del señor rico, de Ana, de Gloria. Un elenco de personas que no se separaban de mi mente a medida que iban llegando a mi nueva vida.

Todavía no estaban todos, todavía faltaba uno más, y esa fue la batalla definitiva. Una batalla orquestada desde lo más profundo, desde donde nada se puede ver. Tal vez una batalla preparada con siglos de antelación, perfectamente hilada y orquestada para que tuviera que dejarme hasta el último aliento que me quedaba.

—Solo era curiosidad —contesté.

—Sí, lo conocí.

Macarena se fue a su habitación con los auriculares puestos.

Capítulo 3

El herrero

Después de varios días, por fin había encontrado la rutina perfecta en el pueblo. Seguía cuidando a las niñas en casa de Andrés y mis mañanas eran perfectas en un quiosco que me daba paz y me cobijaba durante unas horas sin que yo tuviera que hacer casi nada, solo observar a la gente pasar…

Todo parecía indicar que mi estancia en el pueblo no iba a ser tan mala como pensaba… Me había acostumbrado al sonido del mar, siempre y cuando no se enfadara demasiado, ya que había días en que su furia era desmedida, sin que nadie pareciera haberle hecho nada.

La sensación de mi compañero, el mar, tras la ventana era similar a la de estar viviendo con un loco que había decidido no tapar su locura, un loco al que nos teníamos que amoldar. Debíamos acostumbrarnos a sus arranques de ira y a escondernos debajo de las sábanas para que no nos viera y nos devorara. Había que aceptar su estado de locura, no quedaba más remedio; contra lo que es más grande que tú, no puedes luchar.

Por suerte no ocurría demasiadas veces, pero la noche en que conocí al herrero, pensé que aquella bola, húmeda y amenazante, terminaría por devorarme.

Todo empezó en casa del señor rico una de las tardes en que fui a cuidar a las niñas.

—Hola —dijo Andrés, abriéndome la puerta. Para ser un señor rico, no era tan educado. Lo esperado en una persona que tiene la suerte de no sentirse intimidada por las olas del mar sería dar las buenas tardes—. Mi hija todavía no ha llegado, Dora está dentro, puedes pasar.

—Gracias —contesté—. Me costaba sonreír o incluso pronunciar cualquier comentario amable a aquel hombre tan serio y tan…tan... ¿soso? Pero Andrés no me importaba demasiado, ya que lo veía muy poco. Me importaban la casa, Dora, Ana… incluso Gloria. El jardín, los salones, las chimeneas… Y a partir de ese día, las esculturas de hierro.

Inmediatamente, pasé al salón y Dora me saludó con mucha educación y una gran sonrisa como ya solía ser habitual en ella.

—Buenas tardes, Olivia —dijo, levantándose del sofá para hablar conmigo—. Mi hija Ana tardará un poco, puedes sentarte aquí y

esperar. Seguro que enseguida viene.

—No pasa nada, Dora, esperaré.

Íbamos a empezar, supongo, algún tipo de conversación mientras Ana y las niñas no venían. Y entonces, apareció Gloria.

—Hola, mamá. ¿Qué tal, Olivia? —dijo mientras se quitaba el abrigo y lo dejaba cuidadosamente en el colgador.

Gloria llevaba un vestido de enormes flores. Era probablemente el vestido más horrible que haya visto jamás; de hecho, me parecía que su forma de vestir, tan seria, no encajaba nada con su carácter tan jovial, alegre y despreocupado.

—¿No vino Ana? —preguntó Gloria.

—No, todavía no llegó, tengo a la pobre Olivia aquí sentada, esperando…

—¡No! —dije apresuradamente—. Yo estoy aquí de maravilla, Dora, no se preocupe por eso.

—Olivia, ven, te voy a enseñar la casa. ¿Has visto las habitaciones? —preguntó Gloria.

—La verdad es que no, solo he visto la planta baja, nada más.

—Pues ven, vamos a la parte de arriba.

Gloria me animó a levantarme y seguirla para enseñarme las demás estancias de la casa. Subimos las escaleras y por el pasamanos de madera trepaba una planta con pequeñas hojas a modo de enredadera hecha de hierro.

Llegamos a las habitaciones y todos los cabeceros eran también de hierro. Unos cabeceros cuidadosamente elaborados llenos de detalles, casi minúsculos, que solo podían ser obra de alguien con una habilidad extraordinaria.

Entonces, de manera instintiva, mi mirada se dirigió hacia los jardines a través de la ventana de una de las habitaciones y, desde allí, volví a ver todas las figuras de hierro sobre el césped.

No me había dado cuenta cuando entraba en esa casa, pero desde lo alto, se apreciaba que estaban colocadas a cada paso.

—Veo que os gusta mucho la decoración con hierro forjado, están por todas partes; resulta una imagen preciosa vista desde aquí —dije.

—Sí, bueno, mi novio es herrero, y nos ha llenado el jardín y la casa de figuras. Él lo hace casi todo, como podrás observar —dijo Gloria con un tono de orgullo que hasta ahora no le había visto.

—Ya veo, estoy impresionada. Es todo precioso.

—Sí, es una persona muy apreciada en su gremio, su obra es muy conocida. Se llama Simón Adánez. ¿No te suena? —preguntó Gloria y clavó su mirada en mí esperando que diera un sí por respuesta a tan ridícula pregunta, puesto que se supone que todo el mundo sabe quién es Simón Adánez.

—No, no me suena de nada —dije muy segura de mí misma

porque nadie en el mundo debería ser tan importante como para que el resto de los mortales invisibles lo tuviéramos que conocer.

—¡Qué raro! Porque mira que ha hecho obras importantes en muchos países —dijo Gloria.

No dije nada. A la única conclusión que había llegado tras esa conversación era que no sabía quién era Simón Adánez y que ahora entendía por qué ella llevaba un vestido tan horrible.

Aun así, no pude dejar de pensar en el paisaje que se apreciaba desde la segunda planta. No solo se veía el mar al fondo, sumiso y callado. Sino que las figuras de hierro escoltaban la casa impidiendo que cualquiera de sus olas malintencionadas pudiera atacar aquel jardín.

El conjunto de figuras miraba al mar. Muchas de ellas tenían espadas, lanzas, escudos… y todas se dirigían al océano, como si estuvieran advirtiendo de que ni una sola gota, si siquiera un átomo de espuma, debía de entrar en esa casa.

No pude evitar sacar una conclusión: el hogar estaba protegido de la furia, estaba resguardado… gracias al herrero.

Ya en mi casa, subí a las habitaciones y, de repente, como si antes no me hubiera fijado, la cama de Macarena y la de la habitación de invitados no tenían cabecero. La de Esteban y yo sí lo tenía, era un cabecero de madera forrado con una tela azul satinada que me había encantado cuando lo vi. Ahora, ya no me gustaba tanto.

—Esteban, creo que deberíamos poner unos cabeceros a las camas —dije mientras cortaba pimientos para la cena.

—Me parece bien —respondió él al tiempo que cogía algo frío en la nevera—. La habitación de Maca y la de invitados están un poco sosas.

—Tal vez también podíamos aprovechar y cambiar el nuestro —dije.

—¿El nuestro? —preguntó Esteban mientras le sacaba la tapa a una botella de agua con gas.

—Sí, el nuestro.

—¿Qué le pasa a ese cabecero? Está casi nuevo.

—No vamos a tener dos cabeceros de hierro y uno de tela —dije, y me di cuenta de lo rápido que se te pueden llegar a ocurrir las excusas cuando las necesitas.

—¿De hierro? ¿Por qué de hierro?

Y ahí se terminó mi imaginación, justo ahí y delatándome a mí misma.

—A ver, quien dice de hierro, dice de madera —dije volviendo a recuperar mi ingenio—, pero es que me he dado cuenta de que este tipo de casas, al lado del mar, quedan preciosas con complementos de hierro…

—¿Dónde has vistos adornos de hierro, en casa del señor rico? —dijo Esteban con un tono irónico tras coger una lata de atún en la despensa y dejándome claro que no debía de creerme yo la única lista de la casa.

—Pues, sí, los he visto allí, y me parece que quedan preciosos. Además, lo tenemos muy fácil: hay un herrero aquí que es famosísimo y hace unas cosas que, si las vieras, pensarías tú lo mismo que yo. No sé por qué no puedo intentar tener la casa bonita si he visto cómo quedan y lo bien que trabaja ese hombre. A ver, ¿por qué no puedo decorar mi casa y sentirme a gusto con ella? Es lo más sano cuando acabas de llegar a un sitio, hacer de tu nuevo hogar algo en lo que estés bien sobre todo cuando esto supone un cambio muy grande para todos…

—De acuerdo, vale. No digo nada más, si eso te hace ilusión, haz lo que quieras.

Conseguir la aprobación de Esteban en unas pocas palabras me había costado un buen sermón, pero siempre era algo que me solía funcionar, así que recurrí a él, aunque sintiera que había vaciado mi bote de energía hasta la mitad solo por querer meter un poco de hierro en casa.

Al día siguiente, tras salir de casa de Dora, fui directamente a visitar al herrero. Iba con la ilusión de una niña que va un domingo a comprar gominolas con su paga de la semana. Deseaba tener una casa con un ambiente cálido como el de la de Andrés y Dora. Creía que eso era justo lo que me hacía falta, así lo sentía.

Era tal la emoción que no me di cuenta de que justo pasó a mi lado Ylli, casi rozándome con su abrigo azul marino.

—Ylli —dije girándome para saludarlo—. Disculpa, no te había reconocido.

—Hola —contestó.

Estuve a punto de preguntarle si había conocido a mi hija Macarena, pero algo me frenó. Supongo que la mirada azul tan intensa de aquel chico era lo suficientemente desafiante como para impedir que entraras donde a él no le interesaba que lo hicieras. Nos miramos unos segundos, sonreí y le dije: “Que tengas una buena tarde”.

Ylli se dio la vuelta, dijo “Adiós” y se fue.

Llegué a la dirección del taller de Simón. Estaba en una de las zonas más descuidadas del pueblo, tal vez por estar muy cerca de la salida y verse demasiado la carretera. Casi no había casas, solo pequeños bajos comerciales casi en ruinas. Entre ellos, había uno más grande con un portalón verde de madera, muy curioso en alguien que trabaja con el hierro y que, en este caso, cumplía a la perfección el dicho de que en la casa de un herrero te puedes encontrar una cuchara de palo.

El caso es que encima de ese bajo había una pequeña casa que no estaba del todo mal, al menos lo parecía por tener una piedra muy limpia y unas ventanas pintadas de marrón cuya pintura brillaba como recién puesta.

Llamé al timbre y escuché un ruido, y tras el ruido, unos pasos, y tras los pasos… la puerta se abrió.

Aquel hombre no parecía haber salido de algún sitio en concreto, parecía haber salido casi de la nada. Su pelo era un poco largo, marrón claro, casi pelirrojo. Tenía muchas arrugas en la piel y unos pequeños ojos verdes. La barba, un poco despoblada y muy corta, cubría toda su cara.

No era muy alto ni tampoco demasiado grueso. Rondaría los 70 años. Tenía las manos agrietadas, llevaba un mandilón sucio y una camiseta blanca que no parecía casi blanca, sino casi gris.

Su saludo me pareció obligado, imperioso… como cuando alguien te molesta, pero debes atenderlo. Su aspecto era desganado y enfadado. Me hizo dudar si debía o no entrar y preguntarle algo… me hizo dudar de todo.

—Buenos días, ¿qué quería? —dijo.

Mi habitual manera airosa de salir de relacionarme con todo el mundo se vio amenazada, no tenía el mando y sentí miedo.

—Buenos días, vengo de parte de Gloria —contesté.

Con el tiempo me di cuenta de que esa frase no fue la más afortunada. Pero de momento había sido mi escudo, un escudo que, más tarde, se convertiría en algo muy distinto.

—Pasa, por favor —respondió aquel hombre cambiando su tono y bajando un poco la guardia.

Tras la puerta había un pequeño y estrecho pasillo que conducía directamente al taller. El pasillo no tenía casi iluminación, solo una pequeña bombilla colgada en el techo, que era mejor no mirar si no querías quedarte ciego. Llegamos al taller.

La maquinaria era muy completa, pero se veía usada, descuidada y antigua. El suelo era de una baldosa muy clara y la pared tenía pequeños ventanales alrededor como si antes hubiera sido un almacén o una fábrica.

Simón se sentó en un taburete pequeño, abrió las palmas de sus manos y las apoyó en sus rodillas.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Verás, acabo de llegar al pueblo y... bueno, en realidad, vivo en la casa que está al fondo del paseo, esa que está casi aislada —dije dándome cuenta de que estaba dando demasiadas explicaciones, pero mi torpeza empezaba a no tener fin.

—Bueno, pues en esa casa vivo —continué diciendo mientras mis brazos ya se habían hecho un nudo tratando de explicar la dirección

en la que mi casa estaba situada, información que, lógicamente, a él no le servía para nada y que, por su cara, me dio la impresión de que tampoco le apetecía saber.

—El caso es que necesito unos cabezales de hierro —dije siguiendo con las explicaciones—, en realidad, no es que los necesite, pero me gustaría tener unos que fuesen de hierro. Los he visto en casa de Dora y Andrés, que sé que se los ha hecho usted. Los he visto porque trabajo allí, cuido a Beatriz y a Sofía, me imagino que las conoce.

"Solo había visto las esculturas de la entrada, y ya me parecieron alucinantes. Yo cuido a las niñas en el salón, pero, un día, Ana llegó tarde y Gloria, que usted la conoce, bueno, su… su … vamos, Gloria. Me enseñó la parte de arriba de la casa, y entonces las vi. Me parecieron tan bonitas…

A medida que iba hablando, me daba cuenta de que unas palabras llevaban a otras, y así hasta querer callarme a mí misma o que alguien lo hiciera por mí metiéndome un tapón en la boca porque, cuanto más hablaba yo, más serio se ponía Simón, o eso me parecía y, en realidad, su pestañeo me recordaba que debía parar, pero no era capaz de hacerlo. Las estupideces salían por mi boca y me hacían sentir una especie de cotorra insoportable.

—Bien —dijo Simón levantándose y, de paso, haciéndome callar, lo cual le agradecí—. Necesito saber las medidas, ahí hay un cuaderno con todos los que he hecho hasta ahora, si hay alguno que le gusta, a partir de ese, le haré un diseño, si el diseño le gusta, le haré un presupuesto.

—Claro —dije—. ¿El cuaderno lo tengo que ver aquí o me lo puedo llevar?

—Puede llevarlo, tome, aquí tiene la dirección de mi correo.

Simón me dio una tarjeta, de estas que ya casi nadie tiene, y en ella aparecía su nombre, su teléfono y un correo electrónico. Cogí el cuaderno, la tarjeta y me despedí.

—Un trabajo curioso, nunca había visto el taller de un herrero —dije.

Simón miró hacia la puerta.

—Hasta otro día —contestó.

Ya en casa, por la noche, les enseñé a Macarena y a Esteban el cuaderno con las fotos y diseños de Simón. Maca parecía entusiasmada con poder elegir algo nuevo para su habitación. Esteban, por su parte, miraba por curiosidad, aunque parecía más indiferente.

—No sé, escoged vosotras, yo no sabría decir cuál puede quedar mejor. Me voy a acostar, que estoy cansado. Mañana me contáis —dijo, y me dio un beso de despedida en la frente.

Los había preciosos, pero los más bonitos no iban a ser baratos, así que, al final, optamos por uno sencillo con algunos adornos en las

puntas. Lo que sí elegiríamos con cuidado sería el color.

Una vez que, más o menos, ya teníamos una idea de lo que queríamos, Macarena se fue a dormir. Era bastante tarde y al día siguiente tenía que madrugar.

Yo me quedé unos minutos más para mandarle un correo a Simón con las medidas del cabecero y los dos o tres diseños que nos parecían los adecuados, para que él fuera pensando en el precio.

Tras mandarle el correo, me preparé para acostarme y, justo antes de dormir… vi el portátil abierto y encendido, así que, decidí acercarme para apagarlo. Me fijé en la ventanilla de correos y vi que había un aviso.

Abrí el mensaje:

Cierto, mi trabajo es un trabajo curioso. Lo primero que tiene que saber un herrero es dominar el fuego.

Simón

Cerré el portátil de golpe.

Esa noche me metí en la cama, el corazón parecía no parar de latir: no fui capaz de dormir.

***

Eran las seis de la mañana y la taza de café (la más grande que tenía) estaba llena hasta arriba. El humo salía de ella y nublaba el cristal de la ventana de la cocina a la que estaba pegada mientras intentaba buscar una explicación al correo de Simón. Noté cómo la paranoia empezaba a entrar en mí y, mientras tanto, no pude evitar clavar mi mirada en la marea desafiante del otoñó para volver, segundos después, a apartarla bruscamente y fijarla en otro punto.

La duda, el miedo, el descontrol… todo eso y más, se adentraron en mi cuerpo la noche anterior. No sabía qué hacer con eso, no había contado con eso, no sabía qué era eso. No sabía nada.

Me había metido en casa de Andrés por capricho, había conocido a Víctor por trabajo, pero esto era una vuelta de tuerca con la que no contaba. Yo, que estaba muy acostumbrada a jugar sobre seguro, ahora tenía un mensaje de dos líneas que no sabía lo que significaban. Pero, muy a mi pesar, la sensación no me estaba disgustando en absoluto.

Pasaron las horas y yo tenía la mirada perdida: en el sofá, en la silla de la cocina, al lado de la ventana… Estaba en cualquier parte menos donde debía estar. Me pasó el tiempo y así estuve: casi inmóvil.

—Buenos días —dijo Esteban intentando desperezarse—. ¡Cómo

huele a café! ¿Qué haces ahí sentada? ¿Hace mucho tiempo que te has levantado? ¡Cómo madrugas!

Eran las ocho de la mañana y mi mente, completamente ida, debía recuperar su lugar para comenzar un día normal en una casa con familia.

Me levanté del sofá y dejé la taza en la cocina.

—¿Macarena se despertó? —pregunté apresurada mientras subía las escaleras para comprobarlo.

—Sí, estoy ya lista —contestó ella.

Me dispuse a hacer mis rutinas para así olvidarme del correo de Simón. No fue difícil, puesto que me di cuenta que el tiempo corría y yo debía estar a las nueve en el quiosco. Me vestí, hice las camas, recogí las tazas y platos del desayuno y me fui a mi pequeña oficina de madera. Mi pensamiento era que ahí, en el quiosco, iba a estar segura, entretenida con mis golosinas, y no pensaría nada. Pero no fue así.

***

—Buenos días, Olivia —dijo una voz en la ventanilla mientras yo estaba de espalda colocando ositos de nube cubiertos de chocolate.

Me di la vuelta.

—Buenos días, Gloria —dije con un vuelco en el corazón, pensando que algo malo debía de estar haciendo para que me cambiaran a la dulce y amable señora Dora por una chica alegre vestida de señora mayor cuyo aspecto yo no terminaba de entender. Tal vez fuera una señal del destino, no sabía lo que era, pero me asusté.

—Vengo a buscar los periódicos de mi padre, ya me dijo Simón que estuviste en su taller. Elegiste muy rápido, me dijo que le habías mandado las medidas, el modelo, incluso los colores…

Me quise morir.

—Sí, mi hija y yo estuvimos tan entretenidas viéndolo… que enseguida nos decidimos. Son todos preciosos —dije sabiendo que, una vez más, el ingenio y el control se habían apoderado de mí pese a mis pocas horas de sueño.

Por suerte había superado el primer obstáculo. Un obstáculo que apareció demasiado rápido teniendo en cuenta que no habían pasado más que unas horas desde ese correo cargado de… de no sabía qué.

—Toma, Gloria, aquí tienes —dije, y le entregué los periódicos con mi habitual sonrisa como si nada estuviera sucediendo.

—Gracias, Olivia. A ver si volvemos a coincidir alguna tarde.

“Esa frase fue del todo innecesaria”, pensé. Y mi ritmo cardíaco se volvió a acelerar.

Había una tensión extraña que no se separaba de mí y, esa misma tarde, al ir a casa de Dora y Andrés, solo pensaba en que Gloria no estuviera allí.

Por suerte, no estaba, pero tampoco Dora ni Ana. Solo Andrés con las niñas.

—Buenas tardes, Andrés —dije tratando con toda educación, como siempre hacía, a un hombre que a veces podía ser bastante maleducado y cortante.

—Buenas tardes. Las niñas están en el salón. Creo que deberías ser un poco más dura con ellas, no veo que estudien. De hecho, me da la impresión de que están más despistadas que nunca.

Ya era más de lo que podía soportar en una jornada y sin apenas haber dormido. Primero Gloria, después Andrés…

Pensé que al día le quedaban muy pocas horas para terminar, así que intenté que no me afectara demasiado.

***

—¿Recibiste respuesta de ese señor? ¿Cómo se llama? —preguntó Esteban mientras cenábamos.

Sabía perfectamente a quién se refería, pero, aun así, pregunté. Tal vez era una manera de convencerme a mí misma de que no tenía a Simón, o al correo de Simón (no sabía muy bien cuál de los dos) en mi cabeza todo el día.

—¿Qué señor?

—El herrero… —contestó Esteban.

—No, de momento no recibí nada —contesté diciendo la segunda mentira del día y pensando en que, con toda seguridad, no sería la última a partir de ahora.

—Cuando te conteste avísame, a ver cuánto nos va a costar.

—No te preocupes, si veo que es mucho, le digo que no y ya está —respondí.

Tras la cena, Esteban y Macarena se fueron al salón. Yo quería ir también, pero preferí tomarme un tiempo para cambiar los pensamientos de mi mente y, para ello, me asomé a la ventana. Cuál fue mi sorpresa cuando me encontré mirando al mar. Esta vez estaba calmado y casi sin olas. Había luna llena, así que, gracias a ella, pude sentir la quietud y ver casi el azul del mar; gracias a ella, pude sostener la mirada un tiempo y, gracias a ella y a las farolas de la calle, pude distinguir a Víctor y a Ylli dando un paseo.

Me sorprendió mucho verlos a esas horas, no me lo esperaba. Tuve el impulso de abrir la ventana y saludar, pero finalmente los dejé tranquilos y paseando. Me gustaba observarlos. Eran tan altos, tan firmes y aparentaban tanta serenidad que solo quería contemplar

cómo caminaban… nada más.

En ese mismo instante, Macarena entró en la cocina.

—Macarena, ya sé que te puede parecer la pregunta de una madre demasiado curiosa, pero, dime… ¿cómo es Ylli? —pregunté aun sabiendo que me podría soltar cualquier barbaridad para defenderse de una madre que amenaza la incipiente ansia de intimidad de una adolescente.

Mi hija me miró, y no sé si es que, en medio de su revolución hormonal, esa que te deja pensar solo a ratos y hace que te sientas culpable de no saberte manejar, esa que te llena de remordimientos por no entenderte ni tu misma, esa que incluso puede durar toda la vida… creo que no vio maldad en mi pregunta, sino todo lo contrario: se dio cuenta de que mi intención con Ylli era buena. Su mirada clavada en la mía demostraba que alguna bondad había visto en mis ojos. Y debía ser bastante intensa para que una adolescente se dejara arrastrar.

—Ylli es muy bueno, fue él el que se acercó a mí porque sabía que acababa de llegar al pueblo y que era nueva en el instituto. Cuando me ve entrar sola, siempre se acerca y me acompaña a clase. Aunque ya he conocido a un par de niñas y, bueno, ahora noto que ya no se acerca tanto, pero siempre me saluda.

Agradecí la respuesta de Macarena porque entendía, por aquel entonces, lo que le costaba a una niña de su edad hablar de lo que sentía. Agradecí que se abriera porque sabía el esfuerzo que le suponía a una niña como ella, introvertida y perfeccionista, decir algo que tuviera dentro. Porque Macarena escuchaba música todo el día, y lo hacía para no escucharse a ella misma. Esa noche, fue generosa conmigo, aunque solo fueran unas pocas palabras las que salieron de su boca.

Quise preguntarle más; de hecho, estuve a punto de hacerlo. Creo que, incluso, llegué a abrir la boca, pero la dejé marchar. Volví a mirar por la ventana, Víctor e Ylli ya estaban muy lejos, apenas se veían sus sombras y, entonces, me alegré. Me alegré de no haberme equivocado con ellos, me alegré de que estuvieran ahí, aunque solo fuera en ese momento y siendo dos sombras oscuras con unas patas largas.

Estaba tan agotada que creí que esa noche dormiría bien. Que daría un respiro a mi mente cansada de llevar todo el día el correo de Simón a cuestas. Y cuando el efecto de la droga estaba saliendo de mis venas… llega el primer síntoma de abstinencia: un mensaje en la bandeja de entrada de mi ordenador.

Un herrero necesita muy poco: una fragua, carbón, fuego, un martillo y un mandil de cuero. Tu presupuesto estará

enseguida. Buena elección, el modelo Margarita es precioso.

Simón

"Otra vez, no", pensé.

Esa noche conseguí dormir un poco mejor debido al cansancio del día anterior. Aun así, me desperté demasiado pronto y había dormido de manera intermitente. A las siete de la mañana estaba otra vez con el café en la mano y tratando de encajar esos correos en mi cabeza para que me afectaran lo menos posible, así que decidí interpretarlos como los mensajes de un artista chiflado que quiere llamar la atención, hacerse el interesante y ser diferente.

Noté un alivio inmediato al colocar los mensajes de Simón con esa etiqueta y decidí que era así como me lo iba a tomar. Incluso, hasta tuve una sensación de sueño, como si hubiera terminado un trabajo y el cuerpo te pidiera descanso. Como no podía permitirme dormir a esas horas, decidí tomarme otro café y continuar la mañana con normalidad.

Cuando llegué al quiosco, me sorprendió ver a Víctor sacando la prensa de las cajas para colocarla en las estanterías.

—Buenos días, Víctor. ¿Me vas a dejar el día libre? —pregunté viendo que se había adelantado él a hacer mi trabajo.

—No —dijo sonriendo—, me he levantado tan temprano que decidí entretenerme un poco preparándolo todo.

—Ayer te vi pasear de noche delante de mi casa —dije sin miedo, puesto que Víctor me produce tanta confianza que no me sentía incómoda hablando de más o preguntándole cualquier cosa.

—Sí, salí para hablar un poco con Ylli al aire libre. Hay que aprovechar que no llueve estos días.

—¿Y tú? ¿Qué tal estás? —preguntó.

—¿Yo?... bien —contesté—. ¿Por qué lo preguntas?

—Te he visto estos días un poco preocupada, con la mirada ida, sobre todo desde que vas a casa de Andrés y Dora. ¿Todo bien?

—Pues creo que sí. ¿Debería estar preocupada por algo?

—No, no lo creo.

—¿Sabes algo que yo deba saber también? —pregunté cuando tanto misterio pudo conmigo y mi sangre estaba empezando a pedir un poco de adrenalina.

—No, creo que no.

—Es una familia peculiar, Andrés es un poco…

—¿Serio? —continuó Víctor.

—Sí, hay algo en él que no encaja entre tanta gente amable. No sé si decir "altivo" o "controlador", o "tenso"… Sin embargo, Dora o Gloria son tan alegres…

"También está Ana, que no para de trabajar y parece

constantemente preocupada por todo. Tampoco me pasa desapercibida la casa, con tanta escultura de hierro…

Al decir esto último, me di cuenta de que los mensajes de Simón seguían vagando por mi mente por mucho que les hubiera asignado la etiqueta de "mensajes de un herrero loco". Así que decidí dejar de hablar y ayudar a Víctor con la prensa.

—¿Tienes algo que hacer al salir de aquí? —preguntó Víctor cuando estaba a punto de irse.

—Pues no, tengo que hacer la comida, pero es menú sencillo, podría tener media hora o así.

—De acuerdo, pues quedamos en el muro del paseo y te cuento una cosa.

Era lo que me faltaba, más intriga, más cosas que saber. Cualquier invitación a descubrir algo era, para mí, una droga. Una droga que hacía que no pudiera desprenderme de la necesidad de enfrentarme a cualquier desafío.

No sabía si iba a poder estar concentrada en toda la mañana: los mensajes de Simón, eso tan misterioso que me tenía que contar Víctor… Iba a ser una mañana muy larga.

Tras haber mirado con ansia la hora cada cierto tiempo para que se hicieran lo más pronto posible la una del mediodía, por fin llegó el momento de cerrar el quiosco.

Acudí a la cita con Víctor, que me estaba esperando apoyado en el muro mirando al mar.

—Hola —dije en alto para que notara mi presencia.

Víctor se dio la vuelta. Llevaba un abrigo largo y un jersey blanco parecido al que Ylli llevaba la primera vez que lo vi. Su piel no era blanca, aunque tampoco parecía muy oscura. Me imaginé que ese leve tono color canela era el resultado de estar apoyado en el muro mirando al mar o dando paseos con Ylli por la playa o tal vez por ese descampado tan intrigante al que se dirigieron aquel día que me acompañaron a la bocatería.

—Bueno. Dime, soy toda oídos.

—Te voy a contar una historia.

—De acuerdo —dije sorprendida y con la adrenalina disparándose por momentos. No había vermut de mediodía que pudiera superar el placer que me producía estar ahora mismo al lado de alguien que me tenía que contar algo.

Víctor se apoyó en el muro, la marea estaba baja y en calma, así que yo también me apoyé sin miedo a que el rugido del mar o de las olas pudiera hacerme sentir incómoda. Aproveché la compañía de Víctor para no sentirme intimidada por la cercanía del océano que tanto miedo me producía.

—A principios del siglo XX, en México, nació un hombre en el

seno de una familia muy acomodada —comenzó narrando Víctor—. Esta familia tenía influencia en la política y en la economía. Eran empresarios, banqueros, inversores, constructores… En medio de tanta pobreza, ellos eran unas de las pocas familias acaudaladas y con gran poder adquisitivo. Sus enormes casas estaban llenas de sirvientes indígenas pobres a los que los colonizadores habían despojado de sus tierras.

"Su madre conoció a un español que era comerciante. Una persona con un sueldo normal que se ganaba la vida como un ciudadano de clase media. Se enamoraron y decidieron irse juntos a vivir a España.

"Este hombre, por aquel entonces, cuando su madre se fue con el señor español… era adolescente. Había llevado una vida llena de lujos, y su padre había sido una inspiración para él. No pudo soportar cambiar su situación hacia otra mucho más básica y sin tantas pretensiones.

"Pasó de vivir en una mansión a hacerlo en una pequeña casa de campo con solo lo necesario. Años después, tuvo un hermano, que se crio de una manera tan distinta que, con el tiempo, aquel hombre mexicano lo repudió por considerar que no estaba a su altura. Todavía seguía teniendo dentro de sí mismo la personalidad de un niño rico que nunca quiso cambiar.

La rabia por haberlo despojado de sus raíces y de su padre y mentor, que era el espejo en el que se miraba, hicieron de él un hombre con rencor hacia todo aquello que le pareciera que no escondiera detrás poder, reconocimiento y superioridad. Nunca quiso sacarse esa máscara, él se creía que era el reflejo de su padre y, con esa personalidad, siguió viviendo el resto de sus días hasta hoy.

—¡Vaya! ¿Y por qué me cuentas esta historia? —pregunté.

—Ese hombre es Andrés.

—¿Qué me dices? —contesté—. Ahora me explico muchas cosas… ¿Cómo sabes todo eso?

—Este es un pueblo, aquí todo el mundo lo sabe todo de todos.

—Cierto, eso es lo malo de los sitios pequeños, que todo el mundo acaba sabiendo todo sobre ti —contesté.

—¿Y por qué iba a ser malo eso? —preguntó Víctor—. No es malo saber, lo malo es lo que haces con lo que sabes. Puedes llegar a destruir a una persona o, todo lo contrario, eso ya depende de cada uno. Yo no le cuento las cosas a quien creo que las puede utilizar mal.

"Me gusta contar historias. Tal vez sea culpa de mi hijo, él escribe cuentos y a mí me gusta narrarlos. Por eso te lo conté, nada más. Porque me gusta hacerlo.

—¿Ylli escribe cuentos?

—En sus ratos libres escribe alguna cosa. No se le da mal.

—Ya se ve que es un chico diferente. Y dime, ahora Andrés, ¿en

qué trabaja? ¿Cómo mantiene esa casa?

—Andrés montó una empresa textil y también se dedicó a comprar y vender terrenos y casas. No se le dio mal. Ahora es Ana la que le lleva casi todo.

—¿Y Gloria? ¿Qué hace? —inquirí, sabiendo mi maldad con esa pregunta, puesto que me había parecido una extraña pareja la que hacía con el herrero.

—Gloria lleva un poco la administración, nada más. Su padre no quiso delegarle ninguna responsabilidad, no sé muy bien por qué. Me voy ya. No quiero entretenerte más.

—Gracias por la compañía —dije.

—No hay de qué, hasta mañana.

La verdad es que no me sorprendía nada lo que Víctor me acababa de contar de Andrés. Ya había notado cierta postura de altivez en sus palabras, en su cuerpo, pero, sin embargo, no lo notaba tanto en su actitud. Andrés siempre estaba escondido y cabizbajo, esa no es la postura de un líder, es solo la de un sargento que ya no ejerce, pero se niega a quitarse el uniforme.

Tendría que andar con más cuidado a partir de ahora. Un hombre resentido y que no solo no ha asumido que su vida anterior ya no existe, sino que se aferra a ello como sea… puede ser un hombre muy destructivo con la palabra, aunque él no lo llegue a ver así.

Mientras caminaba de vuelta a casa, me quedé absorta en mis pensamientos: en la historia de Andrés; en cómo Dora era tan amable y él, tan antipático; en por qué Ana estaba siempre agotada y no paraba un segundo en casa mientras que Gloria, la mujer alegre que vestía como una señora de 70 años, parecía no tener nada de qué preocuparse y, encima, su padre le había otorgado un puesto sin ninguna responsabilidad que, imaginé, sería lo que hacía de ella una mujer más relajada y tal vez ese era el síntoma de su alegría… Así anduve, viviendo entre mis pensamientos hasta casi llegar a mi casa.

Mientras caminaba, como de costumbre, estaba en cualquier parte menos donde tenía que estar: viendo el mar que caminaba conmigo, justo al lado.

***

Lo primero que hay que saber hacer es una bola. Para eso tienes que ir al tornillo de banco. La temperatura se sabe si es la adecuada por el color que emana el fuego. Si el color es amarillo, hay mucho fuego, si es rojo… un poco menos. Mañana ven a la hora que quieras para ver el modelo y el

presupuesto.
Simón

Capítulo 4

Ilusión

De nuevo, la mañana siguiente de recibir el tercer correo me sorprendí a mí misma con una taza de café mirando por la ventana. En esta ocasión, no me inundaba el desconcierto de la primera vez, y eso no era nada bueno; eso, lo único que quería decir de manera inconsciente, era que había aceptado un reto más. Un reto que escondía, en el fondo, una necesidad.

Esa necesidad podría llevarme a un precipicio, así que debía andarme con cuidado, pero inevitablemente, cuando estás diseñada para la batalla y no sabes exactamente el motivo, no dejarte arrastrar por un combate en el que sacar el arco y la flecha suponen una enorme adrenalina no es nada fácil. Era demasiado tentador para una persona que huía del mar, pero necesitaba enfrentarse a otras cosas, quizás menos peligrosas. A todas, menos a un océano oscuro.

Las sensaciones, pues, habían cambiado por completo. Ya no tenía ese miedo o esa sensación inquieta e intrigante que te produce un estado de nervios con un cierto toque de placer. No, ahora ya era una clara necesidad que se había convertido en placer, en puro y claro placer. Como una mosca que se dirige a la luz sin saber que al llegar puede ser achicharrada. La batalla iba a comenzar.

Estaba con la droga en mis venas y me estaba haciendo cada vez más poderosa. Quería eso y quería más que eso: lo quería todo. Quería la batalla completa y no me iba a rendir. El juego estaba a punto de empezar, y yo quería y quería mucho más. Ya no me daba miedo; tal vez, ese era el mayor problema.

Campaba por las calles del pueblo con la ilusión de ir a un campamento de verano a buscar aventuras a las ocho de la mañana. Iba firme, decidida… Incluso, por un momento, me imaginé vestida con un traje de guerrera, una melena al viento, y un arco y una flecha en mano. Estaba dispuesta a meterme de lleno en la batalla.

—Buenos días, soy Olivia. ¿Te acuerdas de mí? —dije muy segura como si no hubiera pasado nada estos días a través de sus mensajes.

—Sí, pasa —dijo Simón. Me llevó al taller y me mostró unos papeles que tenía preparados en la mesa—. Aquí tienes los modelos, puedes mirarlos a ver qué te parecen —continuó mientras se ponía a hacer otra cosa en su taller.

No, no podía ser tanta indiferencia, eso no entra dentro de ninguna batalla. Era imposible que alguien que había mandado esos correos reaccionara de esta manera.

—Bien, me gustan, estoy de acuerdo con el precio —dije con un tono un poco más irónico conteniendo una especie de rabia, por no responder con una espada, que era lo esperado en cualquier lucha.

—Bueno, pues dame tiempo, yo creo que en un par de meses podrán estar listos. Antes me resultaría imposible —continuó diciendo Simón sin dejar de mirar en ningún momento al fuego rojo que salía de la fragua.

—Vale, de acuerdo. Pues ya me avisas —contesté.

—Sí, te aviso. Buenas tardes.

Tuve que esperar hasta cerrar la puerta y estar en la calle para abrir la boca hasta el máximo que me permitieron las comisuras, desahogando así mi notable confusión ante la absoluta frialdad que había desprendido este hombre tras escribirme tres correos que nada tenían que ver con nuestro acuerdo de trabajo.

Llegué al quiosco más enfadada que nunca. Por suerte, era temprano y pude ordenar todo sin que se me notara el rostro completamente desencajado y lleno de impotencia.

Puse música. Víctor había instalado un delicioso hilo musical dentro de la cabina. Decidí intentar relajarme un poco con eso y con un puñado de ositos de gominola que saqué de uno de los tarros, para endulzar un poco el momento.

No fue muy eficaz mi tratamiento, pero conseguía a ratos desviar mi atención de esa extraña estrategia que me estaba manteniendo desconcertada.

La mañana fue horrible. Solo había sido capaz de mantenerme atenta cada pocos minutos. Estaba distraída, pensativa… Mi mente iba como una locomotora dando vueltas y vueltas a algo que no comprendía y necesitaba comprender, porque yo siempre lo entendía todo, necesitaba entenderlo todo.

Llegó la hora de cerrar el quiosco y, de vuelta a casa, se levantó un viento lo suficientemente fuerte como para sentir que me estaba moviendo todos los pensamientos aún más.

Me fue imposible mirar ni dos minutos la marea, no quería verla, así que, en vez de ir por el paseo, decidí andar por el interior del pueblo, aunque el camino fuese más largo. Había demasiado ruido y no podía pensar. Yo solo tenía un arco y una flecha, pero a mi alrededor se escuchaban cañones y bombas que procedían de cualquier lugar. El camino a casa me pareció más largo que nunca.

Por suerte, en el hogar había distracciones. Tenía que hacer la comida y Esteban ya había llegado. Entre alguna cosa que me contó del despacho de abogados, y también sobre la compra y sobre los

estudios de Macarena… conseguí que me fuera pasando el tiempo.

Macarena iba poco a poco acostumbrándose al instituto, mucho más rápido de lo que yo me hubiera imaginado. Eso sí, seguía sin contar nada, pero su rostro, al menos, no estaba triste ni daba indicios de que algo fuera mal.

—¿Qué te dijo el herrero? ¿Viste los modelos? ¿Ya sabes cuánto nos va a costar? —preguntó Esteban.

—Sí, aquí los tengo. Los modelos están bien y el precio, pues no sé, baratos no son. Dime tú qué te parece.

La verdad es que ni siquiera había mirado bien los diseños de Simón, es más, en ese momento poco me importaba cómo quedara el cabecero y si era de hierro o de alfalfa. No era mi mayor preocupación cómo estuvieran mi casa, mis habitaciones… nada.

—Los diseños no están mal, es decir, son bonitos —dijo Esteban—. Pero el precio…

—El precio es alto, lo sé. Decide tú, no sé, me da un poco igual —contesté sin mucho entusiasmo por el tema.

—¿Has cambiado de idea? Antes estabas como loca por unos cabeceros de hierro. ¿Ahora ya no te interesan? —preguntó Esteban.

—Sí, sí me interesan, pero no sé, es que a veces yo tampoco sé elegir muy bien, y ahora no me apetece pensar en eso.

—A ver, a mí me gustan. Aunque el precio es caro —continuó Esteban intentando tirar un poco de mí.

—Mira, Esteban, ¿no eres tú el que siempre sabe todo lo que hay que hacer? Pues decide tú si es caro o barato, porque si lo decido yo, después seguro que pensarás, como siempre, que es una mala elección, porque, claro, como solo sabes pensar tú en esta casa, pues ahí tienes algo para pensar.

—¿Qué te pasa? —preguntó Esteban.

—Nada, no me pasa nada.

Subí a la habitación todo lo deprisa que pude, y bastante enfadada. Enfadada porque me había peleado con Esteban y había descargado mi tensión en él; enfadada porque había cosas que no estaba entendiendo y las batallas las debía ganar yo como fuera. Necesitaba saber la estrategia del enemigo si no quería perder el control para ganar el combate. “Siempre hay que conocer las armas del otro”, pensé, así que estaba dispuesta a buscarlas.

Hola, Simón, soy Olivia, todavía no he decidido si acepto o no el presupuesto, pero quiero que sepas una cosa: es de cobardes escribir un correo explicando cosas que no te he pedido, y no dar la cara, así que la próxima vez, cíñete a escribir solo lo acordado.

Después de escribir estas líneas tan directas que me dejaban a mí con el escudo otra vez puesto y me daban la ilusoria seguridad de estar a salvo… me arreglé para dirigirme, como todas las tardes, a la casa de Andrés y Dora.

—Buenas tardes, Dora—dije nada más entrar en casa de Andrés.

—Buenas tardes, Oliva. Uy, te veo pálida, ¿estás enferma?

—No, Dora, no. Estoy tal vez un poco cansada, o puede que sea el color del jersey, que es un poco pálido. El dorado del verano ya se va perdiendo a estas alturas —dije sonriendo y pensando que, tal vez, debería ponerme otros colores que me alegraran un poco más la cara.

Al fondo estaba Andrés; se le veía desde la entrada sentado en el salón leyendo el periódico. No pude evitar acordarme de lo que dijo Víctor sobre él. En realidad, nunca me había gustado. Era el típico hombre que tenía doble actitud o doble cara: por un lado, estaba su arrogancia, y por otro, una inseguridad que tendría que llevar una especie de cobardía que suplía con sus malas y cortantes contestaciones. Decidí no ir a saludarlo.

Como me sentía segura al haber puesto en su sitio a Simón, la tarde con las niñas estaba siendo tranquila y entretenida. Es más, tenía la adrenalina alta. Sabía que había terminado la guerra y que yo, una vez más, la había ganado.

Entonces, cuando estaba empezando a saborear mi calma y las mejillas empezaban a sonrosarse pese al color pálido de mi jersey… apareció Ana.

—Perdona, Olivia, sé que te estoy interrumpiendo, pero hoy toca ir al médico. Me cambiaron la hora por la mañana y le dije a mi madre que te lo dijera, a mí ya no me daba tiempo ni a llamarte.

—No pasa nada, Ana, de verdad, vete tranquila, ya casi acabaron todo —respondí.

—Buenas —dijo Gloria llegando por la puerta justo después de Ana —veo que hay una reunión interesante.

—Interesante no, más bien estresante, al menos por mi parte —contestó Ana, que recogió a las niñas y se dispuso a salir corriendo como si quisiera escapara en vez de acudir a una cita médica.

—Pues sí que tenía prisa… —contestó Gloria.

Yo vi la situación perfecta para irme y, además, salir un poco antes, así que me dispuse a coger mi abrigo sin siquiera despedirme. Lo que no pude evitar fue ver la escena de Gloria saludando a su padre.

—Hola, papi —dijo, y le dio un beso en la mejilla a su inmutable padre, que no dejó de mirar el periódico ni un solo segundo.

—Hola, Gloria, tu madre debe estar por ahí —contestó Andrés.

—He venido a buscar algo de comida que mamá dejó preparada, me voy enseguida. Un beso.

Esta vez, el "papi" no contestó nada.

Cuando ya estaba a punto de salir por la puerta, sucedió algo que no me esperaba.

—Olivia, espera… Bajo contigo —dijo Gloria con el abrigo en una mano y un táper en la otra.

"Cinco minutos antes, solo con haber salido cinco minutos antes… y esta desgracia no me habría sucedido", pensé.

—¿Qué tal va el diseño de tus cabeceros? ¿Te gustó lo que te propuso Simón?

Con esa pregunta casi me quise morir.

—Es muy bonito. Todo lo que hace es precioso —respondí.

—Sí. Yo, cuando lo conocí, me quedé fascinada. La verdad es que, antes que su trabajo, ya me fascinó él.

Quise pedir socorro allí mismo.

—Es tan inteligente, tan intuitivo —continuó Gloria—. Y aunque parezca un hombre callado y de pocas palabras, dice justo las que tiene que decir y cuando las tiene que decir. Es imposible no caer en sus encantos. No te puedes imaginar cómo me sentí cuando tuvimos la primera cita. Te hace sentir como una mujer única, como una diosa. Ya no quedan muchos hombres así.

Cuando creía que la batalla la tenía en pausa para que me permitiera respirar, apareció un elemento que se sumaba a todos los elementos y todas las incógnitas que ya de por sí vivían en mi cabeza. Ahora resultaba que no era un cafre, sino un encantador de serpientes que venía a hacerse el presumido conmigo.

"Por ahí sí que no", pensé. "Esta vez sí que no se lo pienso permitir".

La voz dulce y aterciopelada de la mujer que vestía como una señora hizo surgir en mí una mezcla entre lástima y ternura. Una mujer a la que su padre había relegado a un puesto sin importancia en la empresa, pero que a la vez era cariñosa y simpática. Porque, sí, Gloria era muy agradable.

Llegué a casa dispuesta a cenar tranquila con Esteban y Maca. De hecho, como había salido temprano, pasé por el pequeño ultramarinos del pueblo y me paré a comprar algunos ingredientes que necesitaba para un bizcocho. También me llevaría algunos embutidos y unas bebidas.

No había nadie cuando llegué, así que, en la soledad de mi casa, me dispuse a cocinar.

El entusiasmo por haber descubierto la estrategia de Simón cedida por Gloria me hizo tener otra vez el control, y la sensación de tranquilidad retornó.

Cuando llegó Esteban, vio la mesa puesta con varios platos diferentes y el bizcocho en el horno.

—¡Qué bien huele! —dijo asombrado de que a esas horas estuviera todo listo.

—Hoy salí temprano de casa de Andrés, así que, aquí está. Hoy, menú especial. Lo que no sé es dónde está Macarena —dije.

—Se habrá entretenido por ahí, voy a llamarla.

Esteban llamó a Macarena y dijo que estaba en la bocatería, que venía enseguida.

—Podía haber avisado que cenaba fuera —dije al saber el paradero de mi hija.

—Déjala, ¿no querías que saliera? Pues es lo que está haciendo. Que esté con otros chicos en la bocatería es una buena noticia.

—Yo no digo que no sea una buena noticia, digo que debería de avisar. Nada más.

—Nunca estás conforme, ¿verdad? —contestó Esteban en un tono cariñoso que me sacaba de quicio, pues de alguna manera percibía que me trataba como si fuera una niña a la que hay que corregir con cuidado para que aprenda porque todavía no sabe razonar con madurez.

—No creo que querer que una niña avise de que no va a venir a cenar sea un acto de inconformidad, creo que roza la más pura lógica —dije con un tono firme para defenderme.

Esteban no contestó. Cenamos con un cierto silencio incómodo que hizo que todo mi esfuerzo solo sirviera para mirar el plato y hablar, casi por obligación, de cómo había ido el día.

Cuando estábamos recogiendo, llegó Macarena.

—Maca, ¿cómo no has avisado de que no ibas a venir? —me apresuré a decir cuando todavía no se había quitado el abrigo.

—Lo sé, me entretuve un poco, para la próxima vez me acuerdo de avisar. Lo prometo —contestó Macarena.

En ese mismo momento, Esteban me hizo una señal para que fuera con él a la cocina.

—Creo que lo primero que tendrías que haberle preguntado es si se lo pasó bien. La bronca ya se la echarás después, digo yo. Tienes que ponerte en su lugar, acaba de llegar y a su edad los cambios cuestan mucho. Lo está haciendo muy bien, está interactuando con los niños del pueblo y eso es una ventaja para ella ahora mismo —dijo Esteban con un tono inquisidor que se reflejaba en lo grandes que se volvieron de golpe las cuencas de sus ojos que, ya de por sí, eran bastante prominentes.

—Mira, Esteban, es posible que tengas razón, pero deja ya de corregirme todo como si yo no me diera cuenta de que es fabuloso que esté con otros chicos. Tú tienes tus maneras, y yo, las mías. A lo mejor

no eres tú el que se mete en su habitación cuando está tranquila y le pregunta si todo está bien. Tú solo impones tu autoridad conmigo, que parece que es lo que más te gusta. A ver si te das cuenta de que la niña es ella, no yo. A ella quieres caerle bien, y a mí, corregirme. ¿No crees que tendría que ser al revés?

Dicho esto, subí a la habitación, me quité la ropa, me puse cómoda y entré en el cuarto de Macarena. Ella estaba tumbada en la cama y yo me senté enfrente.

—¿Lo pasaste bien en la bocatería? —pregunté.

—Sí, no estuvo mal.

—Si has hecho alguna amiga, puedes traerla a casa cuando quieras —contesté.

—Estuve con dos amigas y con Ylli.

—¿Ylli estaba en la bocatería? —pregunté sorprendida.

—Sí, mamá, es una persona normal que hace cosas de persona normal.

—Vale, vale, seguro que sí, pero creo que también le gustan otras cosas además de eso.

—Pues claro, él está a lo suyo, pero a veces se va a tomar un bocadillo, nada más. Digo yo que, aunque te gustan cosas diferentes, no significa que no estés con otras personas. No es uno de estos bichos raros que se alejan de los demás, Ylli no tiene esos complejos.

—Bien, no tengo nada más que decir ante tu argumento. Buenas noches, Maca. ¡Que descanses!

Después de la lección tan sesuda de Macarena, no me quedó más remedio que reconocer que, a lo mejor, Esteban tenía razón y la niña era yo. Pero, aun así, él también debería reconocer que no es de persona muy normal tratar a tu pareja como si fuera incapaz y usarla para demostrarte a ti mismo que tienes razón. Si yo era una mujer que no sabía solucionar problemas de manera airosa, él debería saber que con ese papel paternalista que tenía conmigo también se había quedado atascado en algún momento de su vida y, seguro, era por algún motivo. Esteban no era mejor que yo.

Me senté enfrente del ordenador a hacer cualquier cosa para que el sueño empezara a apoderarse de mí y, entonces, me di cuenta de que mejor hubiera sido tomarme una pastilla para que me dejara *cao* de manera inmediata. En la bandeja de entrada del correo apareció un número en rojo. Tenía un mensaje.

Lo abrí sin pensar. Parecía que esto nunca iba a tener fin, que nada nunca se podía zanjar del todo… que siempre iba a haber más y más.

No puedo parar de pensar en ti.

Simón

Ahora sí, la batalla estaba servida, el ejército estaba enfrente y me estaba pidiendo guerra. ¿Cómo dejar una batalla sin librar? No podía.

No era capaz de dormir. Por una parte, Esteban; por otra, Macarena; también estaban Andrés, Gloria y Ana. Tenía muchas cosas que resolver y sentía esa horrible carga de tener que solucionarlas todas. Esa era mi obligación. Pero ¿por qué a mí? ¿Por qué no podía yo ser como Ylli o Víctor, que paseaban, tomaban bocadillos e iban al descampado?

La solución estaba en mis manos, y hubiera sido muy fácil ir a su taller y decirle: "Por favor, por ahí no vayas, creo que te estás equivocando". Pero no lo hice. Mi contestación fue otra mucho más peligrosa.

Buenas noches, Simón. No sé a qué te estás refiriendo con este mensaje, pero no son cosas que se digan así, sin más, sin una explicación que las sostenga. Deberías de ser un poco más claro y no jugar a los acertijos, ya no eres un niño.
Olivia

Al día siguiente, me levanté con una sensación extraña. Por un lado, estaba expectante, pero por otro, me sentía mejor que nunca. El día había amanecido con un sol espléndido y fui capaz incluso de mirar al mar de frente y verlo más bonito que nunca. No me lo podía creer, ¡era capaz de mirar de frente al mar! Entonces saqué mi propia conclusión: el herrero me defendería del océano.

Todo encajaba, todo era perfecto. Esas figuras de hierro que dirigían sus miradas, sus lanzas y sus rostros hacia el mar… defendían la casa de Andrés y Dora… mientras él me estaba defendiendo a mí. Simón era la persona adecuada en ese momento. "No ha aparecido por casualidad", pensé, "Ese hombre es justo lo que necesito, tiene que ser él".

Me vestí con una ilusión que no había visto en mí hacía años. Di los buenos días a Macarena y a Esteban, y me fui, como todas las mañanas, en dirección al quiosco.

Caminé frente al mar pensando que, por fin, no le tenía miedo; pensando que, de alguna manera, había alguien que me protegía de él. El día parecía diferente, las cosas, en general, me resultaban de otro color. Hasta que, de repente, esa pequeña ilusión se vio cortada de golpe por una presencia que se cruzó en mi sueño de un día de verano.

—Buenos días, Olivia.

—Buenos días, Gloria.

—Qué mañana tan bonita, ¿verdad? —dijo Gloria.

No sé si ese comentario era la descripción objetiva de un día de sol precioso o era una observación dirigida a lo que se reflejaba en mi rostro como una indirecta de alguien que sabe que algo está pasando, y no debería pasar.

—Sí, cierto, hay que aprovechar el sol, que tan pocas veces aparece por aquí.

—Es verdad —contestó Gloria con una amplia sonrisa.

—Me voy, que llego tarde al quiosco.

Y así seguí mi camino, habiendo sorteado el obstáculo de la mejor forma que sabía: con mi manera natural de ser siempre agradable y risueña, como si nada estuviera pasando.

Al llegar al quiosco veo a Víctor desempaquetando la prensa.

—Buenos días Víctor, hoy has madrugado —dije sabiendo la costumbre de Víctor de ir a colocar la prensa los días que se levantaba temprano.

Se giró y me miró unos segundos.

—Tienes buena cara —dijo.

—Es el sol —contesté.

No respondió nada.

—¿Sabes que Macarena e Ylli coincidieron en la bocatería el otro día? —pregunté a Víctor mientras me quitaba el abrigo para ayudarle.

—No, no lo sabía. No me dijo nada.

—¿Ylli suele ir mucho a la bocatería?

—Va de vez en cuando, no tanto como los otros chicos, pero a veces le gusta ir; él elige.

Me quedé pensativa. Macarena tenía razón. Yo pensaba que, por ser un chico diferente, a lo mejor no iría a esos sitios donde está todo el mundo, pero no, se podía ser diferente y tomar un bocadillo con los demás. Era una cuestión de elección, ciertamente, aunque yo no lo había visto nunca así.

A la hora de la comida, Esteban parecía un poco tenso, tal vez por la discusión de la noche anterior; aunque me pareció extraño, porque él solía olvidarse de las discusiones y pensar que soy una niña a la que hay que esperar a que se le pasen las rabietas.

—¿Te pasa algo? Estás muy serio —pregunté.

—No, solo estoy cansado.

—No es verdad —dije sabiendo que no era esa la manera de proceder de Esteban.

—A lo mejor a la que le pasa algo es a ti.

Y ahí, en medio de esa afirmación, saltaron todas las alarmas.

—A mí no me pasa nada —dije de forma alterada, pero sin armar mucho escándalo, ya que Macarena estaba en la mesa—. Solo estoy teniendo un buen día y parece que eso te molesta.

Me mordí la lengua para no decirle que, si yo no necesitaba su

ayuda, siempre tenía que ser porque me pasaba algo, y que, si me sentía contenta, entonces no estaba bien porque ya no podía corregirme… Pero me lo tragué y lo digerí ocupando el lugar que ocuparía el postre que ya no tenía ganas de tomar.

Como estaba enfadada, fui a buscar mi dosis. Fui a buscar aquello que me iba a defender de mis emociones negativas. Fui a buscar al herrero.

Buenas tardes, Simón. Acepto el presupuesto.
Olivia

A las diez en el parque que hay a la salida del pueblo, en dirección hacia delante de mi casa.
Simón

Cerré el ordenador.

Fui a trabajar esa tarde a casa de Dora y Andrés como pude. Dándole vueltas a todo y pensando cómo podía hacer para salir de casa a las diez. Pensé en poner una excusa, tal vez utilizar a Víctor, y entonces, algo en mí me impidió hacer semejante cosa. Acordarme de Víctor era acordarme de la lealtad, la firmeza, el compromiso, incluso algo más… la dignidad.

Si Víctor salía a escena, me vería abocada a pedir la paz en esta batalla, y eso era inadmisible. No podía dejar a un lado esta intriga, este laberinto o este reto. Debía hacerlo. Víctor ahora no me servía.

Llegué a casa de Dora. Por suerte, Andrés no estaba. Un día como ese, hubiera sido un elemento altamente irritante que me hubiera alterado demasiado el control que en esos momentos necesitaba.

Las niñas tenían que hacer sus deberes y Sofía no vivía su mejor día: estaba inquieta y muy vaga. Tocaba lidiar con la pequeña de las hermanas, y yo no tenía demasiadas ganas; ni ganas, ni humor.

Miraba la hora a cada rato esperando que, de una vez por todas, llegaran las siete de la tarde para poder pensar con claridad. Aun así, las siete era demasiado tarde, tenía que pensarlo antes. Así que en vez de atender al cuaderno de Beatriz y a la inquietud de Sofía, me dedicaba a investigar en mi mente una posible estrategia.

Por fin llegó la hora de salir de aquella casa. Me levanté de la silla con la misma rapidez que hace que te levantes ver fuego a través de la ventana. Cogí mi abrigo, dije adiós a las niñas o incluso creo que dije adiós en general; podría hasta haberme despedido de un perro o de una planta y el resultado hubiera sido el mismo. En ese momento, no me importaban las buenas formas.

De camino a casa me pegué al muro. El mar estaba comenzando a

enfurecerse, pero lo miré de frente y no me intimidó. Algo grande estaba a punto de pasar, lo presentía, lo estaba intuyendo a cada instante y a cada paso que daba cerca de aquel muro frío y húmedo al que desprecié nada más poner un pie en aquel lugar.

Abrí la puerta. Macarena estaba en el sofá y Esteban todavía no había llegado. Decidí empezar a hacer la cena, esa era una manera de pensar sin que se me notara y, a la vez, una forma de distraerme. Cuando ya casi estaba todo listo, entró Esteban.

—Parece que el día se va a poner bravo. ¿Viste cómo está empezando a azotar el mar?

—Sí, lo vi —contesté.

—¿Lo viste? ¡Qué raro! No te gusta nada mirar por la ventana y menos cuando el mar está agitado.

—Ya ves, hoy sí me apetece.

Durante la cena me resultó imposible hablar. Primero tenía que ver las caras, los gestos y los temas de conversación. Tenía que comprobar si todo estaba bien, si después de cenar cada uno iba a su sofá o a hacer cualquier otra cosa. Si se ponían el pijama y quedaban inmersos en el calor del hogar lo suficientemente cómodos como para no querer ni moverse ni preguntar.

Terminamos de cenar, eran más o menos las nueve de la noche y ya estaba todo recogido. Me senté un rato en el sofá esperando que cada mochuelo fuera a su olivo y asegurándome de que nadie se quedaba con los zapatos puestos.

Esteban subió a la habitación y, mientras, yo fui al cuarto de baño…

Me aseguré de que no tuviera demasiado mala cara, me peiné y me sorprendí a mí misma mirándome una y otra vez cada uno de los lados de mi cuerpo y comprobando que mi olor era el adecuado. Puse las manos en la pileta, apoyé todo mi peso y me hice una última pregunta: “¿Qué estás haciendo?”.

Esa pregunta no tuvo respuesta, no quise que tuviera respuesta. Así que salí del baño y ya no había vuelta atrás.

—Voy a echar la basura y a dar un paseo.

—La bajo yo si quieres —dijo Esteban todavía con sus zapatos.

—No, la bajo yo. Para una vez que me gusta ver el mar, voy a salir, a ver si me voy acostumbrando poco a poco a pasear por el muro. ¿No decías que era un privilegio vivir cerca del mar? Pues a ver si vas a tener razón. Vengo en un rato.

Cogí la bolsa de la basura y no quise mirar hacia atrás. No sabía qué rastro había dejado. Tal vez el de la sospecha, el de la intriga; tal vez el de la estupidez y la falta de razón. Tal vez ninguno. Tal vez todos. El caso es que prefería no saberlo.

El parque era, con toda seguridad, lo más horrible que había visto

en años, pero no me importó.

Dentro de una valla, antigua y oxidada, entre cuyas grietas se podían ver las distintas manos de pintura por las que había pasado… había solo dos columpios: uno de ellos, sin asiento; el otro, sin una pata. Y al fondo, unos pantalones vaqueros, una gabardina oscura y un pelo casi pelirrojo.

Simón se dio la vuelta y tuve la sensación de que mis piernas no se podían mover encima de esa goma, rota y reseca, que calzaba aquel viejo y desagradable parque.

La intriga y el desafío se apoderaron de mis escasos cincuenta kilos de peso y de cualquier cosa que pudiera haber dentro además de vísceras y otros órganos.

—Bueno, aquí estamos. Puedes acercarte.

Di dos pasos

—Puedes acercarte más.

Di dos pasos más.

—Dime, ¿qué hacemos aquí? —dije maldiciendo en ese mismo instante la estúpida reacción absurda que me estaba convirtiendo en una presa demasiado fácil, cuando lo que quería era decirle que había aceptado su propuesta por curiosidad, por hacer amigos y nada más. Cualquiera de las dos respuestas era mentira, cualquier respuesta en ese momento era mentira.

—No te preocupes, solo vamos a charlar. Llevo todo el día trabajando y, en realidad, mi trabajo me absorbe tanto que, a veces, me olvido de pasear, de distraerme… No suele venir gente nueva al pueblo y siempre es muy alentador ver rostros diferentes, sobre todo cuando haces un trabajo en solitario. Es solo eso —dijo Simón, inclinando ligeramente su rostro hacia mí con una sonrisa inocente que solo te puede producir ternura e incluso algo de compasión.

—Ya te entiendo —dije sin entenderlo del todo, puesto que él sí tenía con quien pasear. Pero no le dije nada sobre el tema. Tal vez porque no quería entrometerme, tal vez porque no quería estropearlo, tal vez por inseguridad o cobardía. Tal vez por ninguna de todas estas cosas.

—Así que te llamas Olivia y vives en la casa del fondo del paseo.

—Así es —dije mientras comenzábamos a pasear y a salir de aquel horrible parque infantil supongo que torturado por los niños de cien épocas distintas.

—Tienes familia, ¿verdad? —preguntó.

—Sí, la tengo.

—¿Estás bien en el pueblo?

—Lo estoy —contesté dándome cuenta que mis respuestas contenían un tapón en la punta de mi garganta que me impedían hablar lo que yo, de manera habitual, solía soltar a bocajarro y sin

piedad. Pero ahora, no podía.

—Háblame de tu familia —dijo Simón con las manos, perfectamente limpias, escondidas y agarradas en la espalda.

—No tengo mucho qué decir. Somos una familia normal. Mi marido es abogado y tenemos una niña de 15 años.

Simón me miraba de manera muy atenta y relajada, pero a la vez, con una mirada forzada e intencionada que distaba mucho de ser algo natural.

—La vida aquí es triste —dijo mirando al infinito, al cielo o a no sé dónde.

Primer asalto en el ring.

—¿Por qué es triste? —dije, atraída por una enigmática pregunta sin poder escapar de mi curiosidad.

—Somos los mismos de siempre, todos los días son iguales. No hay mucho más que hacer que pasear por estas calles tan lúgubres y deshabitadas. Hace frío, todo es gris, no siempre aparece gente nueva que despierte interés. —Volvió a mirar con tranquilidad, pero con esa chispa en el verde de sus ojos de la que todavía no me terminaba de fiar.

—No es tan malo. Tienes el mar —contesté intrigada por este combate a dos bandas que no se veía en apariencia, pero se sentía en intensidad.

—El mar…No, no miro al mar.

—¿No miras al mar? —dije mientras se abría en mí, por fin, un halo de esperanza en haber encontrado a alguien que tampoco mirara el mar y que pudiera entender lo que se siente.

—El mar es traidor, no lo miro nunca.

—Pero, si la casa de Andrés está llena de figuras tuyas con motivos marítimos… —dije esperando una explicación lógica y racional que despejara mi primera (y no última) incógnita sobre el señor que dejaba mensajes a medias.

—Es una manera de expresar mi defensa —dijo volviendo a hacer ese gesto que tanto me fascinaba, pero sin dejar tiempo para averiguar qué escondía ese brillo estudiado, impostado y que, de alguna forma, algo me decía que lo utilizaba con algún fin.

—Lo entiendo, supongo que forma parte de la expresión del artista. ¿Sabes?, a mí también me asusta. No es que me asuste, pero no le termino de encontrar ese atractivo que otras personas le ven. No lo entiendo, es algo que me hace sentir imperfecta, como si me faltara algo.

—Sé de lo que hablas. Esa oscuridad es la que he plasmado casi siempre en todo lo que hago, es una paradoja, pero esa oscuridad hace que viva encerrado y, a la vez, es de la que vivo.

No pude evitar sonreír ante tal ocurrencia.

—No está mal como metáfora —dije.

Simón sonrió.

En medio de un ambiente que, lejos de disgustarme, me estaba resultando demasiado cómodo, en cuestión de segundos pensé en que estos paseos debían repetirse, que era una compañía muy agradable. Entones me acordé, como en un sobresalto, como un despertador, como la tostadora que te avisa de que se te va a quemar el pan… de Gloria. Y tuve que atacar.

Segundo asalto en el ring.

—¿Tienes familia?

—Sí, tengo una hija, pero ya es mayor. No vive aquí —contestó.

No me atreví a preguntar más. Él sabía que yo era conocedora de su relación con Gloria, pero, aun así, no la mencionó.

Esa incógnita me hizo mirar de golpe el reloj. Demasiado tiempo para dar solo un paseo… debía irme, como la Cenicienta. Tantos años criticándola por no ser valiente y quedarse en el baile… y ahora la entendía más que nunca.

—Tengo que volver a casa, es tarde.

—Sí, por supuesto. Hasta otro día —contestó.

—Adiós.

Temí ese momento incómodo de entrar por la puerta y ver unas posibles caras de extrañeza. Tal vez mi imaginación fue más allá y podía casi vislumbrar algún que otro dedo acusador o, quizás, ese tercer ojo del que siempre se habla, podría haber sido el encargado de haberlo visto todo incluso desde el cómodo sofá del salón y en zapatillas. Por suerte, no fue así.

—Hola, ¿qué tal el paseo?

—Muy bien, la verdad es que sienta de maravilla de vez en cuando salir a pasear. Lo haré más veces —dijes sin maldad, pero sabiendo que, en el fondo, sí había maldad—. Me voy a poner cómoda.

Tras haber comprobado que todo el camarote estaba en orden y que eso no era algo de lo que me tenía que preocupar, mi mente pidió otra dosis de preocupación para mantenerse entretenida un tiempo más antes de acostarse.

No le parecía suficiente el trabajo, sino que quería el trabajo bien hecho, y para ello, había que buscar una explicación a toda la conversación que había tenido lugar en un paseo al lado de un parque infantil en ruinas hace unos pocos minutos.

“¿Qué pasa con Gloria? ¿Por qué no la ha mencionado?”, pensé.

Esta idea daba vueltas en mi cabeza y no me iba a dejar descansar. No era normal que no mencionara a Gloria, y entonces, lo hice.

Buenas noches, Simón.

Solo quería comentarte una cosa. No me parece correcto que

dentro de tu núcleo familiar no hayas mencionado a Gloria, debiste de nombrarla. Tal vez se te haya olvidado. Te puede parecer una tontería este comentario, pero, debes acordarte de las personas que están a tu alrededor y Gloria es una de ellas.
Olivia

Ya está. Ya lo había hecho. Ya me había quedado tranquila. Ahora tocaba esperar.

Capítulo 5

Ilusión versus desconcierto

Al día siguiente me levanté con la ilusión de tener un nuevo mensaje de Simón. Algo me decía que, tras nuestro primer encuentro, él querría repetir; lo había notado enseguida. Era algo diferente a cualquier sensación que hubiera tenido hasta ahora con nadie. Se había creado algo, y ese algo iba a ser difícil de cortar. Lo malo era que eso que se había creado no tenía por qué ser sano o bueno solo porque nos gustara. Pero ya era tarde, el contrato estaba firmado y sellado.

No he hablado de Gloria porque, entre Gloria y yo, queda ya muy poco.
Simón

Sin saber muy bien la causa, todo me pareció de color de rosa. Ese color de rosa anhelado y deseado cuando viene de ti misma, no cuando lo tienes que comprar a base de recibir correos, flores, regalos, halagos… Entonces es cuando ese color de rosa se vuelve ridículo e infantil, pero sí, ahí estamos todos en mayor o menor medida: mendigando el color de rosa, y yo no era la excepción.

Cogí una taza de café de color rosa y abrí la ventana para ver el mar. Estaba deslumbrante, pletórica, drogada, hechizada y llena de un inquietante gozo que no era normal en mí.

—Buenos días, Maca, ¿quieres que te haga unas tostadas o algo de zumo?

Maca me miró unos segundos directamente a los ojos, un leve pero contundente gesto que indicaba que algo extraño había visto en mí, algo que no reconocía o que nunca había visto antes.

—Vale —dijo volviendo a la realidad de su adolescencia en la que cualquier cosa que se le ofrezca sin esfuerzo por su parte es bienvenida.

Hice el zumo como si un coro de mariposas danzara sobre mi cabeza y los gorriones cantaran bajo mi ventana. Un espectáculo igual de maravilloso que de esperpéntico por las causas absurdas que lo provocaban: un correo electrónico.

El día no podía haber ido mejor. Caminaba mirando el mar, el cual se había hecho mi amigo por momentos y me ofrecía la mejor de sus sonrisas, cuando otras veces, lo detestaba.

En casa de Andrés, sin embargo, algo estaba fallando. Desde que Víctor me había contado la vida de este hombre venido de tierras mexicanas, no lo veía con los mismos ojos: cada vez notaba más esa amargura del que quiere a toda costa perpetuar algo que ya no existe por un contrato absurdo que había hecho en su mente con su linaje. La pena y la amargura de aquel viejo eran cada vez más visibles para mí.

La necesidad de un cariño no recibido y, a la vez, otra muy arraigada en sus entrañas, y que controlaba su vida, de demostrar que las cosas tenían que seguir siendo como siempre. Esa sí era una batalla perdida que iba a acabar con aquel hombre para siempre.

Esta idea, cada vez más clara en mi cabeza, hacía que esquivara a Andrés cada vez que iba a cuidar a las niñas. Aun así, siempre era un placer para mí ir a esa casa, era como estar en un palacio color de rosa, eso sí, como siempre, prestado por cualquier circunstancia: un correo, una casa con vistas al mar… Era patético.

Esa misma tarde, de regreso a casa tras dejar a las niñas con sus deberes hechos, llegó otro mensaje.

Me gustaría repetir esa encantadora cita del otro día; de hecho, la necesito.
Simón

Tardé exactamente tres segundos y medio en contestar.

Cuando quieras.
Olivia

Mandé la respuesta mientras una sensación de infantilismo recorría todo mi ser. Esa sensación me hacía sentir indefensa, como una niña, pero había algo dentro de mí que mandaba más que yo.

Al llegar a casa, y después de cenar y recoger todo intentando disimular mi euforia, me quedé sola en el sofá esperando una contestación rápida por parte de Simón. Pero la respuesta no llegaba, es más, pasaron dos días y la respuesta seguía sin llegar.

En esos dos días en los que no hubo respuesta, mi ánimo cayó hasta rozar un límite que, si lo traspasaba, podría entrar en un terreno peligroso. Mi taza rosa la había cambiado por una de peces negros, horrible, que nos había tocado en un bote de cacao. El mar me volvía a abrir su boca pidiéndome algo que desconocía, me gritaba cada vez

que lo miraba… Torcía su boca amenazante y se retorcía pidiendo algo de mí que no sabía, pero me asustaba.

No podía mirar al mar. Y ante la imposibilidad de hacerlo, me acordé del descampado, de aquella masa de hierba por la cual pensé, en su momento, que se debería colar el poco sol que entraba en aquel lugar.

Necesitaba escapar de aquella casa, de tanto disimular mi centrifugadora emocional, de esquivar miradas de extrañeza que no querían preguntarme qué me sucedía… porque, mi rostro estaba llegando a una descomposición facial que, creo, asustaba a Esteban y, tal vez, también a Macarena. Necesitaba encajar mis facciones, respirar y volver a moldear mi cuerpo, aunque solo fuera por unos instantes. Necesitaba sentir que seguía siendo yo, o que mi yo estaba en algún lugar, o tal vez simplemente comprobar si lo había perdido y debía fabricarme otro.

Fui a aquel descampado al día siguiente. Era sábado por la tarde y ni Estaban ni Macarena estaban en casa, así que era el momento ideal para escaparme. El viento soplaba con mucha más fuerza desde allí que desde la playa; nunca lo hubiera pensado.

Al principio daba un poco de miedo, no había casi nadie, a penas algún que otro vecino paseando al perro. Me sonaban sus caras, seguramente de venir a buscar el periódico por las mañanas. Creo que ya conocía a todo el mundo, sin embargo, no me había relacionado con casi nadie: solo con Víctor, con el clan de Andrés y, ahora, con Simón. Y todos me habían enrollado en pensamientos que surgían uno tras otro mientras yo intentaba entender todo lo que sucedía.

A medida que empezaba a pasear por aquella especie de playa de mar y hierba con esas enormes rocas… los pensamientos comenzaron a hacerse grandes masas de aire. Seguían ahí, pero de alguna forma, ya no me amenazaban tanto. Tal vez fuera por el amplio espacio que tenían ellos mismos para campar a sus anchas sin necesidad de permanecer constantemente en mi mente. Era como sacar a un niño a pasear. Empieza a correr y correr, mientras que, si permanece en casa, se vuelve loco. Los pensamientos son como los niños.

Me senté en la hierba, y el aire, tan intenso, azotaba con tal fuerza mi cara, que no era capaz de pensar. Ese aire me envolvía por distintos lugares del cuerpo: a veces con más intensidad en algún sitio, otras en otro; eso me distrajo de mis recurrentes pensamientos sobre casi todo.

Estuve un buen rato hasta que mis pies empezaron a helarse de frío y decidí volver.

Llegué a casa, era media tarde y Esteban acababa de llegar de una comida con sus nuevos compañeros del bufete. Maca había salido con su nueva amiga. No me gustaba demasiado que Macarena tuviera solo

una amiga; pero ni siquiera estaba para pelearme con ese asunto, lo cual también me hacía sentir mal. No estaba para nada porque mi batalla central estaba si resolver: Simón.

—¿Qué tal la comida? —pregunté antes de que Esteban me preguntara a mí, eso siempre es una buena táctica cuando temes una pregunta incómoda.

—Bien, bueno, lo de siempre, ya sabes.

No contesté y subí a quitarme las botas.

—Cuando termines me gustaría hablar un momento contigo —dijo Esteban abriendo la puerta de la habitación.

—Sí, ahora bajo —contesté, con el corazón latiendo más de la cuenta porque no sabía, de ninguna de las maneras, qué iba a ocurrir en esa conversación. Me sentí pequeña al darme cuenta de que no tenía por qué tener miedo de nada, no estaba haciendo nada malo, y si lo estaba haciendo, en cualquier caso, era mi responsabilidad asumir las consecuencias. Aun así, tenía miedo.

—Dime, ¿qué querías? —dije bajando plácidamente las escaleras como si nada me importara y tratando de disimular mi corazón a mil por hora.

—¿Qué te pasa? —dijo una voz cálida y armoniosa que más bien me pareció inquisidora porque yo, y solo yo, me estaba imaginado un escenario de patio de instituto en el que el profesor, por muy buenas intenciones que tuviera, te iba a decir que algo tuyo no estaba bien. Al fin y al cabo, ellos eran los que ponían las notas. Ese era mi escenario, el escenario de mi mente porque, en realidad, nunca existió en otra parte.

—No me pasa nada —dije con un tono suave que no era el que acostumbraba a tener de manera habitual cuando me colocaba, yo misma, en lo que, yo misma, creía que era el paredón.

—Olivia, te noto muy extraña. Macarena no dice nada, pero noto cómo te mira, como si no entendiera lo que te está sucediendo. No pasa nada, me lo puedes contar. Sé que llegar a un pueblo que no conoces y hacerte un lugar…

—¡Vale, ya está, Esteban! —dije cuando el excesivo paternalismo, que yo, y solo yo, veía estaba a punto de hacerme perder el control—. No sé por qué motivo te preocupas tanto, parece no puedo tener ningún tipo de intimidad ni sentirme como yo quiero. Deja ya de observarme para cerciorarte de que todo está igual que siempre. A veces las cosas no están perfectas y no siempre vas a poder arreglarlas por muy superior a mí que te creas.

Ya está. Ya había soltado la bomba. El hombre con la palabra perfecta estaba avisado.

—Olivia, te estás pasando.

—No, no me estoy pasando. El único problema es que no me

entiendes porque estás demasiado ocupado en quedar siempre por encima de mí en todo—. Subí corriendo las escaleras aprovechando mi dignidad para huir de mi vergüenza, porque sí, me estaba pasando un poco, el problema es que no era consciente del motivo de mi reacción, y eso me enfadaba mucho más.

Esteban no me habló en el resto de la noche, pero no me importó. Ya bastante tenía con llevar más de dos días sin recibir ninguna respuesta de Simón como para pensar en tener un diálogo con Esteban que volviera a poner delante de mí escenarios imaginarios que no quería ver. Así que me acosté temprano.

Al día siguiente, Esteban sí se dirigió hacia mí, pero solo para darme los buenos días, nada más. Me sentí mal, muy mal. Culpable de no sé qué, pero sí, me sentía culpable. Culpable por no hablar claro, culpable porque, si hablaba claro, también estaría mal hacer lo que hacía, culpable y culpable: esa era la maldita sentencia en mi cabeza que yo, y solo yo, veía.

Caminé hacia el quiosco y por el camino sonó el teléfono.

—Olivia, soy Dora. Quería preguntarte si hoy puedes venir antes. Ana está ocupada y las niñas van a quedar con nosotros. Estuve pensando que podrías quedarte a comer y así no tienes que venir tan apurada. ¿Te parece bien?»

“Madre mía”, pensé, “Ahora, lo que me faltaba. Ir a comer con Dora y las niñas, supongo que Andrés también estará”. No me apetecía nada. Una cosa era dar clases en un precioso salón con vistas al infinito, y otra, aguantar a un señor malhumorado dueño del bien y el mal que a veces decaía y parecía un soldado triste que se iba a poner a llorar de un momento a otro.

—De acuerdo, hablo con Esteban a ver si puede de hacer la comida, y si no, le dejo algo hecho a la niña antes de ir a su casa.

Llamé a Esteban para preguntarle si iba a venir antes de las dos. Me respondió que sí, que podía venir, así que, una vez que terminé mi turno en el quiosco, ya no volví a mi casa. Fui directamente al palacio de hierro a encontrarme con la extraña familia que vivía en lo alto del mar.

—Olivia, gracias por venir tan temprano. Por supuesto esto te lo vamos a pagar, pero, además, por las molestias, te hemos preparado algo especial.

—No hacía falta, en serio, pero muchas gracias. Siempre es un placer venir a esta casa tan bonita —dije no sin pensar en que mis propias palabras me parecieron un poco ridículas y tal vez de un agradecimiento desmesurado solo porque me fueran a dar un plato de comida.

—Puedes sentarte en el jardín mientras no está la comida, Gloria vendrá enseguida y te hará compañía —dijo Dora muy amable

mientras me traía una bandeja con bebidas y algo de comer.

"¿Alguien me preguntó si quería compañía? Y lo que es peor, ¿alguien me preguntó si esa compañía podía ser Gloria?", pensé.

No, nadie me lo había preguntado porque nadie se imaginaba nada. Y el que no sabe si tienes hambre o no, no puede ser adivino si tú no se lo dices.

No quería su comida ni su compañía. Quería los paisajes de la casa, sus salones, sus vistas. Pero, poco después, me di cuenta de que estaba pagando un precio muy alto por mendigar un paisaje que calmara mi mente y me diera algo de belleza en medio de una maraña de algas indescifrable que recorría todo mi cuerpo.

—Hola, Olivia —dijo Gloria.

—Hola, Gloria —dije tranquila, al fin y al cabo, llevaba dos días sin hablar con Simón, eso me redimía de mis pecados porque técnicamente no teníamos contacto.

—No sé cómo no pruebas estos canapés, están deliciosos —dijo Gloria mientras cogía la bandeja en sus manos y decidía con la mirada golosa por cuál de ellos se decantaría.

—No, gracias. Si como todo eso, luego no voy a conseguir comer nada, y no es lo correcto después de todo lo que ha preparado tu madre.

—¡Qué más da! —dijo Gloria—. Yo después como igual, siempre hay hueco para la comida.

No supe cómo tomarme esa frase. Gloria era glotona, y lo acababa de comprobar cuando desapareció ante mis ojos bandeja y media de bocadillos de pan de media luna y algunas minitostadas de queso con jamón.

Ya en la mesa, impecablemente puesta, nos sentamos ante no pocas bandejas de distintos platos de comida: un pollo entero con guarnición de patatas y verduras, otra bandeja con carne asada con guarnición de puré de patatas, y una última bandeja copiosa de pescado al horno con pimientos.

Gloria se echó un poco de todo lo que había en la mesa, ajena al mundo que le rodeaba, y yo, casi no podía comer bocado porque el mundo que me rodeaba, y más en ese momento, no me era ajeno en absoluto. Mis pensamientos estaban en un sitio muy distinto, y el pollo, la vaca y el besugo, no eran en ese momento mi centro de atención.

—Nosotros tenemos la costumbre de comer a las dos —dijo Zeus desde el altar mayor—. Hoy ha sido una excepción porque venías tú. Dora es una estupenda cocinera.

—Sí, está todo riquísimo —contesté.

—Dora es, probablemente, de las mejores cocineras que te vayas a encontrar en el pueblo. Ha tenido alguna ayudante, pero nada que ver

con ella. Al final, es imposible encontrar gente que la ayude en la cocina, tiene que acabar haciéndolo ella porque le estropean todos los platos. Para eso, mejor no tener ayudante —dijo Andrés un poco desinhibido después de la primera copa de vino.

—No lo dudo —dije de forma educada.

—Esta carne nos la traen del matadero directamente, y el pescado lo escogen para nosotros. Todo lo que ves es lo mejor que se puede conseguir en el mercado. La gente me conoce y siempre me ofrecen a mí antes que a cualquiera. No en vano muchos fueron clientes míos o gente que compró mis terrenos o mis viviendas. Nosotros siempre comemos lo mejor, en esta casa se come, y se come bien.

"Cielo santo", pensé, "¿Qué se puede contestar a un discurso así?".

—Sí, ya veo, todo parece de muy buena calidad —dije asombrándome a mí misma de la capacidad que tenía para ser básica y agradable cuando no sabía qué contestar a algo que, en realidad, no tenía contestación alguna porque aquello que no exige una respuesta es incontestable. Y decir que una vaca, un besugo y un pollo son los mejores del mercado no exige, en sí mismo, ninguna respuesta salvo la cara de vaca, besugo o pollo que se te queda en el momento de escucharlo.

Mientras degustábamos los manjares y Dora viajaba a la cocina con una bandeja de comida vacía que, mágicamente, al volver traspasar la puerta se convertía en otra llena, me di cuenta del ritual. Este se presentó ante mí como un acertijo que debes descifrar, pero una vez que lo tienes, el mensaje se interpreta solo.

Una bonita casa; una hija inteligente llevando el negocio familiar; otra hija alegre y divertida, pero inaceptablemente tratada como inferior; una buena cocinera, no, mejor dicho, la mejor cocinera, asegurándose así que el instinto más primitivo, como es la comida, fuera requisito fundamental para mantener el linaje unido, un linaje que ya no existía sino solo en la cabeza de Andrés.

Hice caso a Víctor y no utilicé lo que sabía; él había confiado en mí. Y cuando alguien a quien admiras confía en ti, algo te hace creer que puedes hacerlo. Así que… no dije nada y me fui con las niñas al salón.

***

Mientras el correo seguía vacío, los botes de somníferos se iban acumulando en el cuarto de baño. Era imposible conciliar el sueño sin recurrir a ninguna sustancia.

"¿Qué clase de juego es este?", pensé. "Cómo es posible tanta intensidad, tanto interés y que, después, alguien no sea capaz de contestar un mensaje".

Había algo que no me cuadraba y debía averiguarlo si quería estar a salvo. Tenía que saber y saber, siempre saber. Como si esos pensamientos fueran a ser mis salvadores, como si creyera que mi mente estuviera hecha para predecir el futuro y saber lo que me iba a pasar.

Machacaba sin piedad todas las conexiones que existían hasta el agotamiento e incluso hasta la pérdida de apetito y el insomnio.

Al día siguiente, fui a trabajar al quiosco.

—¿Tienes mala cara? —me dijo Víctor mientras abría la puerta de la casita de madera y encendía las pequeñas luces que iluminaban las golosinas, caramelos y chocolates.

—Sí, me cuesta un poco dormir estos días.

—¿Quieres hablar de ello?

—Pues sí, Víctor, creo que debo contarte lo que me está pasando. Me da un poco de vergüenza contarlo, porque hay varias cosas ahora mismo que no me encajan nada, y una de ellas, además, se puede decir que está acabando conmigo.

—Ya, me he dado cuenta de que no estás muy centrada.

Miré a Víctor temiendo que me estuviera reprochando mi trabajo en el quiosco.

—Víctor, es posible que esté un poco despistada, pero no he dejado de atender el quiosco correctamente.

—Lo sé, lo sé, no iba por ahí mi comentario, pero la mirada no está hacia fuera, estás con la mirada en otro sitio.

—Verás, he conocido a Simón, el herrero que vive a las afueras —dije mientras miraba la cara de Víctor en busca de una señal. Pero el albanés no dijo nada, seguía apoyado en la estantería de las porciones de turrón sin inmutarse—, y me he metido en un buen lío yo solita del que no sé cómo salir.

”Vi su obra en casa de Andrés, y me impresionaron tanto aquellas figuras que parecían enfrentarse al mar, desafiantes, sin miedo… que de manera automática suscitaron en mí mucho interés. Al poner el foco en ellas, no pude evitar observar que el hierro cubría casi todas las estancias de la casa y, entonces, quise saber más.

”Gloria me dijo que el herrero era su pareja, y me facilitó su dirección para hablar con él. A partir de ahí empecé a recibir unos correos que nada tenían que ver con la relación de un artesano con su cliente. (…) No sé cómo no pude reaccionar antes y caer en ese juego. Empecé a querer saber más y más sobre el motivo de esos mensajes: ¿por qué a mí?

”Tendría que haber cortado de raíz, pero algo más fuerte que yo me impedía actuar con sensatez, y caí en el juego.

—¿Sigue enviándote mensajes?

—No, eso es lo que más me desconcierta. Los envía solo cuando él

quiere y a veces le respondo y no contesta.

Víctor no dijo nada, se quedó unos segundos mirándome y yo me moría por preguntarle qué sabía de él, pero no me dijo nada. Si no me decía nada, era porque no lo creía conveniente. Víctor me había parecido siempre una persona sensata.

Después de comer, y en vista del ambiente que había en mi casa con Esteban de morros y Macarena sumergida en su adolescencia, miré hacia la ventana y vi un incipiente rayo de sol que venía del descampado. Cogí mi abrigo y caminé hacia allí sin despedirme. No me equivocaba.

El manto de hierba mostaza y verde estaba completamente iluminado por un ramo de luz que venía desde el fondo de las rocas. El aire no era tan fuerte como el otro día, y un montón de niños y niñas correteaban detrás de una pelota; otros, en corrillos, hablaban y reían mientras arrancaban las hierbas del suelo casi sin darse cuenta. Algún grupo de adolescentes parecían charlar sobre algo importante mientras se miraban unos a otros. A lo mejor no era nada importante, pero se escuchaban con atención.

Entre ellos, pude ver la cabeza de Ylli. Me pareció extraño, era un niño muy solitario a quien no había visto nunca con otros chicos, pero como me dijo una vez Macarena: “Aunque le guste andar a su aire también tiene amigos, mamá”.

Y sí, felizmente, pude comprobar que sí.

Me senté en el mismo lugar que la última vez y, al cabo de unos minutos, Ylli se acercó.

—¿Qué tal Macarena en el instituto?

—Bien —dije—. Creo que bien.

—La veo a veces, creo que tiene dos amigas.

—Eso me dijo. Y tú, ¿qué tal?

—Bien —dijo Ylli con su habitual forma de hablar parca en palabras.

—Me dijo tu padre que escribías cuentos —le dije sin saber muy bien de qué hablar con un niño que no habla pero que se acaba de sentar a tu lado.

—Sí.

—Podrías contarme alguno —dije para romper el hielo y porque el paisaje animaba a hablar de cualquier cosa menos de temas cotidianos.

Ylli me miró con esos ojos almendrados y sonrió mientras se acercaban a sus mejillas dos pequeños hoyuelos.

—De acuerdo, dijo. Te voy a contar uno.

”En una pequeña aldea, vivía una mujer sola con sus dos perros y un canario. Ella siempre decía que tenía de todo, pero que pasaba mucha sed. No sabía dónde buscar agua.

”Un señor en el pueblo supo de su deseo y decidió coger un bidón de agua y ponerse muy muy lejos del lugar donde ella vivía.

”Aquel hombre llamó un día a su puerta y habló con la mujer. Le dijo que había encontrado agua, pero que el pozo estaba muy lejos. Él tenía una máquina especial para sacarla, pero, salía tan poca cantidad que se veía obligado a venderla muy cara.

”La señora, sedienta, accedió en el momento.

”—No importa —dijo—, haré lo que sea con tal de conseguirla.

”—Bien. Pues tiene que ir por ese camino de espinas y piedras unos cinco kilómetros; después, cruzar el río con una lancha que verá amarrada a un árbol, y detrás de ese río, está el agua.

”—Sí, eso haré —dijo aquella mujer.

”Pasó el tiempo y la señora iba todos los días por el camino de espinas y piedras, cruzaba el charco en la lancha y pagaba una fortuna por un vaso de agua.

”Así pasaron varios días hasta que la casa de al lado fue ocupada por un nuevo vecino.

”Ese vecino, un buen día, se sentó en el jardín de su casa con un enorme vaso de agua. La señora, extrañada de que alguien que vivía al lado tuviera agua, le dijo:

”—Disculpe, ¿cómo pude tener usted agua si aquí el agua no existe? Yo tengo que recorrerme cinco kilómetros todos los días para ir a buscarla por un camino de espinas y piedras, coger una lancha y cruzar un río. Una vez que he cruzado el río tengo que pagar mucho dinero por la mitad del agua que tiene usted en el vaso. El agua aquí no existe.

”A lo que aquel caballero contestó:

”—Es imposible que el agua no exista, el agua está por todas partes.

”La señora se dio cuenta de que sí, el agua estaba por todas partes, pero ante la creencia de que solo una persona te la puede dar, se estaba arrastrando todos los días hacia donde alguien estaba poniendo precio a sus deseos y anhelos.

Miraba a Ylli mientras narraba su propia creación y mis pensamientos se desvanecieron durante unos minutos. Aquel chico de 17 años era algo más que un simple creador de cuentos. Era alguien que buceaba en lugares ocultos donde, normalmente, los demás no queremos entrar: ahí, donde escondemos la sed que tenemos porque no nos interesa saber la existencia de una necesidad.

Ya en casa, por la noche, y tras una cena tensa como venía siendo habitual últimamente, subí a la habitación y no aguanté más la espera, necesitaba ese contacto, necesitaba esa especie de conexión que te engancha como una droga a la que, una vez metida en tu cuerpo, tu sangre necesita para seguir dándote vida.

Simón, mañana voy a ir al taller para ver cómo está quedando el encargo que te hice.
Olivia

Ya estaba hecho, ya había ido a buscar a mi camello, solo faltaba que me pasara mi dosis. Y la dosis llegó.

Te espero.
Simón

A la mañana siguiente, casi sin dar los buenos días ni a Esteban ni a Macarena, me vestí y, como la última vez, también me cercioré de que todo fuera perfecto: mi ropa, mi perfume, mi pelo… Salí por la puerta cometiendo el infantil error de no decir ni adiós y me dispuse a ir al taller de Simón.

Mis pasos eran tan rápidos que casi me estaba ahogando con mi propia respiración. El camino que debía recorrer hasta el taller de Simón se me aparecía como la salida del laberinto, como la respuesta a mis preguntas, como el agua que me daría de beber un herrero que se aprovechaba de mis anhelos, tal y como decía Ylli en su cuento. Tenía sed, hambre, miedo, necesidad de amparo, de refugio, tenía todas las necesidades anheladas, y ese camino, de espinas y piedras, me llevaría a satisfacerlas todas.

Me encontré de frente en el portalón verde del taller de Simón y, unos minutos antes de llamar y esperar que ese portalón me llevara por un túnel de luz y claridad, quise saborear el momento.

Por fin me decidí a llamar.

—Buenos días, Olivia, puedes pasar —dijo Simón.

Simón llevaba su camiseta blanca casi gris y un delantal desgastado por el uso. Era la misma imagen que vi la primera vez que me abrió la puerta, exactamente la misma.

Cruzamos el estrecho pasillo que conducía a su taller, y allí, como si nada hubiera pasado, como si nuestros mensajes no hubieran existido, como si el paseo por aquel parque siniestro jamás hubiera sucedido… Simón me enseñó cómo iba evolucionando mi encargo al igual que un frutero enseña las manzanas que acaban de llegar del campo. Algo en mí enfureció.

—Hace días que no me contestas. No creo que haya sido yo la que empecé con los mensajes —dije mientras clavaba mis ojos en sus miradas de niño cansado.

No dijo nada. Se dio la vuelta y se dirigió a la pared donde estaban apoyadas algunas de las piezas de mi proyecto.

—Aquí tienes, espero que te guste. Habrá que mirar el color con

más precisión. Te haré unas muestras.

No me lo podía creer. Mi indignación y mi enfado aumentaban por momentos. No me había respondido a nada, hacía como si no me hubiera escuchado.

—De acuerdo. Cuando tengas las muestras, me avisas —dije completamente enfurecida y aguantado mi lengua para no decirle alguna cosa más, o quizás no solo me aguantaba la lengua, sino, también la boca para no escupirle.

Llegué al quiosco, y aunque hasta ese momento había conseguido trabajar sin que esto me afectara, esa mañana casi no podía ni sonreír a los clientes, ni hablarles, ni darles los buenos días…

Al llegar a casa, en la comida, trataba de disimular que simplemente era cansancio, la edad, la nueva vida, todo para que Macarena no pensara que tenía una madre imperfecta y estúpida que, a sus 52 años, no tenía la sabiduría suficiente para enfrentarse a una situación sin que esta la desbordara. Pero esa era yo y no quería reconocerlo, porque a los 52 años no debes ser ni estúpida ni imperfecta.

Después de comer, subí a mi habitación y, sentada en una silla giratoria, intenté controlar al guerrero. En mi imaginación le saqué la espada, el escudo y la armadura, lo dejé desnudo para que no tuviera la tentación de salir al campo de batalla. Pero al verse desnudo, se asustó y volvió a coger la lanza y el escudo. Entonces abrí el ordenador.

No responder a las preguntas no es de buena educación. Si lo que quieres es ceñirte a tu trabajo, no me escribas ningún mensaje más.
Olivia

Cerré el ordenador y, satisfecha con mi respuesta, me dispuse a ir a hablar un rato con Macarena antes de ir a casa de Dora y Andrés. Me había liberado de la batalla, por fin podía respirar. O eso creía.

No tuve valor para decirte que necesito volver a verte. Por favor, hoy a la misma hora del otro día en el parque.
Simón

Ya estaba otra vez dentro de mí. Ya tenía la energía suficiente para pasar el resto de la tarde. Volví a coger la taza de color rosa y me tomé un café antes de ir a trabajar. La sangre que circulaba por mis venas volvía a correr firme y segura.

Llegó de nuevo la hora de la cita con Simón. La excusa era perfecta. Necesitaba salir a pasear y a tomar el aire. Nadie sospecharía que aquel inocente ritual era algo más que una medicina para mi ánimo.

Llegué a la hora en punto a aquel horrible parque, pero no me importaba, ni el horrible parque ni su suelo embarrado. Simón me miraba de frente mientras me acercaba y allí, en medio del hierro podrido de aquel oscuro retablo, nos encontramos.

—¿Cómo estás? —dijo, como si nada hubiera sucedido entre los dos y sus mensajes hubieran sido de cualquier otra persona.

—Bien —dije tirando la espada al suelo y sucumbiendo a sus palabras mientras, por dentro, una pequeña parte de mí se maldecía por hacerlo.

—La noche está preciosa, vamos a dar un paseo.

Empezamos a hablar de mi casa, de mi vida, de mi trabajo… y entonces, volví a coger la espada.

—No sé por qué me estás mandando mensajes al ordenador.

Hubo un silencio mientras yo, mirando hacia el suelo y con los dientes apretados… esperaba una respuesta, una respuesta que por fin llegó.

—¿Acaso no te has dado cuenta? —contestó Simón.

La respuesta había llegado, pero a modo de enigma. Una respuesta engañosa que no significaba nada.

—No, no me he dado cuenta.

—Eres una mujer inteligente, deberías saberlo —contestó.

La mujer inteligente debía ser rápida si quería encontrar un significado.

—Cuando alguien escribe es que tiene un interés por algo —dije.

—Exacto —contestó Simón con las manos agarradas detrás de la espalda.

Seguía el enigma y eso no lo podía tolerar, así que saqué la espada imaginaria y ataqué.

—Mira, Simón. No sé quién crees que soy, pero no me gustan los juegos. ¿Qué quieres exactamente de mí?

—Saber quién eres.

Otra vez una respuesta confusa que terminó por sacarme de mis casillas.

—Soy Olivia, tengo una hija y trabajo en un quiosco. Ya sabes quién soy, adiós.

Mi enfado hizo reaccionar al dios del hierro.

—No, no te vayas. Perdona. Tienes razón, intentaré ser más claro —dijo Simón bajando el pequeño arco de sus ojos fingidos de poder, al de un niño lleno de desesperación—. Te voy a tratar de explicar algo si es que puedo hacerlo.

”Te llamo porque desde que te vi algo en mí me avisó de que debía verte, conocerte… pero a la vez siento que hay algo que me frena. Sí, sé que estoy con Gloria, pero también sé que eso, en el fondo, no es lo que quiero.

La voz de aquel hombre y su “triste figura” no eran reales, estaban sumergidas en un papel engañoso que él había adoptado para algo, pero ¿para qué? Sus palabras estaban cargadas de verdad en el sentimiento, pero no en la forma. No era capaz de armar el puzle. Lo creía, pero algo no encajaba.

—¿Y por qué sigues con Gloria? —pregunté dispuesta a reunir piezas que me dieran un camino seguro a donde llegar.

—Gloria es buena, agradable y simpática. Su padre la aparcó como si fuera un deshecho solo porque no la creía capaz de ayudar en el negocio, le puso la etiqueta de inútil, me da mucha pena y me resulta difícil decirle que no. Soy de las pocas personas que la han entendido.

—¿Estás con ella por eso? —pregunté.

—No, solo por eso no. Pero esa es una de las razones.

Los enigmas iban en aumento, debía archivar todo eso en mi memoria si quería llegar a alguna parte, a alguna dirección. Pero esos mismos enigmas hacían que no pudiera contestar a nada. Parecía como si ese fuera el juego: dar pistas a alguien que, como yo, tenía alma de investigador, de llegar al final de todo aquello que se le ponía delante. Un desafío, para mí, era como un vaso de agua para un sediento.

—¿Y cuál es la segunda razón?

—Esa es la que no sé —contestó.

—Eso no tiene sentido.

—Sí, sí lo tiene —dijo Simón mirándome como si en el fondo así lo creyera.

Aquella conversación era peor que cualquier juego de estrategia al que jugaba con mi hija cuando era un poco más pequeña. Y eso que algunos de ellos eran casi para genios. Esto no sabía si era para mí o no, pero algo por dentro me obligaba a averiguarlo.

Después de unos segundos de silencio, y tras pensar que ya se había acabado todo, me acordé de que Simón había mencionado en nuestra última conversación que tenía una hija. Otro cabo suelto se unió al cúmulo de pistas enigmáticas que se estaban cultivando esa noche y que parecían no tener fin.

—Simón, ¿puedo preguntarte por tu hija?

—Sí, mi hija es ya mayor, es independiente. Su madre nos dejó hace ya muchos años.

—¿Y por qué os abandonó? —pregunté.

—Es una larga historia.

Era una larga historia, cierto. Tan larga que parecía no tener fin. Y

yo le tenía que encontrar el fin a todo, tenía que llegar a la última explicación de cualquier cosa.

Estaba atada, enganchada y unida a esta historia, como no lo había estado jamás a nada ni a nadie.

Capítulo 6

Solo desconcierto

No logro entender… no puedo entender cómo eres capaz de vivir así. No tienes ninguna necesidad de encerrarte de esa manera. ¿Por qué no sales? ¿Por qué contestas a medias? ¿Por qué no eres más claro?
No es que me importe tu vida, pero tampoco comprendo por qué me buscas si después no me cuentas nada. ¿Estás jugando a algo? Porque, si es así, querría saberlo. Más que nada por no seguir haciendo el imbécil contestando todos tus correos, acudiendo a tus citas para que, cuando tú quieras, desaparezcas. ¿Qué quieres de mí?
Olivia

***

No quiero nada.
Simón

***

Entonces, deja de escribirme.
Olivia

***

No puedo.
Simón

***

Sí puedes, claro que puedes. Tienes una pareja que vive ajena a esto, y ¿eres tú el que me buscas? No, se acabó. No me está gustando nada tu juego, nada de nada.
Olivia

***

No puedo dejar a Gloria, no puedo. Pero por favor, no te vayas. Haré lo que haga falta, si quieres nos vemos más a menudo, ya no me importa nada. Pero por favor, no te vayas'.
Simón

No podía dejarlo así. Esas palabras de desesperación sonaban en mi inquieta cabeza como un grito de auxilio salido de lo más profundo y oscuro que era inevitable de ignorar.

Está bien. ¿Podemos vernos en algún lugar mañana al mediodía y hablamos?
Olivia

***

Mejor a las 10 en el lugar de siempre.
Simón

Cerré el ordenador, no quise preguntarle nada más, pero que no quisiera hacer algo no significaba que no estuviera en mi cabeza. Volvía a haber una incógnita, o un engaño, o no sabía qué. El caso es que cuando había accedido a quedar con él en cualquier parte, volvió a querer esconderme en el parque de hierro.

Al día siguiente nos vimos. No hablamos de nada, todo fue sobre ruedas. Charlamos y paseamos por los alrededores sin importar ni la hora ni el lugar. Todo era perfecto.

Dejamos los correos misteriosos y empezamos a comunicarnos con soltura, eso sí, a la hora que él quería. Lo acepté con normalidad. La sensación de seguridad que emergía entre los dos no se podía comparar a nada. No hacían falta palabras. En medio del caos y de la ansiedad, ahí estaba el lugar donde quería estar.

"Demasiado bonito para ser cierto" fue la frase que, aburrida y demasiado trillada, usé para describir a la perfección lo que estaba

sucediendo.

Pasaron algunos días cuando me enteré por Dora que Simón se había ido una semana fuera con Gloria. Me sumí en un profundo desconcierto que hacía que en mi cabeza se entretejiera un mapa muy complicado e indescifrable. Los senderos que estaban empezando a vislumbrarse gracias a aquellos paseos nocturnos pasaron a entrecruzarse entre ellos de manera incomprensible hasta que el mapa del tesoro pasó de tener un camino claro y visible, a hacerse gigante y desplegarse en miles de folios imposibles de entender.

Durante días sentí un vació difícil de explicar. El vacío del que siente que lo han echado del algún lugar y lo han dejado solo en medio de la nada porque ha cometido un error, un grave error. Porque ha hecho algo mal y debe ser castigado. El vació del abandono absoluto.

Ya estaba totalmente decidida, al menos en apariencia, a soltar esto de una vez. Pero todo era un engaño. Sabía que Simón volvería y llamaría, así que la dignidad se apoderó de mí y esperé. Simón acabaría volviendo, necesitaba algo de mí, de eso estaba completamente segura.

Y así fue.

***

Siento no poder estar a tu lado, mi mayor deseo es que algún día pueda.

Simón

***

Mi dignidad todavía seguía en guardia amparada por la certeza de que aquel hombre me necesitaba. Esa era la palabra. Había una necesidad en él a la que yo le había dado un valor, un valor que no tenía, porque la necesidad podía ser de todo menos un valor en sí misma. No contesté.

Al día siguiente, mi dignidad y yo fuimos al quiosco a trabajar. Me hacía sentir fuerte y segura, falsamente fuerte y segura porque la dignidad iba acompañada de un cierto orgullo. Así que, al final, éramos los tres los que habíamos ido a vender periódicos aquella mañana.

—Buenos días —dijo Simón con una voz tierna y una excesiva galantería.

Simón se había acercado al quiosco. Por primera vez desde que nos conocimos, había aparecido en un sitio que no fuera ese horrible

parque y a escondidas de todo el mundo. Mi dignidad aumentaba por momentos hasta que, de tanto estirar el cuello para mostrar mi dureza, tuve un pequeño tirón en la espalda.

—Buenos días, ¿qué tal el viaje? —pregunté—. Me dijo Dora que os habías ido Gloria y tú —continué diciendo como si nada me importara.

—Bien, era un viaje que teníamos planeado hace tiempo. Pero hubiera sido más hermosos si me hubieras acompañado tú.

Ya está, ya lo había vuelto a hacer. Me daba cuenta de que su exceso de galantería era algo que le daba resultado. No había maldad, solo era una herramienta para conseguir algo a cambio. Era una estrategia demasiado evidente que todavía no entendía cómo le podía funcionar, el caso es que su galantería no me importaba. Era algo mucho más profundo.

No dije nada ni cedí a su exceso de educación caduca del siglo pasado. Simplemente le vendí los periódicos, sin más. Mi razonamiento estaba confirmado: si yo me alejaba, él venía.

Volví a casa con una sensación de tranquilidad que, por otra parte, me incomodaba. No podía ser que mi tranquilidad dependiera de mi dignidad, de sentir que otra persona dependiera de ti surgiendo así la creencia de que la dependencia de otros te hace a ti más fuerte. Pero así era. Eso me estaba haciendo sentir bien, al menos de momento.

Ocurrió lo esperado. Recibí un mensaje de Simón para una cita, pero otra vez insistía en hacerlo en el parque infantil y a la hora de siempre.

Engañándome a mí misma, justifiqué su cobardía de verme a la hora de siempre y en el mismo lugar con el acto de valentía que había tenido al acercarse a mí a la luz del día. Cuando en realidad, comprar un periódico en el quiosco no compromete a nadie. Pero el que quiere justificar algo, siempre encuentra una razón.

Volvimos a lo de siempre y todo volvió a ser de color de rosa. Incluso pensé que tener una taza de color rosa era poco, debía cambiar toda la vajilla. El mar estaba en calma dentro de mí, no había ningún lugar al error, aquello era algo que no podía ser mentira: existía, y existía de verdad. Pero había una roca grande que derribar, demasiado grande. Tal vez construida con siglos y siglos de antigüedad.

Me alegré de no haber comprado la vajilla, puesto que, tras unos cuantos días de paseo en mi paraíso, aquel que yo creía que dependía de otra persona, Simón volvió a desaparecer, a la par que mi energía. Y sucedió lo inevitable: perdí el control sobre mí misma.

***

El otoño había terminado y, en pleno mes de enero, con el frío y la lluvia metidos en el cuerpo, la maraña de hilos negros en mi cabeza se había hecho de una magnitud indescifrable. Mis días, mis tardes y mis noches las dedicaba, a oscuras y en mis pensamientos, a deshacer cada nudo con ímpetu y con desesperación al igual que hace el preso que dedica horas a cortar el hierro de su celda con una lija de uñas… como si intentar deshacer esos nudos me fuera a proporcionar más placer que ver caer las piñas de un árbol o, incluso, tropezar con una rama y acabar en el suelo.

Pero así estaba yo, ese era mi panorama. Mi casa estaba llena de cabeceros de hierro y mi ordenador de correos indescifrables y sin sentido que me habían llevado a perder casi por completo la cordura, si es que alguna vez la había tenido.

Todavía mantenía el contacto con Simón, aunque nuestros encuentros se habían reducido a casi nada. Solo había idas y venidas. Gritos de auxilio por su parte, palabras de halago cuando me iba, huidas impetuosas cuando me acercaba… y yo, como siempre, empeñada en entenderlo todo.

Gloria seguía ajena a lo que ahí sucedía, Esteban y yo casi ni nos hablábamos, la única buena noticia era que Macarena había conseguido hacerse un hueco por ella misma dentro del pueblo. Era amiga de Ylli y tenía dos o tres amigas íntimas más.

Me sentía orgullosa de Maca. No había recibido casi atenciones por mi parte y, sin embargo, lo había conseguido ella sola sin la ayuda de nadie. Y yo, siendo su madre, todavía estaba apartando los monstruos de mi camino a golpe de lanza y espada.

El descampado era mi refugio. Allí me encontraba con los chicos del pueblo, los ancianos charlando, gente paseando con sus perros y niños corriendo mientras sus madres hablaban de cosas; algunas hablaban, otras no decían nada. Y eso era la vida. Mientras yo tenía constantes luchas en mi cabeza, otros se dedicaban a vivir.

Hasta eso me producía dudas: "¿Vivir era esto?", pensé. Cómo puedes perderte en las cosas cotidianas de la vida sin poder entenderlas. Eso era casi una misión imposible para mí, que la única forma de vivir era entenderlo todo.

Ylli se acostumbró a mandarme cuentos por Macarena para ver si me gustaban. Desde aquella vez que me narró su primer cuento, debió de ver algo en mí que satisfizo su esfuerzo como escritor. Pero ni ese detalle tan bonito por su parte era capaz de apreciar. Simón ocupaba mi mente día y noche.

El segundo cuento que me dejó Ylli hablaba de dos peces:

"Dentro del inmenso océano, hay peces de todo tipo. Es tanta la variedad que sería imposible clasificarlos en tamaños, colores, formas… una pequeña variación en alguna de sus diminutas escamas

puede hacer de dos peces idénticos, dos auténticos desconocidos. No hay manera de saber si existen dos especies exactamente iguales. Hasta que eso sucede.

”En algún momento concreto de un día cualquiera, un pez color plata de boca alargada, ojos saltones y su segunda escama pegada a su cola de color rojo se encontró a otro igual a él.

”El pez se acercó y enseguida se reconocieron mutuamente. Ambos compartían la misma forma de nadar, de mover la boca para comer y también movían la cola al mismo ritmo; ambos quedaron fascinados con su similitud.

”Comenzaron a caminar juntos. Por fin habían encontrado con quien compartir su camino por el mar, que no era el mismo que el del resto, puesto que cada especie tiene el suyo.

”Todo era perfecto, todo menos una cosa y, tal vez, esa cosa era el mayor impedimento: no podían comunicarse, no se comprendían.

”«No puede ser posible», pensó uno de los peces. «Es casi un milagro encontrar un pez que sea como tú, tenemos que comprendernos, es lo natural, lo normal. Incluso deberíamos hacerlo solo con la mirada».

”Entonces se le ocurrió preguntarle al pez cuántos kilómetros había recorrido. A lo que el otro pez contestó que, pese a haber alcanzado el tamaño adecuado, acababa de comenzar su camino.

”—¿Y tú? —preguntó a su vez el otro pez.

”—Yo llevo mucho tiempo nadando, tal vez sea esa la razón por la que no nos entendemos pese a ser del mismo tamaño y de la misma especie.

”Y entonces los peces comprendieron que se podían llevar bien con cualquier pez, que lo importante no era que fueran iguales, que los compañeros de camino son aquellos que se adaptan mutuamente a tu rumbo y caminan contigo”.

Sospecho que Ylli sabía de lo que hablaba con este cuento. De hecho, lo sabía mucho antes que yo. Porque, como él mismo explicó en su propio relato: saber cualquier cosa no depende de lo decrépito que sea tu cuerpo.

En casa la situación era muy difícil. Esteban y yo casi no hablábamos. Nos habíamos sumergido en una rutina de miradas entre los pasillos para conseguir alguna pista el uno del otro. La diferencia era que el buscaba pistas para saber qué me pasaba y yo buscaba pistas para asegurarme de que no lo supiera.

Esteban no quería preguntarme nada, pero él, de alguna forma, también sentía que perdía el control sobre mí. Era demasiado educado y bueno para preguntar nada. Porque, sí, Esteban era un buen hombre, pero como nos pasa a casi todos, necesitaba controlar el espacio en el que vivía.

Su bondad y serenidad le habían servido para retener a una persona que dudaba de todo lo que hacía porque no lo entendía. Y ese era su control, inocente, pero control, al fin y al cabo. Solo que su bondad escondida con exceso de paternalismo me estaba agotando. Hacerme creer que yo no podía servirme por mí misma. Ese control se le estaba yendo de las manos, al igual que se nos va de las manos el control de un niño cuando ya no tiene edad para que lo controles.

Esteban no estaba bien y yo empezaba a sentir las garras de la culpa en mi estómago, así que el triángulo de dolor se estaba multiplicando cada vez con más pasajeros. Ya no solo tenía que pensar en Simón, sino también en Esteban y en Maca, aunque gracias a ella la vida, paradójicamente, me estaba resultando mucho más sencilla. Macarena era la que me lo pionía más fácil.

El insomnio se apoderaba de mí cada día con más fuerza y tenía que multiplicar la dosis de medicación si quería dormir más de cuatro horas seguidas. Estaba dispuesta a cortar mi comunicación con Simón como fuera. Tenía que tomar esa determinación, y tomarla en serio.

Intentando convencerme de aquello, me encontré con que no me sentía mal del todo, y eso no me estaba gustando demasiado. En mi fuero interno sabía que no estaba del todo cerrado, tal vez esa ilusión me estaba dando esa falsa tranquilidad. Pero yo me sentía cada vez un poco mejor con esa ilusión de que ya estaba todo dicho.

Esa falsa ilusión, una vez más, se estaba amparando en la idea de que Simón aparecería de nuevo. Tal vez tardara más o menos tiempo, pero aparecería. Y tenía la firme convicción de que, cuando apareciera, yo le diría que solo seríamos vecinos normales haciendo cosas normales. Que aquella intensidad venida de sabe Dios dónde, tenía que acabarse.

Y ocurrió lo esperado.

Solo te escribo para recibir una contestación tuya. Necesito que estés cerca de mí, solo eso.
Simón

El exceso de dignidad siempre ha sido uno de mis mayores aliados, y con él, la arrogancia, la cual que a veces me permite subirme a las nubes y sentirme poderosa. No siempre aparecían cuando las llamaba, pero a veces la dignidad y la arrogancia se presentaban ante mí dispuestas a que las utilizara como dos hadas sumisas que me prestaban sus servicios. Había que aprovecharse de ello.

Espero que todo esté bien. Recibe un saludo.
Olivia

Gracias a mis dos hadas había conseguido no sentirme atormentada por un mensaje de Simón. Pero no podía menospreciar al herrero al igual que no puedes menospreciar el aullido de un lobo hambriento.

Me preguntaba si podíamos quedar un día para dar un paseo.

Simón

Los lobos hambrientos también saben cómo bajar la guardia cuando su presa lleva armas. Y para bajar la guardia, hay que parecer mansos. Simón, una vez más, estaba a punto de conseguirlo.

De acuerdo. Podemos quedar en una cafetería.

Olivia

Era un mensaje inocente que no me comprometía a nada. Pero detrás de esa aparente dureza, seguía habiendo una intención: saber más de Simón y, sobre todo, las ganas de volver a sentir esa sensación de serenidad que creía que él me estaba prestando.

Sí, mañana te mando un mensaje y acordamos el sitio.

Simón

¡No me lo podía creer! Había conseguido quedar con Simón en una cafetería. Había dado un gran paso. El lobo se había amansado por completo y había cedido su terreno ante el hambre.

Debía dar una oportunidad a este nuevo paso, un paso que, para mí, decía mucho. De hecho, lo decía todo.

Por aquel entonces, pensaba que había valido la pena la espera. La pregunta era: ¿hay algo que merezca la pena si te hace perder kilos, medicarte, nublarte la claridad, dejar al lado tu realidad, perder tu capacidad de razón y, lo peor, coger todos los días una taza rosa?

La contestación inmediata a esta pregunta, si la haces a un grupo de amigas en cualquier cafetería, sería que no. El caso es que yo ni tenía amigas ni estaba en una cafetería. Y a veces pienso que eso ha sido lo mejor; otras, que he pagado un precio muy alto. El caso es que, a veces, no es tan sencilla la respuesta, y darle sentido a lo que había pasado me llevó un tiempo. Un tiempo que nunca supe si fue mucho o poco.

Llegó el día de nuestra cita. Me fui al quiosco llena de energía y caminando cerca de la orilla mientras miles de mariposas parecían recorrer mi estómago. O a lo mejor no eran mariposas, sino algunas

gaviotas que revoloteaban por la playa y a mí me parecían dulces y coloridas mariposas.

El escenario se volvió a truncar pocos metros antes de llegar a mi castillo de madera particular.

—Buenos días, Olivia —dijo Gloria invadiendo mi mundo rosa con su aparición.

—Buenos días, Gloria —dije sin tener la valentía de sonreír si es que, con lo que estaba haciendo, sonreír podía ser un acto de valentía o de mezquindad.

No nos paramos a hablar. Pero los remordimientos se convirtieron en una planta trepadora de esas que salen con el sol y se apoderan de tu cuerpo de manera inevitable.

El día, aun siendo color de rosa, estaba empezando a ser menos color de rosa que hacía unas horas. Y mi cabeza comenzaba otra vez a dar mil y una vueltas.

Intentaba buscar un sitio a esos remordimientos que justificaran mi actitud. No había pasado nada, solo era un café. No estamos engañando a nadie, ¿o sí? Y de ser un engaño, ¿quién era el que se estaba engañando? ¿Dónde estaba el error en este escenario?

Estas preguntas me llevaron a pensar en si a algo se le puede llamar *error* solo porque sucede. Si lo que esté bien o mal se mide en términos de conducta correcta o de necesidad de pasar por una situación. Y así, entre una divagación y otra, los clientes cogían su prensa sin que yo tuviera el más mínimo interés en leer ningún titular.

Ni siquiera los ositos de gominola o las nubes rellenas de chocolate me consolaban a media mañana como solían hacer de manera habitual. Y entre todos mis pensamientos que hicieron que mi mañana fuera eterna, por fin, llegó la hora de volver a casa.

Después de comer, escribí a Simón para decirle un lugar que me había parecido discreto para nuestra cita. Se trataba de una pequeña cafetería situada cerca del descampado y, a esas horas, justo después de comer, seguro que no habría casi nadie.

Tras mandarle un mensaje diciendo cual sería nuestro punto de encuentro, obtuve una respuesta que hizo de nuevo, aunque de manera sutil, saltar todas las alarmas.

Ven al taller, por favor.

Simón

Durante unos segundos, pude comprobar cómo en mi diminuta cabeza tomaban forma miles y miles de argumentos para explicar este repentino cambio de planes. Incluso me asusté de la capacidad que tenía para llenar unos cuantos gramos de materia gris con tantos pensamientos, pero ahí estaban.

Cada uno me pedía ser respondido, pero no era capaz de darles respuesta a todos. Así que, una vez más, necesitaba averiguar por qué ese cambio de planes de última hora.

Llegué al taller y llamé a la puerta con la dignidad y la arrogancia otra vez de mi lado.

—Hola, Olivia, pasa por favor —dijo Simón vestido con un pantalón y un jersey, y no con su habitual atuendo de trabajo.

—Veo que estás vestido y no con tu mandilón —dije muy segura de mí y con una pequeña sonrisa de indiferencia.

—No trabajo después de comer —dijo en dirección al taller.

Otra vez los mensajes engañosos y las intrigas. No me había aclarado nada, y seguir preguntando podría hacerme parecer un poco idiota.

—Me hubiera gustado quedar en la cafetería. Tu taller ya lo conozco —dije.

—Lo sé, pero este es mi lugar preferido. Aquí es donde estoy cómodo.

No me gustó nada en absoluto su respuesta, pero conocía mis reacciones impulsivas, así que decidí guardar esta información para después y, a solas y sin presión, realizar el correspondiente mapa mental.

—Siéntale aquí conmigo, necesito un poco de paz —dijo Simón mientras se sentaba en un pequeño taburete.

Me senté sin decir casi ni una palabra. La intriga podía más que yo. Quería saber qué quería decirme, quería saberlo todo.

—Cuéntame, ¿qué tal te encuentras? —preguntó Simón con las manos entrecruzadas encima de sus rodillas.

—Nada, todo bien.

Me parecía absurdo que, con todas las incoherencias de sus discursos y de sus mensajes, todavía tuviera la poca decencia de saltarse todo eso por alto y, simplemente, preguntar qué tal estaba.

—A ver, Simón, no quiero ser una entrometida, pero… tienes unos comportamientos muy extraños. ¿No te parece que tanto mensaje a medias y tanto misterio no responden al comportamiento de una persona normal? —pregunté—. ¿Qué está pasando aquí? ¿Por qué no hablas claro? ¿Por qué no quedamos en la cafetería como acordamos en un principio?

Simón agachó la cabeza tras comprobar que no me iba a quedar callada ante su juego, seductor y un tanto trasnochado, de galantería dirigida a que muerdan el anzuelo las doncellas desesperadas del lugar.

—Me siento más seguro aquí —respondió.

—¿Seguro de qué? ¿Te espía la policía? —pregunté en modo irónico.

Me miró enfadado. Sabía que yo tenía razón y que mi argumento era irrevocable salvo que él me diera alguna explicación lógica por la cual pudiera comprender por qué necesitaba ocultarse mientras estaba conmigo si éramos dos personas del mismo pueblo que, además, se habían conocido por asuntos de trabajo.

—No puedo responderte a eso.

Entonces fue cuando la dignidad, que estaba sentada a mi lado, se levantó y dijo: «Hasta aquí».

—Mira, Simón, no estoy para acertijos, lo siento, me tengo que ir.

—No, no te vayas. —Se levantó de golpe y me agarró el brazo.

—¿Qué pasa? —dije tras pasar unas décimas de segundo y mirar cómo la mano de Simón permanecía enganchada a mí con fuerza.

—De acuerdo, te lo voy a explicar.

Y a mí se me abrió el cielo a dos puertas pensando que, por fin, iba a comprenderlo todo.

—No quiero que nadie nos vea, Gloria no lo entendería.

—Por Dios, Simón, no estamos haciendo nada, solo somos amigos. Nada más.

—¿Estás segura?

Ante esta pregunta no supe qué contestar. Tal vez yo me estuviera engañando porque, en realidad, Esteban tampoco sabía nada de todo esto. Y entonces me di cuenta de lo que estaba sucediendo.

—Tienes razón en una cosa, Simón. Esteban no sabe que vengo a verte, pero si desde un principio hubiéramos quedado como personas normales, yo no tendría que estar ocultándole nada a mi familia, y ¿sabes qué?, estoy haciendo mal. Así que tú verás, si quieres que tomemos un café, bien; si no, estas citas clandestinas se van a terminar.

—Tienes razón, es absurdo estar así.

—Pues vamos ahora si quieres —contesté.

—No, ahora que ya estamos aquí, hablemos. Después podemos dar un paseo si quieres.

—De acuerdo, pues hablemos. ¿Qué sucede con Gloria?

—Gloria ha sufrido mucho por culpa de su padre. Él siempre la ha infravalorado pensando que no valía ni para estudiar ni para trabajar. Creía que era una mujer inútil de esas que solo quieren divertirse. Y ella siente que no ha recibido la aprobación de él; supongo que es una sensación como la de un animal al que alejan de su clan por no ser suficientemente alto, listo, guapo… cada uno con sus manías.

—Es una pena, Gloria es buena chica.

—Sí, lo es —respondió Simón.

—¿Por qué sigues con ella si no quieres?

—Es una cuestión de lealtad, supongo.

—¿Lealtad a quién?

—No sé, a un compromiso, supongo.

—Bien, lo entiendo. Pero ¿a ti que te parece más leal, tomar un café con una clienta o verla a escondidas?

—Tienes razón —dijo Simón tras pensar unos segundos en la frase que le había dicho.

—¿Entonces?

—No puedo.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—Sí que lo sabes.

—¡No, no lo sé! —contestó con furia.

—Mira, vamos a una cafetería y hablamos —dije para que intentara calmarse y así de paso hablar en un lugar más cómodo delante de una taza de café.

—No, quiero estar solo. Mejor te llamo yo y quedamos para otro día. Ahora te voy a pedir que te vayas.

Ese comentario había desatado la furia negra escondida que subió lentamente desde algún lugar que desconocía, porque nunca supe muy bien las partes del cuerpo humano, como un hilo oscuro de petróleo que emerge hacia la superficie del mar y que, poco a poco, te inunda sin que puedas parar ninguno de sus tentáculos enredándose por todo tu cuerpo. Esa bestia inmunda no era otra cosa que el sentimiento escondido de la humillación que afloraba sin pedir permiso como una babosa pegándose a los poros de toda tu piel.

Me fui.

Me encontraba mal, muy mal. Así que, por primera vez, barajé la posibilidad de llamar a casa de Dora y decirle que no estaba en condiciones de ir a cuidar a sus nietas. Lo hice. Dora me dijo que no me preocupara, que me recuperara y que descansara.

Llegué a casa y solo estaba Macarena.

—¿Qué te pasa? —preguntó al ver que volvía a casa cuando se supone que tendría que estar en casa de Dora.

—Nada, no me pasa nada. Es que me encuentro rara, me duele todo el cuerpo y prefiero no ir hoy a trabajar.

—No es que estés rara, ¡es que estás rarísima! ¿Por qué? —preguntó Maca.

—No se hija, no sé. A veces estas cosas pasan, incluso aunque no sea una adolescente. La gente adulta también se encuentra a veces rara.

Maca no dijo nada. En su fuero interno lo había entendido, pero de momento, en su cuerpo de niña, no tenía la necesidad de resolverlo. Era asunto mío y, en el fondo, eso era lo que la hacía grande: no intentar resolver un problema que no era suyo.

Ya en mi habitación y con ropa cómoda, me juré por enésima vez

cortar con esta batalla y rendirme. Pero no lo comprendía. No podía entender cómo era capaz de buscarse la manera de tenerme escondida y salirse siempre con la suya. No entendía por qué no dejaba a Gloria y no entendía nada. Ahora era la ira la que me acompañaba y abría el ordenador mientras yo atacaba el teclado para dejarlo claro que esto ya tocaba su fin.

No voy a volver a permitir que me humilles de esa forma. ¿Quién crees que soy para mantenerme escondida y no querer que te vean conmigo? Creo que estoy entendiendo tu juego. Quieres que yo esté ahí por si te falla Gloria, pero claro, por si acaso yo te fallo, siempre te queda ella. Así que tú, lo que quieres es el control porque, en el fondo, eres un cobarde. Buscas certezas y pretendes conseguirlas sin luchar por ellas y sin arriesgarte. No quieres perder el control de la situación para no quedarte solo porque no lo soportarías.
Y para eso buscas la manera de tantear la situación manteniendo a dos personas a tu disposición como tú quieres. Tienes tanto miedo que te llevas por delante a quien sea sin importarte nada. Y aun me dirás que lo haces por no hacer daño. Pues que sepas que el daño te lo estás haciendo tú. Porque esta artimaña sucia, fea y cobarde te convierte en un monstruo y eso es lo que vas a llevar dentro de ti para siempre como no lo remedies. Aquí el único que se está engañando eres tú. Eres un egoísta que solo piensas en ti.
Olivia

Por fin dormí la noche de un tirón y, además, sabía que habría contestación.

Por la mañana, una vez ganada la batalla imaginaria, porque, sí, cualquier cosa que me pasara siempre existía solo en mi cabeza, y yo, y solo yo, creía que debía atenderla. Cogí mi taza de murciélagos verdes, que en realidad era de Maca de una época en que se encaprichó con todo tipo de vida oscura y siniestra, y me tomé un gran café con vistas al mar.

Después decidí que me haría un bocadillo y me iría a comer al descampado antes de dirigirme a casa de Dora. Avisé a Esteban de que se encargara él de la comida puesto que yo no vendría en todo el día.

Tuve una sensación muy agradable al comprobar que me había

quitado esa absurda batalla de la cabeza, que solo había sido cuestión de vomitar todo lo que sentía y que ya estaba solucionado. Con ese pensamiento, me fui a mi casita de madera a vender periódicos.

Tras la jornada, cogí mi bocadillo y me fui al descampado. El aire soplaba con tanta suavidad que mis ideas empezaron, como siempre sucedía en aquel lugar, a desvanecerse poco a poco. Abrí mi bolsa, cogí mi bocadillo y, cuando estaba dispuesta a abrir el papel de plata… sonó el teléfono.

—Buenas tardes, siento mucho molestarte, pero, por favor, escúchame. Llevo desde ayer pensando en el correo que me mandaste y, sí, tienes razón, soy un egoísta, pero entiéndelo, no le puedo hacer esto a Gloria, no puedo. Ella se porta bien conmigo, no sé actuar de otra forma. Solo te pido que tengas un poco de paciencia, ahora no puedo, pero en algún momento podré.

No me lo podía creer. Era la primera vez que Simón me llamaba por teléfono. El mensaje del día anterior había hecho saltar todas sus alarmas. Me podía ir en cualquier momento y eso le aterrorizaba. Solo cuando me alejaba, él se acercaba. ¿Qué estaba ocurriendo aquí?

—Simón, déjalo ya, por favor. Solo puedo darte amistad, nada más. Pero para eso debes salir a la calle y tratarme con normalidad, si no, no hay nada que hacer.

Y a continuación se escucha una voz con un tono muy bajo, casi un hilo de voz:

—Lo haré, te lo prometo.

Ni siquiera en aquel descampado donde yo tenía mi burbuja pude estar en paz. El sonido de papel de plata me molestaba, el aire me molestaba… Hubiera querido cambiar ese paisaje por el de una habitación de un metro cuadrado y a oscuras, acorde a todo lo que me estaba sucediendo.

Pensaba que era de buenas personas entender a los demás y dar oportunidades. Veía a Simón desesperado y su grito de auxilio resonaba en mí sin que pudiera evitar salir corriendo como haría un lobo, un león, un tigre o un chimpancé. El instinto podía más que la razón pese a que yo lo razonaba todo. Esa lucha entre los dos órganos estaba volviéndome loca.

Ahora empezaba a entender el estrés que supone pertenecer a una manada. Y eso que siempre había pensado que los animales llevaban una vida tranquila porque no pensaban, pero entonces me di cuenta de que su instinto no les deja vivir. Un león podía estar disfrutando de la sangre de su presa plácidamente, o un ciervo de sus tiernas ramas, pero que la llamada de otro de su raza les arrebataba su momento de paz sin que pudieran evitarlo. No pude comer el bocadillo.

Llegué a casa de Dora y Andrés, puse a las niñas a hacer los deberes en esa pequeña sala en la que me hubiera gustado quedarme a

vivir, porque, sí, la casa de Dora seguía pareciéndome el paraíso. Y siempre le estaré agradecida de haberme dado un hogar por las tardes, rodeada de belleza, una belleza que yo nunca supe hacer a mi alrededor porque nunca me llamó demasiado la atención la decoración, o tal vez no le dedicaba el suficiente tiempo a cuidar el espacio que me rodeaba porque estaba demasiado ocupada en pelearme con todo aquello que no me gustaba.

Esa tarde, Sofia estaba extraña. No sé si era que mi estado de ánimo ya se había convertido en un virus y estaba empezando a contagiar a todo el mundo, podía ser. Pero me dio lástima. Era una niña muy alegre, inquieta y un bicho indomable. No era normal en ella tanta introspección.

No le di demasiada importancia porque fue un día puntual, al fin y al cabo, era una niña. Y de niña, siempre te pasan cosas que a veces no te gustan demasiado y debes sentirlas con la cara y el ánimo que quieras y desees.

Me fui a mi casa pensando en que necesitaba un tiempo antes de quedar con Simón. Debía tomarme unas vacaciones tras tanto pensamiento. No podía, no quería seguir hablando de lo mismo, pero el nudo era tan grande y había tantas preguntas sin resolver que sabía que deshacer la maraña iba a suponer un esfuerzo mental, y ahora mismo no podía. Debía descansar.

Sabía que íbamos a volver a vernos, pero ahora, no había prisa, o ese era el engaño. Su llamada desesperada me había dado a entender que todavía seguía ahí y eso era suficiente gasolina para mantenerme activa unos días. Así que decidí tomarme un descanso hasta nueva orden. Y la nueva orden no iba a ser otra que la necesidad de volver a verlo.

Llegué a mi casa cansada pero aliviada por no tener que cumplir mi misión en unos días, por no tener que volver a ver a Simón porque me agotaba. Así que estas vacaciones de mi nuevo jefe, de la nueva persona que estaba mandando en mi vida, me iban a venir muy bien. Con su permiso, podía descansar.

Me tiré en el sofá exhausta, sin muchas ganas de cenar, pero sí con ganas de distraerme con cualquier cosa que pusieran en la televisión.

Esteban estaba preparándose algo de cena y Maca había decidido encerrarse en su habitación con un bocadillo. Esteban estaba triste. Últimamente notaba que daba demasiadas vueltas en la cama, incluso que, como yo, miraba demasiado por la ventana. Quizás también estaba empezando a tenerle miedo al mar. Porque, sí, era invierno y cada vez las olas eran más grandes y la espuma más blanca. Cada vez rugía más, como un monstruo que grita desesperado advirtiendo que, como no le hagas caso, como no te tomes en serio su furia, es muy probable que te devore en cualquier momento.

No eran días fáciles para los dos. Algo estaba cambiando. Y en esos momentos, sentada en mi sofá, me acordé de una frase que había escuchado en miles de películas y leído en miles de libros: “Ojalá todo volviera a ser como antes”. ¿Pero cómo podría algo ser como antes? Seríamos unas semillas que nunca vieron la luz. Era imposible permanecer quietos en el tiempo pensando que nada cambia. Es una ilusión absurda, es querer luchar contra el propio movimiento, es querer que no te salgan arrugas, que los pétalos de la flor no caigan, que no encuentres a alguien por el camino que te desmonte tu vida, que no te atropelle un coche, que cualquiera de nosotros no estalle un día con aquello que lleva guardando desde pequeño y que nunca quiso contar.

Y entonces me acordé de Andrés. El hombre que se comió su personaje, que aparentemente era un niño todavía dolido porque tuvo que cambiar de vida y dejó un linaje atrás.

Aquel hombre podría tener una mente privilegiada y una edad adulta. Pero cuando le tocaban su dolor era un adolescente con el orgullo lastimado porque, de manera ilusoria, pensaba que él era rico, importante, se había creído que él era su linaje, su profesión, su estatus. Pero no, era un niño asustado que pensaba que cualquier clase de amor se suple con un rango de importancia. Y se negaba a deshacerse de esa fuente de alimentación porque, en el fondo, le funcionaba.

Volví a dormir de un tirón pensando que, por fin, había conseguido deshacerme de todos mis pensamientos. Pero no, solo estaba tomándome unas merecidas vacaciones.

Capítulo 7

Primeros pasos hacia el mar

Macarena y yo solíamos ir de compras a un centro comercial a las afueras del pueblo. Casi siempre íbamos los sábados, porque era el día en el que las dos disponíamos de tiempo. No me gustaba ir de compras, sin embargo, Maca era casi una compradora compulsiva y con eso había que tener cuidado, su capacidad para convencerte de que todo lo que veía le hacía falta era inagotable. Ir con ella a comprar cualquier cosa suponía siempre un estrés añadido: el de tener que decir que no constantemente ante el riesgo de volver a casa con la cartera vacía.

Yo, por mi parte, llevaba varios días tranquila y las vacaciones me estaban sentando muy bien. Había cogido algo de peso que sumar a mis cincuenta kilos y había reducido los somníferos a la mitad. Todo un logro.

Esa tarde de sábado, me di cuenta de algo que hasta ese momento me había pasado desapercibido, y es que, cerca del centro comercial, había un edificio con un portal de hierro. Era raro que no me hubiera fijado en cualquier objeto que tuviera hierro puesto que mi foco estuvo puesto en este material casi desde que llegué al pueblo. Pero el caso es que ahí estaba y, al fijarme, pude leer una placa que ponía: Centro de Psicología Clínica.

Parece que estaba ahí, llamándome. Tal vez necesitara ayuda para gestionar lo que me estaba pasando. Así que decidí apuntar el teléfono por si pudiera requerir sus servicios. No era mala idea pedir ayuda en esto, puesto que no se lo podía contar a nadie; nadie lo entendería.

El día siguiente se presentó muy lluvioso y feo en el pueblo. Era domingo, con lo cual no había mucho más que hacer que quedarnos en casa y disfrutar de los miles de minutos que te puede regalar un domingo sombrío y gris.

Esos minutos, sin tener nada que hacer y con un marido distraído y confuso, y una hija adolescente pegada a unos auriculares, no me invitaban a mucho más que a mirar por la ventana o a pensar y pensar, justo lo que menos necesitaba, porque mi pensamiento, como siempre, era solo uno: Simón.

Y así transcurrí la tarde: dándole vueltas a cada uno de los correos que habían pasado por mi ordenador, pensando en las conversaciones

con Simón, en las veces que me había prometido charlar a la luz del día y no había cumplido. Así, intentando hacer el mapa del tesoro inacabable, porque, sí, podría ser inacabable si seguía entrelazando una cosa con otra, así me pasó la mitad de la tarde de aquel domingo.

La otra mitad, las ideas empezaron a surgir de manera casi irracional y llegué a conclusiones que se salían hasta de mi entendimiento. De esta manera, intentando volver al inicio de todas las cosas, decidí que el lunes llamaría al centro de psicología.

***

—Buenos días, quería pedir una cita, por favor.

—Sí, dígame su nombre y su edad.

—Olivia, Olivia Santamaría, 52 años.

—De acuerdo, Olivia. No sé para cuándo quieres la cita, pero esta tarde tengo un hueco libre.

—Esta tarde me vendría bien. Pero tengo que avisar en el trabajo. Te llamo en unos minutos —contesté.

Llamé a Dora para avisarle que no iba a poder ir por la tarde. Le dije que tenía que ir al médico, sin más. Es posible que con tantos permisos acabara por despedirme, pero en realidad, me estaba importando muy poco. Lo que quería era estar en paz con esta historia. Algo más fuerte que yo necesitaba entender lo que aquí estaba pasando, pero, como descubrí con el tiempo, no tenía necesidad de entender a Simón, sino de entenderme a mí.

A la hora de comer, decidí avisar a mi familia que iba a pedir ayuda a un especialista para saber qué me estaba pasando. Maca no dijo nada, los adolescentes lo mismo pecan de explosivos que de prudentes. Y Esteban dijo que estaba bien si eso era lo que necesitaba. Después, se dio la vuelta y recogió la mesa.

***

—Buenas tardes, soy Olivia.

—Buenas tardes, Olivia. Mi nombre es Carolina. Siéntate, por favor —dijo la terapeuta en un tono muy amable y cordial—. Cuéntame.

—Verás, acabo de mudarme hace unos meses. No es que esté mal del todo, no me puedo quejar, ya que tengo una casa bonita, un marido, una hija… El caso es que, por alguna extraña razón, siempre acabo queriendo interesarme por todo lo que pasa a mi alrededor. No es una cuestión de cotilleo, es que todo me llama la atención.

”Hasta ahora no había sido demasiado problema porque la gente suele tener vidas más o menos normales. De hecho, me gusta verlas y

observarlas, y, cuando su vida es una vida normal o a mí me lo parece porque no veo ningún indicador de que pase algo extraño, todo está bien y no me preocupo. El problema aparece cuando veo algo que me llama la atención, entonces es cuando, de manera inevitable, acabo queriendo saber más y más hasta llegar casi al fondo de todo.

—Continua —dijo Carolina.

—Pues bien, hay dos historias en ese pueblo que llevan ocupando mi mente más de la cuenta. Una de ellas es una casa en la que trabajo cuidando a unas niñas por la tarde; la otra es referente a un hombre. Verás —dije mientras tuve que esperar unos segundos y coger aire—, es un señor un poco mayor que yo y no estoy muy segura de si me estoy enamorando de él o, en realidad, es que quiero entenderlo. Siento que tengo que ayudarle y sospecho que es por mi capacidad de entenderlo todo. El caso es que es casi una necesidad y no sé de dónde viene esa necesidad.

—Bueno, no pasa nada por enamorarse de otra persona. Otras veces esas cosas suceden y no necesariamente es amor. Eso habría que comprobarlo con el tiempo.

—Ese es el problema, que no tenemos tiempo. Es como si me quisiera esconder. No quiere que nos vean juntos.

—¿Tú crees que eso es normal? —preguntó Carolina.

—Claro que no.

—Entonces, ¿qué crees que puede estar sucediendo ahí?

—No lo sé.

Mira, Olivia. Tal vez esa sea mi especialidad. Te diría que, por favor, observaras a ese hombre y, si ese comportamiento continúa, hablaras con él y le dijeras tus necesidades. Está claro que las de él las estás cubriendo de sobra.

Continuamos hablando un poco más sobre el tema y Carolina me hizo reflexionar sobre la urgencia de hacerle ver a Simón qué era lo que yo necesitaba en esa relación, aunque solo fuera una relación de amistad.

Volví a mi casa para pensar en un plan de acción. Carolina y yo quedamos en vernos en una semana.

No tardé demasiado en saber cuál sería ese plan, de hecho, decidí escribir a Simón para hablar de lo que yo quería, de cuales eran mis normas y de que no solo los tiempos los pondría él, sino que aquí había una relación entre dos personas y, por lo tanto, era fundamental que las citas estuvieran consensuadas en el tiempo y el espacio.

No sé si los deberes de la terapeuta en realidad eran una excusa perfecta para ponerme en contacto con él o si, en realidad, quería hacer las cosas bien. El caso es que, teniendo en cuenta que en la última llamada él estaba dispuesto a quedar conmigo como dos seres humanos normales, decidí atacar yo primero.

Hola Simón. Te escribo para quedar en esa cafetería que te dije la última vez. Tengo algo que decirte.
Olivia

Estaba convencida de que me contestaría que sí. Tenía esa extraña sensación de que Simón siempre volvía a mí. En realidad, no era una sensación, era casi una certeza.

No hubo contestación.

No me importó que no hubiera contestación. Yo iba a seguir hasta decirle lo que le quería decir, fuera como fuera. Aparecería allí, en su taller, si hiciera falta. Estaba decidida a soltar todo lo que pensaba y acabar con esto. Una vez más, estaba equivocada, porque esto podría incluso no tener fin.

Como no era ya suficiente lo que estaba pasando, al día siguiente, en casa de Dora, apareció otro suceso que terminaría por embozar mi mente ya de por sí desbordada de información.

No había sido casualidad que Sofía estuviera tan extraña la última tarde que estuve en su casa. No era un catarro ni una mala nota en clase ni una discusión con alguna amiga; era algo más.

—Sofía, no es que yo tenga prisa en que hagas los deberes, pero, en dos horas, lo poquito que tienes que hacer te tiene que dar tiempo. Si no, ¿para qué estoy aquí? Debo comprobar que todo queda hecho, lo entiendes, ¿verdad? —dije suavemente temiendo que la fiera se despertara porque sí. Sofía era una niña con mucho carácter.

—Está rara —dijo Beatriz—. No sabemos lo que le pasa, lleva así todo el fin de semana.

—Sofía, ¿te apetece decirme algo y hacemos los deberes después? —pregunté.

La niña se levantó bruscamente tirando la silla y salió de la habitación.

—Sofía, ¿qué ocurre? —dijo Dora viéndola corretear por el pasillo —. No sé qué le pasa, lleva todo el fin de semana muy extraña — continuó diciendo esta vez dirigiéndose a mí.

—Intentaré hablar con ella, pero no prometo nada —contesté.

Sofía se había metido en su habitación y, como pude, intenté que me dejara pasar.

—Sofía, ¿quieres que me quede contigo o prefieres estar un rato sola?

No contestaba.

—Escucha, ya sabes que yo no vivo aquí, a mí me lo puedes contar si quieres —dije sin estar muy segura de si era a mí a quien se lo debiera contar, no por ella, sino más bien por mí. No era el momento de darme más trabajo del que ya tenía.

—Bueno, pasa —dijo, para mi sorpresa.

—Cuéntame, ¿qué ocurre?

—Mi abuelo hace cosas que no están bien y me da mucho asco.

La niña estaba empezando a asustarme.

—A ver, Sofía. A lo mejor está haciendo algo que no te gusta, pero de eso a que te de asco… Dime que es y te diré si es asqueroso o no.

—Mi abuelo está con una señora. Y mi abuela está todo el día cocinando y hace los recados y todo eso… y él está con otra señora. Eso es asqueroso —dijo Sofía mientras tiraba con furia todos los muñecos perfectamente limpios y ordenados que adornaban su preciosa cama.

La bomba estaba servida, y yo no sabía ni por dónde empezar a hablar.

Por suerte, y pese a mi estado lamentable de las últimas semanas, todavía me quedaba algo de mi habitual manera, bastante pacífica y encantadora, de tratar con las personas. Así que, en vista de que el estado de la pequeña me enterneció y me enfureció a partes iguales, decidí ayudarle en lo que pude.

—Sofía, lo que estás diciendo a lo mejor no es del todo cierto. ¿Estás completamente segura?

—Sí, los vi. Fui de excursión el otro día con el colegio muy lejos y los vi. Eran ellos.

—Cuando dices “ellos” te refieres a tu abuelo y a otra mujer, ¿verdad?

—Sí.

El caso es que la siguiente pregunta era la más incómoda para mí, pero ataqué como pude siguiendo mi línea serena y tranquila.

—De acuerdo, has visto un escenario en el que había dos personas: una era tu abuelo, porque tú estás muy muy segura de que era tu abuelo, ¿verdad?

—¡Sí, ya te he dicho que síííí!

—Bien, te creo —dije—, pero… ¿no crees que, entre un señor y una señora, se puede hablar?

—No estaban hablando.

—Vale, no estaban hablando. ¿Y qué es eso que te hace pensar que no son amigos?

—Porque los amigos no se dan besos ni se agarran.

—Bueno, depende. A lo mejor son muy buenos amigos y se estaban despidiendo con un beso y un abrazo —dije.

Entonces Sofía fue al salón y cogió una revista.

—Mira, esto es lo que hacían —dijo la niña mientras me enseñaba una portada de una revista del corazón con el mítico cartel de *Mouline Rouge* en el que *Nicole Kidman* le daba un buen morreo a *Ewan McGregor*.

“De acuerdo”, pensé. Sofía podía tener razón, no hay que subestimar la información de una niña. Pero también podría ser cualquier estrategia para llamar la atención. Había que ser cautos con este tema. Pero el caso es que… ya estaba hecho, ya volvía a tener otro caso en mi cabeza y me sentía mal por no querer tenerlo, ya que Sofía era solo una niña y había confiado en mí.

Decidí aparcar el caso de Sofía para ver cómo iba evolucionando en vista de que no había suficientes pruebas.

Ya en mi casa miré el correo. No había contestación por parte de Simón.

Todavía me duraba en las venas su última llamada, así que de momento no tenía necesidad de hablar con él y decidí seguir con mis merecidas vacaciones lejos del herrero.

Tirada en la cama, mi mirada permanecía fija en el espejo que los antiguos dueños habían dejado en la habitación. El espejo estaba siempre empañado, como mi cabeza; y borroso, como mi mente; y yo permanecía quieta, inerte, casi sin poder moverme.

Había pasado una semana desde que había escrito a Simón y no había ni rastro de él. Pensaba que tenía la situación controlada, pero no era así. El tiempo que pasaba sin tener noticias de él me afectaba más de lo que creía: era un enganche, una droga… y estaba empezando a preocuparme y a pensar que, tal vez, no solo necesitara ayuda psicológica, sino también, algo más.

Volví a la consulta con Carolina y le hice saber que esta situación, tal vez, ya hubiera ido demasiado lejos y me veía incapacitada para pararla.

—Olivia, no eres la responsable de la vida de ese hombre. Tal vez solo sea un reto personal para ti, pero no puedes dejar que condicione su vida. Si él quisiera verte y conocerte, no te escondería de esa forma. Le faltaría tiempo para llamarte.

—No, él me llama siempre, y me pide que esté ahí, casi me lo suplica.

—Olivia, eso no es amor.

—¿Entonces qué es? —pregunté desesperada.

—Eso es complejo de explicar, y creo que hasta innecesario. Lo importante es que no puedes dejar tu vida para atender a alguien que no te va a ofrecer nada. Esto es el mundo real, lo demás son otras cuestiones.

—¿Qué cuestiones?

—No quieras saberlo todo, es imposible. Tú debes tener una vida normal y lo que te sucede está muy lejos de serlo. Puedes acabar mal por algo que nunca vas a tener.

—No sé. Supongo que tienes razón —dije—. Pero es que todo a su alrededor es demasiado misterioso. Él es herrero y…

—¿Perdona? Dices que es un herrero.

—Sí —dije sorprendida por su pregunta—. Ya sé que son profesiones muy solitarias y que, por lo tanto, puedes pensar que tal vez…

—No, no —dijo Carolina mientras se levantaba y se dirigía a la ventana—. Olivia, esto no debería hacerlo, soy tu terapeuta, pero mira por favor mi placa.

De tanto estar en mis pensamientos, ni siquiera había visto el nombre de la terapeuta, pero sí, allí estaba: otro ingrediente más a mi torbellino de ideas para que me terminara, de manera irremediable, por volver loca: Centro de psicología. Carolina Adánez.

—Carolina, ¿Simón es tu padre?

—Eso es Olivia, es mi padre —dijo ella, mientras se giraba y me miraba fijamente a los ojos—. Y no debería de decírtelo porque estoy en una consulta y soy tu terapeuta, de hecho, no debo decirte nada más.

—No, no, eso es jugar sucio, Carolina —dije apresuradamente—. Ya lo has dicho. Tu misión sería no haberlo mencionado en absoluto y llevarme por donde me tenías que llevar. O en todo caso decir que no me puedes atender con cualquier excusa. Pero si has empezado, ahora sigues.

—No tengo por qué hacerlo —contestó Carolina.

—No, no tienes por qué hacerlo, pero en tu conciencia queda haber abierto la boca y dejarme así —contesté cuando noté que la dignidad había escuchado mi aullido de socorro y había venido corriendo desde el pueblo a sostenerme.

—De acuerdo —dijo Carolina tras suspirar y agachar la cabeza al mismo tiempo—, te voy a decir algo más y después no quiero que vuelvas a la consulta. Si quieres puedo darte el nombre de otros profesionales, pero creo que yo no debo llevar tu caso.

—Vale, me parece bien —dije expectante ante la información que la hija de Simón podía facilitarme.

—Mi padre no es una persona a la que te debas acercar. Desde que mi madre nos dejó, saltó de mujer en mujer y se encerró en sí mismo. Ninguna relación era suficiente. Buscaba y buscaba metiéndose en todo tipo de relaciones tormentosas cayendo cada vez más en picado.

—¿Y qué crees que le pudo pasar? —pregunté.

Carolina me miró muy seria.

—No te voy a decir nada más, ya he dicho lo suficiente. Y lo importante de todo esto es que lo dejes en paz. Y, para tu seguridad, aléjate de él.

—De acuerdo. Gracias por la información.

Me levanté del asiento dispuesta a irme con un culebrón inquietante a la vez que excitante que no me iba a impedir de ninguna

de las formas que yo hablara con Simón.

Llegué al pueblo a media tarde. Había pedido permiso en casa de Dora para ir a la psicóloga y todavía eran las seis, así que decidí irme al descampado aprovechando que no llovía.

Casi a punto de llegar, me encontré a Víctor que iba en la misma dirección.

—Hola, Víctor, es la primera vez que te veo por aquí, no vienes mucho, ¿no?

—Sí, vengo, pero tal vez hasta ahora no habíamos coincidido.

—Seguramente. ¿Qué tal está Ylli?

—Bien, todo bien.

—Me pasa algunos cuentos a veces a través de Macarena.

—Lo sé —dijo Víctor mientras me miraba sonriendo—. Le gusta enseñarles los cuentos a algunas personas.

—Es un niño muy imaginativo.

—Lo es.

Llegamos al descampado y no estaba muy segura de si Víctor iba a querer mi compañía, pero yo me senté a su lado.

—¿Te gusta el pueblo? —le pregunté.

—No es el pueblo más bonito del mundo, supongo, pero siempre hay que procurar echar raíces allí donde has decidido estar.

—¿Lo has conseguido? —pregunté.

—Sí, creo que sí —dijo Víctor con una voz suave como si a su mente acabaran de llegar miles de recuerdos.

En ese momento, e intentando cambiar de batalla, me acordé de la primera vez que vi a Víctor y a Ylli. Y me acordé también de la intriga que me supuso no saber quién había podido ser la madre de Ylli y, por lo tanto, pareja de Víctor, pero no me atreví a preguntar. Aun así, no hizo falta.

—Cuando Daniela murió decidí no escapar de aquí —dijo Víctor —. Podría haberlo hecho, pero no lo hice. Tenía mi quiosco y mi casa. Una casa que construimos a nuestro gusto, al igual que el quiosco.

”Queríamos que fuera algo diferente, que nuestro negocio y nuestra casa fueran uno, lo más parecido a nosotros posible. Por eso compramos la casa medio destruida que estaba detrás del quiosco. Decidimos que era el sitio perfecto: la plaza, el negocio y nuestra casa.

No queríamos que fuera un quiosco cualquiera, queríamos que poco a poco fuera creciendo con nosotros y que nuestra casa poco a poco fuera más grande al igual que nuestro negocio, que nuestro hijo… que nosotros mismos.

”Pero todo se terminó cuando Ylli apenas tenía 10 años. Un accidente de coche acabó con su vida.

No sé si me sentí bien o mal por no preguntar o tal vez por escuchar sin hablar, algo que era muy extraño en mí. El caso es que,

aquella sí era una historia bonita que no tenía mucho más que añadir.

Una historia contra la que no había que batallar, porque no había nada extraño en ella, no había más que verdad y transparencia. Todo encajaba, todo fluía, todo tenía el marco perfecto y exacto para mí. No quise pelear con esto y me dio paz.

—Continué yo solo con el quiosco, le seguí haciendo algunas reformas, pero no tantas como si Daniela estuviera conmigo. No porque no quisiera, sino porque pensé en Ylli. Si él quiere crecer con el quiosco, será suyo. Si decide crecer con otra cosa, el quiosco se quedará así. Yo ya crecí con Daniela lo que tenía que crecer. Me sirve tal y como está.

La historia me seguía pareciendo perfecta e intachable. Pero me dio algo de lástima que Víctor no siguiera haciendo crecer su quiosco. Aun así, el argumento era tan perfecto que no pudimos, ni yo ni mi dignidad, salir al ataque.

—Te agradezco que me hayas contado todo esto, Víctor. En serio. Te lo agradezco de verdad.

—Bueno, eres una nueva vecina, aquí lo sabe mucha gente, algún día te ibas a enterar —dijo Víctor sonriendo.

Hubo un silencio en el que pensé que aquella mujer tuvo que ser alguien muy especial, alguien sereno y tranquilo al que yo, seguramente, no me parecería en absoluto. Entonces no pude evitar la pregunta.

—Tuvo que ser una mujer muy buena, solo hay que verte a ti y a Ylli.

—Tenía mucho carácter —contestó.

Debo reconocer que me sentí más tranquila con su respuesta. Últimamente pensaba que yo era como el puro demonio. Entre las críticas de Esteban, Simón, los malos modales de Andrés, el desconcierto con su hija y mil cosas más, tenía la extraña sensación de que el resto de las mujeres podían ser unos ángeles pacíficos y llenos de serenidad mientras que yo era como el mismo Satanás.

—Víctor, ¿puedo contarte algo? —dije casi sin pensar, por la necesidad imperiosa que tenía de soltar todo aquello de mi mente ya que, para una vez que iba al psicólogo, ni siquiera había llegado a cumplir su función— Esto es un poco difícil de explicar para mí y no quiero ser pesada, pero ¿te acuerdas que una vez te conté que había conocido al herrero?

—Sí. Claro —dijo Víctor.

—¿Te puedo contar algo más? —pregunté tímidamente con miedo a incomodarlo.

—Sí, puedes.

Una vez que Víctor me dio vía libre, ataqué como una loba con ganas de soltar todo y más de lo que sabía.

—Verás, es que estoy muy confundida con todo esto. Me ha mandado unos mensajes y me da a entender que me quiere conocer… Bueno, en realidad, creo que parece interesado por algo más, es decir, según él, necesita algo de mí. De hecho, es como si quisiera algo, pero después retrocede… No quiero dar pena, pero he acudido a un psicólogo, más bien… una psicóloga. Y resulta, que es su hija.

—Es verdad, Simón tiene una hija.

—Sí, pero lo curiosos es que me dijo que mejor me alejara de él. ¿Tú sabes por qué? ¿Hablas mucho con él? Quiero decir, ¿lo conoces personalmente?

—Claro, nunca le hice ningún encargo, pero sí, lo conozco. Es un buen hombre y muy educado. Pero lo cierto es que… no puedo decirte nada más. Ser herrero es un trabajo muy solitario y es difícil que alguien sepa mucho de él. No se le ve por el paseo ni tampoco por el pueblo.

—Pero él… está con Gloria —dije.

—Sí, lo sé. Viven juntos desde hace unos años.

—Pero entonces, ¿por qué me persigue? ¿Por qué insiste en verme y me dice todas esas cosas?

—¿Tú puedes saber por qué esa roca está dónde está? —preguntó Víctor.

—No, no lo puedo saber, pero si me paro a pensar, seguramente me aproximé —contesté.

—¿Y crees que ganarías algo con eso?

—Pues no, sería simple curiosidad.

—Pues con Simón pasa lo mismo, a lo mejor es simple curiosidad.

—Es diferente, a mí la roca no me molesta.

—¿Y Simón sí? —preguntó Víctor.

—Sí, claro, Simón me molesta porque no hace más que mandarme mensajes.

—Eso es fácil de parar, ya lo sabes, y si así fuera… y si Simón dejara de escribirte… ¿Lo olvidarías?

Miré a Víctor y me di cuenta de cuál era la respuesta, y lo vi muy claro.

—Creo que me iba a resultar muy difícil, Víctor.

—Ya… lo imaginaba.

—Pero entonces, ¿por qué está jugando a dos bandas?

—No lo sé, Olivia. Pero se me ocurre una comparativa. Imagínate que tienes un conejito al que adoras, una mascota preciosa a la que cuidas y mimas todos los días.

”De repente te vas de viaje con en un barco y el barco naufraga. Tú y tu mascota lográis sobrevivir, pero aparecéis en una isla desierta donde solo estáis vosotros y unos cuantos cocoteros. Vivís comiendo los cocos, pero llega un momento en que los cocos se acaban. Solo

quedáis tú y tu conejo.

”Lo más probable, ya que el conejo es de menor tamaño, es que… por mucho que quieras al conejo, te lo acabes devorando por necesidad. Eso es lo que ocurre a veces a las personas: cuando el hambre no es de comida, sino de amor, ya no te importa nadie más que tú, y vas a intentar conseguir lo que más seguridad te dé, confundiendo, a veces, esa seguridad con el amor.

—Bien, lo entiendo, pero… ¿y si hay amor?

—El amor no es un acuerdo, no es una entrevista de trabajo en la que mides lo que más te convenga y firmas un contrato. El amor se construye y llega hasta donde tenga que llegar: a veces mucho tiempo, y otras, poco tiempo.

—Estoy de acuerdo contigo. Pero si en esa isla desierta, en vez de un conejo, que está claro que tiene las de perder, tienes como mascota un lobo igual de grande que tú y con la misma fuerza que tú, ¿quién se come a quién?

—La ley del más fuerte, supongo.

—¿Estás diciendo que entre Simón y yo hay un pulso? —dije mientras lo miraba con ironía.

—Yo no he dicho eso —contesto también con ironía.

La conversación había sido muy entretenida, pero era ya tardísimo y, aunque el descampado estaba iluminado por las farolas de la carretera, tenía que volver a casa, entre otras cosas, porque sin darme cuenta y debido a lo interesante de la conversación, casi ni sentía los pies.

—¿Qué crees qué podría hacer? —pregunté casi sin querer.

—No sé, creo que eso debes averiguarlo tú —contestó con un tono compasivo.

Me levanté con sus palabras todavía resonando en mi cabeza.

—Víctor, ha sido un placer hablar contigo, pero debo irme ya.

—Igualmente —contestó.

—Ah, y por cierto… nadie tendría un lobo por mascota —dije ya alejada unos metros de donde estábamos sentados.

—No, pero a veces hay mascotas peores que los lobos —contestó Víctor.

—Seguro que sí —dije riéndome de la ocurrencia.

A medida que caminaba hacia mi casa, y pese a la agradable charla que había tenido, era demasiado tarde y todo estaba muy oscuro.

Llegué a casa y me puse a preparar la cena, Esteban todavía no había llegado y Macarena estaba en su habitación.

Después de preparar unos huevos, algo de arroz y una ensalada, Macarena bajó a comer, pero Esteban seguía sin venir. Barajé la posibilidad de llamarlo, pero pensé que, tal vez, quisiera quedarse con

sus amigos.

Ya en la cena, Macarena me contó que iban a formar un grupo de teatro en el instituto, y me encantó la idea. Nunca podré agradecerle lo suficiente a Macarena que me lo pusiera tan fácil en esta nueva etapa. Era de esas niñas que pueden hacer lo que quieran, pero no por su capacidad de hacerlo, sino por su capacidad de levantarse cuando no lo consiguen. Eso sí, tal vez hubiera que dejarle unos cuantos jarrones de esos baratos a mano para que los rompiera o, tal vez, una puerta vieja para que le diera unas cuantas patadas, pero todos los problemas eran esos.

Recogimos los platos de la cena y Esteban seguía sin aparecer. Decidí llamarlo para cerciorarme de que no le hubiera pasado nada.

—¿Dónde estás? —pregunté.

—Tomando unas copas, vuelvo enseguida.

"Bien, no le ha pasado nada, solo estará, como mucho, borracho".

Que el comportamiento de Esteban estaba cambiando era un hecho. No podía reprocharle nada, puesto que yo también tenía un comportamiento extraño. Había mucho silencio, caras de tristeza, momentos de reflexión. No estábamos solo a metros de distancia de nuestra casa, sino también a kilómetros de distancia de nuestras mentes.

No había lugar a duda: algo lo estaba cambiando todo.

Subí a la habitación sin apenas importarme demasiado si Esteban llegaría a una hora u otra, e incluso en qué condiciones llegaría. En una pelota llena de aire, el noventa por ciento de la capacidad estaba en pensamientos acerca de Simón, de su hija, de Gloria, de Andrés… de cualquier persona menos de mí misma.

Esto último lo descubrí al levantarme de mi cama para ir al baño, ya que de golpe me encontré con el espejo. Mi cara estaba pálida; mis ojos, hundidos y mi pérdida de peso era cada vez más notable.

Que estaba rara también lo percibí cuando me descubrí a mí misma buscando una mosca que, en realidad, era el ruido de las burbujas de un refresco que me acababa de abrir. La situación era ya preocupante.

En aquel espejo no me vi a mí, vi un pequeño ser diminuto, temeroso, asustado… Pero algo era más fuerte que yo, no podía parar ahora… tenía que seguir hasta el final.

Entre tanto silencio, escuché el pitido de mi ordenador y, aun sabiendo que tal vez el abrir el correo me supondría unos kilos menos de peso, lo hice.

No puedo más, necesito verte… dónde tú quieras, pero tengo que verte.

Simón

Yo también tengo algo que decirte. Mañana a la una del mediodía en la cafetería que te dije la última vez.
Olivia

Me tiré en la cama como si fuera un saco. Noté cómo las pulsaciones, poco a poco, se iban relajando. Noté paz, alivio, pero, a la vez, sentía que estaba siendo dependiente de una dirección de correo electrónico, y esa tranquilidad se estaba empezando a convertir en una especie de odio a mí misma por no poder estar más de quince días sin ver ese nombre en la bandeja de entrada. "¿Qué me está pasando?".

Sabía con mucha claridad que mi estado de ánimo eufórico era fruto de una adicción, pero no podía dejar de sentirme bien incluso sabiendo eso. Así que, por lo menos, intentaría aprovechar esos minutos de excitación engañándome a mí misma una vez más para encontrar el principio de todo.

Esteban llegó cuando estaba metida en cama. Me hice la dormida y él no dijo nada.

Al día siguiente, al salir del quiosco, fui a la cafetería a la una del mediodía. Me senté y pedí un café.

Miré a mi alrededor mientras hacía tiempo y, cómo no, también miraba hacia la puerta por si aparecía Simón de un momento a otro. Todo era muy emocionante. Por fin podía hablar como una persona normal, sin esconderme. Esto para mí era muy importante, estaba, por fin, teniendo una relación sana con una persona del pueblo y me sentaba a tomar un café como cualquier ciudadano respetuoso. Me sentía plena y, a la vez, una idiota por tener que pasar tanto trabajo solo para tomar un simple café.

El sentimiento de idiotez fue aumentando por momentos cuando me di cuenta de que era la una y media, y Simón todavía no había llegado. Decidí llamarlo al número desde el cual él me había llamado la última vez.

—Hola, Olivia, ya sé, no acudí a la cafetería, pero… ¿puedes venir al parque de siempre? Espero no haber causado muchas molestias, se me hizo un poco tarde y ahora voy a comer. Podemos vernos justo después. Comeré lo más rápido posible para verte pronto. Tengo muchas ganas de estar contigo.

—Simón, esto no es nada serio. Podías haberme avisado.

—Lo sé, lo sé. Discúlpame, por favor. No te enfades. Te prometo que a las tres y media en punto estoy en el parque, te lo prometo. Ahora tengo que colgar.

No me acuerdo exactamente lo que pude sentir en ese momento.

Tal vez un vuelco al corazón, tal vez el preludio de un engaño que no quería ver y al cual no quería agarrarme. Quizás también una maldición, un mal de ojo o puede que una deuda a pagar con sabe Dios quién… El caso es que, a mí, que jamás me había pasado nada con nadie, que era amiga de todo el mundo, que mis relaciones habían sido siempre sanas… A mí, me tocaba lidiar con un ser que parecía venir de otro planeta a fastidiarme mi madurez, mi estado de mujer madura… o lo que fuera. Además de todo eso, yo sentía, sobre todo… mucho vacío.

Vacío al comprobar que aquello no iba a ningún lado, que era casi una misión imposible y que no tenía remedio. Tal vez también una locura, un trastorno extraño por el que me había dejado arrastrar y a causa del cual me había metido en un buen lío.

El caso es que, muy a mi pesar, no podía dejar eso ahí. Yo quería, pero no podía.

Terminé de comer y sin dar muchas explicaciones me fui al parque. Llamé a Dora para decirle que a lo mejor iba a llegar un poco tarde. Eran ya muchas veces las que le había fallado, pero me daba igual. Sentí a la vez que en casa del señor rico ya no me quedaba demasiado que hacer y que tarde o temprano acabaría saliendo de aquel lugar, el cual, cada vez con más rapidez, dejaba de representarme.

Llegué al parque y con la luz del día, todavía parecía más horrible que cuando quedábamos a última hora y no había luz. Con la luz radiante del mediodía, podían verse con más claridad todas sus imperfecciones. No había nadie alrededor, de hecho, en ese parque nunca había nadie. Así que me di cuenta enseguida de que ese lugar no es que fuera un sitio que para Simón representara absolutamente nada, simplemente era un espacio horrible, escogido precisamente por eso: porque en un lugar feo nadie quiere estar.

Por mi pensamiento pasó en unos segundos la espantosa idea de que alguien me quisiera ver en un lugar tan penoso solo para esconderme, desvalorizándome a mí misma y elevándome al mismo grado que aquel horrible cuadrado lleno de columpios destrozados. Pero ahí estaba… y estaba porque yo quería; no podía echarle las culpas del escombro que me rodeaba a nadie más que a mí.

—Simón, no me parece nada bien lo que acabas de hacer. Quedamos en la cafetería y si no fuera porque tengo algo que contarte, no vendría a este sitio tan deprimente al que vengo siempre que quiero hablar contigo —dije sin estar del todo segura de que lo que estaba diciendo fuese cierto.

—Anda, calla. Ahora ya estamos juntos, qué más da lo demás —dijo Simón con una galantería barata que cada vez me estaba gustando menos. Pero, aun así, yo no me iba y podría haberlo hecho,

con lo cual no tenía derecho a protestar. Hubiera sido tan fácil como darme la vuelta e irme; pero no lo hice.

—Te he echado de menos —dijo.

No contesté. La dignidad hacía lo que podía, pero a veces también me fallaba.

—Simón, he conocido a tu hija —dije.

—¿Has ido a la consulta? —contestó con una mueca de extrañeza que a la vez asomaba algo de tensión.

—Sí, he ido.

—¿No será por mi culpa?

—No te creas tan imprescindible —añadí.

Hubo una pausa de unos segundos y Simón retomó la conversación.

—Bueno, supongo que le hablaste de mí y ella contestó que era su padre —pausa—. No debió de hacerlo. No la culpo, tuvo que aguantar lo suyo.

La intriga estaba servida.

—Pues, sí, Simón, le hablé de ti entre otras cosas, tengo derecho, es… bueno, era mi psicóloga.

—Lo entiendo.

—Ahora te voy a pedir que seas muy claro, porque si no, no me ves más —no sabía ya cuántas veces había dicho esto—. ¿Qué es lo que quieres de mí?

—Nada —dijo mientras agachaba la cabeza.

—Nada no puede ser, eso es imposible. Estás intentando siempre localizarme —dije maldiciéndome por no poder levantarme e irme de golpe que sería lo que se merecía, no solo él, sino yo.

—Es difícil de explicar. No son sino muchas cosas las que me atan a ti.

Otra vez lo había vuelto a hacer, y algo me impedía contestar.

—¿Qué pasa con Gloria?

—No va bien.

—Pues al menos dime qué pasó en tu matrimonio. Dame pistas, dime algo…—dije elevando el tono de voz.

—Estuve casado 30 años. Yo me pasaba la vida en el taller y el resto del tiempo se lo dedicaba a ella. Era una mujer muy elegante, tenía una tienda de ropa en el centro comercial que hay en las afueras, justo donde Carolina tiene su consulta. A ella le gustaban la moda, las fiestas, las reuniones con amigas… Tenía ganas de hacer crecer su empresa, pero tantas reuniones, compromisos, etiquetas acabaron por comer tiempo a nuestra relación.

”Yo no me sentía cómodo y se lo hice saber. Ella me prometía que sí, que encontraríamos un hueco, pero eso nunca ocurrió. Me sentí fuera de lugar y estallé.

”Comencé a verme a escondidas con otras mujeres hasta que mi hija lo descubrió. Fue bochornoso para mí, pero ya estaba hecho, no había vuelta atrás. Nos separamos.

”Mi exmujer se llamaba Sara y por despecho se hizo amante de Andrés, el padre de Gloria. Supongo que para comprobar que ella podía vivir sin mí. Para ello se fue con el hombre más arrogante del pueblo. Ella sabía lo que yo pensaba de él. Y teniendo en cuenta que le echaba en cara que no me sentía cómodo en sus ambientes, ella fue a hacerme daño por partida doble.

”Es posible que pensara que, siendo la amante de Andrés, me haría ver que a ella le daban igual los hombres cutres como yo, que no me necesitaba, que sabía buscarse hombres de más categoría y que comprendieran lo que es una mujer empresaria.

No podía dejar de pestañear.

—¿Y tú que hiciste después?

—La rabia y la impotencia de comprobar que lo había hecho todo tan mal me llevaron a buscar desesperadamente aquí y allá todo tipo de mujeres. Me enredé en la conquista y, de hecho, creo que no se me da mal. Reconozco que me sale con facilidad. No sé, creo que es una cuestión genética.

”En mi familia todos los hombres fueron muy educados, y supongo que debe ser nuestro don. Eso hace que las mujeres se sientan atraídas hacia mí con facilidad. Me imagino que cada uno nace con un don especial. No lo puedo evitar, viene de familia.

No supe si vomitar de aquel despliegue de arrogancia sin pelos en la lengua y sin anestesia o seguir dejando que hablara por si acababa confesando que era la reencarnación de un amante del siglo XIX y que había ido a cientos de terapias para sacarse el monstruo que llevaba dentro…

—A veces aún me sigo preguntando por qué se rompió ese matrimonio. Lo único que puedo decir es que dejé de identificarme con nuestro proyecto en común, ya no me representaba.

—Pero tampoco estás bien con Gloria

—No, no lo estoy. A veces creo incluso que se aprovecha de mí.

Mi cabeza estaba a punto de estallar. Ahora sí que tenía que volver a empezar el mapa desde el principio. Demasiadas pistas para colocar en el camino hacia la verdad, y las que faltaban, porque si lo que pretendía era encontrar el principio de todo, podría llegar a volverme loca.

—A ver, Simón. La pregunta es muy sencilla. ¿Qué haces con ella si no la quieres?

—Todavía no lo sé. Pero hay algo ahí que me ata a ella y no sé qué es. Me da la impresión de que estoy dedicándole todo mi tiempo, todas mis atenciones. Hago lo que ella quiere.

—Y ella, ¿qué te da?

—No lo sé, a veces tenemos buenos momentos y otras veces no.

—Me voy. Me voy y no me llames más. Ya no puedo con esto. Me tienes agotada. No lo resisto. Vamos a dejarlo ya de una vez, no puedo más —dije mientras me levantaba para marcharme de ese parque horrible al que no quería volver nunca.

—Lo entiendo —dijo Simón agachando la cabeza.

—Adiós —contesté.

Mientras me iba, una especie de tristeza comenzó a envolver mi pecho. Una tristeza acompañada de un vacío, de una humillación... Todas aquellas sensaciones juntas caminaban conmigo sin que yo apenas pudiera hacer nada. Tenía que dar un paso y después otro para llegar a casa de Dora. No era el mejor día para cuidar a las niñas, pero, para mi pesar, la cita con Simón había durado demasiado poco y debía hacerlo, no podía tomarme la tarde libre una vez más.

Llegué a la casa del señor rico o maldito o infiel… Ya no sabía muy bien ni quién era, ni quién era Simón, ni Esteban… ni casi yo misma. Mi cabeza iba a mil por hora y confié en que las niñas distrajeran mi torbellino pensante con cualquier ejercicio de lengua o de matemáticas, o incluso me hubiera atrevido con el chino si me lo pidieran con tal de no pensar más.

Al entrar, miré los jardines y sus figuras de hierro. Aunque no quisiera, las tenía que ver. Siempre estaban ahí, esperándome en la puerta y recordándome aquel horrible día en el que decidí conocer al autor de lo que yo creía que me salvaría de mi miedo al mar: un herrero, “Menuda estupidez”.

—Buenas tardes, Dora. Tienes que disculparme, estos días tengo algunos asuntos personales que resolver y sé que estoy abusando de tu confianza. Lo siento de verdad —dije haciendo gala de una educación impecable, la que, por un momento, pensé que tal vez sería consecuencia de mi conversación con Simón: el hombre que se había tragado un amante francés decimonónico.

—No pasa nada, hija. Ya he notado que estás cansada y tal vez un poco triste. Espero de verdad que no sea nada.

—Gracias, Dora, se me pasará.

Ya en el salón, Sofía seguía muy seria. No me encontraba de muy buen humor para preguntarle por sus sospechas con Andrés, pero aun así lo hice. En ese momento pensé que una niña de su edad no tiene la culpa de la estupidez humana, estupidez en la que, por supuesto, me encontraba yo sumergida de lleno.

—Sofía, dime, ¿cómo te encuentras?

Tras decir estas palabras me cogió del brazo y me llevó a su habitación.

Temí que Dora nos viera o que Beatriz dijera algo, al fin y al cabo,

me pagaban para estar con ellas y que hicieran sus tareas, no para jugar a los detectives. Pero, aun así, me pareció bastante más importante y entretenido escuchar lo que la niña tenía que decirme, que hacer una redacción sobre la descripción de tu habitación o de lo que fuera.

Beatriz se quedó haciendo sus tareas, ajena a nuestros planes, mientras Sofía me contaba sus últimas averiguaciones.

—Los he vuelto a ver, sé dónde se reúnen —dijo Sofía como si estuviera resolviendo un caso del FBI.

—¿Los has visto?

—Sí, los he visto. Y quiero que vengas conmigo para que veas que es verdad.

—Sofía, yo no puedo hacer eso.

—Sí, por favor, sí que puedes.

"Sí, sí puedo", pensé. Si fui capaz de atender a un adulto infantil de 70 años, también podía atender a una niña que, por agravio comparativo, no tenía las herramientas para hacerlo, pero sí las ganas. Simón no tenía ni una cosa ni la otra.

Capítulo 8

Más cerca del mar

Sofía me contó que había estado espiando a su abuelo y lo escuchó quedar con alguien el sábado en el centro comercial de la salida del pueblo. Me rogó y me suplicó que fuera con ella, que le acompañara para que pudiera corroborar que no eran imaginaciones suyas, porque necesitaba que alguien le creyera.

Así que tuve que buscar una excusa para poder llevarme a Sofía sin que Andrés supiera nada. Decidí quedar con su madre para hablar del tema.

—Ana, Sofía está un poco extraña y despistada estos días. No sé si será lo correcto o no y, por supuesto, quiero contar con tu opinión y tu permiso. ¿Crees que me la podría llevar a dar un paseo algún día? Nos llevamos muy bien y tal vez le consiga sacar algo.

—No sé Ana, yo la verdad siempre ando muy apurada. Incluso siento que a veces no le presto la suficiente atención. Pero mira, esto es agotador.

”El padre está insoportable, creo que puso demasiadas expectativas en las niñas y les exige muchísimo. Y, claro, solo son niñas. Está todo el día a gritos con ellas, quiere que sean perfectas y eso es imposible. Encima, tiene el apoyo de mi padre que, cada dos por tres, solo pregunta por los estudios y las notas. Creo que cada vez envidio más a mi hermana Gloria.

Aquello me hizo casi soltar una carcajada interna. Estaba claro que no podíamos juzgar a las personas por su apariencia de vida. La alegre y dulce Gloria vivía con un hombre que no la amaba, mientras que Ana estaba convencida de que su hermana era una especie de “elegida” por el dios del hierro.

Vivía en su propia nube aterrorizada porque un hombre la diera de lado como había hecho su padre. Y, bajo la apariencia de señora del herrero, irradiaba una extraña felicidad que se había fabricado ella misma sin saber que su amado, al que ella creía que tenía prisionero, se estaba viendo con otra mujer… Y resulta que ahora, su hermana, que vivía completamente agotada, le tenía envidia.

—Te entiendo, Ana, de verdad que te entiendo —dije aliviada al darme cuenta de que no solo era yo la que tenía una tortura en mi propia mente, sino que cada uno, a su manera, vive la suya propia—.

Si me das permiso, yo la llevo un día de compras o a merendar y a lo mejor todo queda en eso, simplemente es que nota vuestro agobio y solo necesita correr un poco. Sofía es una niña muy activa.

—Tal vez tengas razón. Bueno mira, yo ya no tengo ganas de pensar, cuando te venga bien la llevas y después ya me cuentas.

—De acuerdo, Ana, yo te aviso.

Mientras tanto, y como ya venía siendo habitual, cuando yo me alejaba de Simón, él aparecía.

No sé qué me pasa, pero creo que algo está cambiando en mí, aun así, me encuentro extraño. No paro de pensar en mi primer matrimonio y ahora en Gloria. Siento como si tuviera que hacerla feliz y me siento fuera de lugar en todo. Necesito verte.
Simón

Esta vez lo tenía muy fácil. Ante esta llamada de socorro, ni me molesté en contestar. Llamé por teléfono, pero nadie cogió.

Mira, Simón, te acabo de llamar, ¿puedes cogerme, por favor?
Olivia

No, no puedo, está Gloria delante. Te rogaría que no usaras el teléfono para comunicarte conmigo.
Simón

Era ya lo que me faltaba. Que me limitaran las vías de comunicación. Esto estaba empezando a parecer humillante.

Te lo digo porque, si no, reviento. Deja de quejarte, que no haces nada por arreglar la situación en la que estás. Ni con tu mujer, ni con tu hija, ni con Gloria… Con nadie.
Olivia

***

No puedo arreglar la situación con mi mujer. Después de estar con Andrés se fue, no quiere saber nada de mí, no sé ni dónde está.

Aquel hombre estaba sumido en la pasividad más superlativa que yo había visto jamás. Pretendía arreglar todo sentando en un sofá y se había disfrazado de caballero andante pensando que así llamaría la atención de todo el mundo y alimentarían su ya de por sí desmesurada postura de víctima, casi de personaje de ficción de una película mala. Pero yo no podía quitarme a Simón de la cabeza, esa era la patética realidad.

Llegó el sábado maldito en el que, se supone, yo vería con mis propios ojos que el hombre rico e insensible (o al menos en apariencia), estaría con otra mujer.

Fui a recoger a Sofía a casa de Dora para coger el autobús. La niña estaba asustada, y yo no dejaba de pensar en qué me iba a encontrar y cómo debía de reaccionar a aquello, si es que aquello fuera verdad.

Tampoco podía esconder mi miedo a que nos vieran y a que la niña reaccionara mal. No sabía lo que nos íbamos a encontrar. No sabía si me debía meter o no… no sabía nada. Lo único que tenía claro es que debía hacerlo porque, para Sofía, era muy importante que le creyeran. Aunque esa misión iba a ser complicada, puesto que don Andrés, supuestamente, era un hombre ejemplar. ¿Quién iba a creer a una niña fantasiosa?

Bajamos del autobús y le dije a Sofía que teníamos que ir con cuidado. Por suerte, yo tenía una coartada: su madre me había dado permiso para salir con la niña. Así que Andrés, en todo caso, debía rendirle cuentas a su hija si de manera casual nos viera en el peor momento imaginable.

Llegamos a la calle del centro comercial y comenzamos a entrar en diversas tiendas como quien no quiere la cosa. A la vez que lo hacíamos, Sofía y yo mirábamos de reojo a ver si aparecía Andrés.

Cuando ya llevábamos un par de tiendas recorridas, el viejo apareció, pero, para nuestra sorpresa, de momento estaba solo.

Entró en una de las cafeterías sin que nos hubiera visto. Hasta ese instante, todo iba bien.

Al cabo de unos minutos vi a Carolina, mi psicóloga, quise ir corriendo a hablar con ella para contarle que había hablado con su padre, quise decirle que lo sabía todo y que sentía mucho que no hubiéramos podido habar más y que nos tuviéramos que despedir de aquella manera. Pero no fue posible…

Le dije a Sofía que iba un momento a saludar aquella mujer y enseguida saltó la fiera.

—No, es ella, es ella.

—¿Qué dices, Sofía?

—Esa es la mujer que está con mi abuelo.

—Sofía, esa señora es una psicóloga. ¿No será que tu abuelo está yendo a su consulta y a lo mejor no lo quiere decir?

—¡Eres una pesada! ¡No me crees!

—Sofía, vale, lo siento —dije tratando de tranquilizar a la niña. Vamos a ver qué hacen, ¿de acuerdo?

En efecto, Carolina entró en la misma cafetería en la que acababa de ingresar Andrés y los dos se sentaron juntos.

Sofía y yo estábamos en un comercio de papelería justo enfrente. Podrían vernos en cualquier momento, así que había que disimular.

El caso es que, si nos vieran, ya no tendríamos pruebas de nada, porque no se puede culpar a alguien de ir a una psicóloga e incluso de tener una amistad con ella.

No nos vieron, pero su café se alargó tanto que teníamos que cambiar de lugar si no queríamos que la dependienta nos echara de su establecimiento por sospechosas; tanto tiempo en un comercio no era muy normal.

Salimos y nos metimos justo en el de al lado. Esta vez era de zapatos deportivos. Desde allí no se veía tan bien, pero por fin, al cabo de un tiempo, llegó la prueba del millón: Andrés y Carolina se dieron las manos.

La amistad ya no era tan normal, aunque tampoco podemos hablar de una prueba que garantice nada. Había que seguir esperando.

Después de dos tiendas más y un aburrimiento supino, Carolina y Andrés salieron de la cafetería. No iban de la mano, puesto que no eran tontos, pero bajaron al aparcamiento y nosotras los seguimos. No bajamos, pero desde una barandilla se podía ver lo que ocurría en parte del sótano sin necesidad de entrar, y allí, por fin, apareció la prueba definitiva: un beso. No fue el de *Mouline Rouge* porque, para que nos íbamos a engañar, los actores tampoco eran ellos. Pero sí, hubo beso.

“Bien. ¿Y ahora qué?”, pensé. “¿Qué hago yo con todo esto?”.

El panorama no podía ser más alucinante: Andrés había tenido un romance con la mujer de Simón y, ahora, era su hija la que repetía la historia. Y yo, justo yo, en el medio como siempre.

—Sofía, escucha —dije sabiendo que, ahora que ya le había creído, la niña podría pensar que yo debía solucionar este asunto—. Estoy contigo, te creo, pero entiende que yo solo puedo hacer una cosa: decirle a quien tú quieras, en quien tu más confíes, que te escuche atentamente, que lo que le vas a decir es verdad. Así, saldrá de tu boca y no de la mía, yo solo diré que lo que vas a decir lo hemos visto las dos juntas, ¿de acuerdo?

Sofía me miró muy seria unos cuantos segundos, yo a ella también mientras divagaba en su cabeza. Hasta que, por fin, decidió la respuesta.

—Sí, quiero que hables con mi abuela.

—¿Tú estás segura? —dije pensando en que, de todas las posibles personas que podrían haber funcionado de confesoras, la niña había decidido ir directo al grano—. Bien, este lunes sin falta hablaré con tu abuela, pero recuerda nuestro trato, yo me encargo de que te crea y tú dices lo que viste, no tienes nada más que decir, ¿de acuerdo?

Ya en el autobús de vuelta, Sofía y yo no hablamos. Ella miraba por la ventana, pensativa, pero en el fondo, creo que aliviada. Solo tendría que hacer un acto descriptivo de lo que vio y yo me encargaría de que la tomaran en serio.

Llegué a mi casa y todavía estaba prisionera de lo que había visto, así que no pude evitarlo y sentí la necesidad de contárselo a Esteban. Pero para mi sorpresa, mientras yo me había dedicado a mis obsesiones, él se había dedicado a transformarse en otra persona.

—Esteban, de verdad, si te cuento una cosa de Andrés no te lo vas a creer —dije mientras dejaba el abrigo y el bolso en la entrada.

—No me interesa nada de lo que le pase a Andrés, ni su casa, ni lo que ocurre ahí dentro —dijo mientras ponía la mesa y vigilaba una olla de lentejas.

Supe lo que estaba pasando. Enseguida me di cuenta de lo que sucedía. Pero quise ser cauta.

—Otras veces sí te interesa —contesté llenando la jarra de agua.

—Pues ahora no. Parece que no hay otra cosa más importante para ti que la casa de Andrés o el quiosco.

—Es mi trabajo.

—No, no es tu trabajo.

—Ah, ¿no? Entonces dime, aconséjame como haces siempre, ¿cuál es mi trabajo? Tal vez quedarme aquí y asegurarte de que no me mueva haciéndome creer que siempre tomo las decisiones equivocadas. Dime, es eso lo que piensas, ¿verdad? Y estás enfadado contigo mismo porque, de un tiempo a una parte, no sabes qué estrategia utilizar para que siga estando aquí día y noche. Y eso te hace convertirte en un niño pequeño que, a base de pataleta, pretende que todo vuelva a ser como antes.

”¿De verdad crees que haciéndome sentir culpable voy a volver a ser fiel a tus constantes correcciones? Pues creo que te equivocas. Te lo voy a volver a repetir: tú no estás enfadado conmigo, estás cabreado contigo mismo, eso es lo que sucede. No hagas lo de siempre: pretender que la imperfecta sea yo para alimentarte a ti mismo.

“Después de esto a ver quién es capaz de sentarse a la mesa a comer”, pensé

Fui a la habitación a ponerme cómoda con la esperanza de que el tiempo que les faltaba a las lentejas fuera el suficiente como para

calmar un poco los ánimos. “Las lentejas se comen rápido, enseguida nos levantaremos de la mesa y listo”, pensé. Y así sucedió, comimos casi en silencio, solo alguna pregunta a Macarena nos salvó de una imagen bastante incómoda, pero a la vez, necesaria; Macarena siempre era nuestra salvación.

Llegó el lunes y, mientras me vestía con ropa normal de ciudadana básica, en mi mente me estaba poniendo el traje de guerrera imaginario con la lanza y el escudo para acudir a la siguiente misión.

Mi vida era de todo menos aburrida y entonces me acordé de que, cuando llegamos al pueblo, había pensado que no quería quedarme en casa haciendo bizcochos. En esos momentos, ya estaba empezando a dudar: no era mejor hacer bizcochos que ser una guerrera, y esto último, desde luego, era mucho más cansado. Dedicarme a hacer solo bizcochos era un premio que, parece ser, todavía no merecía.

Fui al quiosco como todas las mañanas. Pensé que, si veía a Dora, allí mismo se lo diría y, si no, después de las clases por la tarde y en su propia casa, le daría una dosis de realidad.

Finalmente, Dora vino a buscar la prensa, pero se juntaron dos personas en la cola así que, después de saludarla, le pedí por favor que esperara un momento si no tenía prisa. Dora esperó.

Cuando las demás personas fueron atendidas. Tragué saliva. Sofía y yo habíamos hecho un buen plan, eso era innegable, ella tendría que evitar lo que más le cuesta a una niña, que es dar explicaciones para que le crean, y yo tendría que evitar lo que más le cuesta a un adulto: decir la verdad. De esta manera ninguna de las dos se sentiría incómoda.

—Dora, tengo que decirle algo.

—Dime, espero que no sea nada malo —dijo Dora mientras a mí, por momentos, se me estaba empezando a encoger el corazón, pues me daba cuenta de que, por mucho que te sepas la lección, los nervios del examen nunca se te van del todo.

—El sábado pasado fuimos Sofía y yo a dar un paseo, recuerda, ¿verdad?

—Sí, lo sé. Ana me lo dijo —contestó Dora.

—¿Qué tal ve usted a Sofía desde el sábado?

—No sé, Olivia. Solo la he visto el domingo, no sabría decirte.

—De acuerdo, Dora. Mire. Le voy a decir algo que es muy importante: Sofía tiene una cosa que contarle, sea lo que sea, le tiene que creer. Porque lo que le va a decir es algo que yo vi con ella y con mis propios ojos. Lo que va a salir de su boca es totalmente cierto. Ya está, eso es lo único que tenía que decirle.

—Olivia, me estás asustando.

Tenía que haber contado con esa reacción, pero mi parte del trato estaba cumplida, había hecho mucho más de lo que podía. Estaba tan

agotada que dije algo que tendría que haber dicho hace mucho tiempo:

"Usted escúchela, yo no puedo hacer nada más".

Sabía que había dejado a Dora muy preocupada y, seguramente, mucho más se iba a preocupar. La bomba estaba lanzada, era muy probable que, en otro momento y si no tuviera todavía la batalla de Simón, hubiera hablado yo con ella, incluso con Ana, con Gloria, o con el mismísimo Andrés, o con la propia Carolina. Pero no podía más, mis fuerzas empezaban a flaquear.

Ya de noche, tirada en la cama, pensaba que tenía que acabar con todo esto como fuera. Me levanté y miré por la ventana. El mar estaba en calma y pensé que, desde que había llegado al pueblo (y desde entonces ya habían pasado unos cuantos meses), todavía no había dado ni un solo paseo por la playa, no había ido a una terraza y no había comenzado nada. Lo único que había hecho había sido embarcarme en mil batallas.

Solo el quiosco de Víctor me daba un poco de paz. Esas mañanas asomada al balcón de aquel pequeño palacio de madera sin terminar, ese palacio que, apenas tenía unos periódicos y algunas gominolas era la ventana a la gente del día a día. Los conocía a todos y no conocía a ninguno. Los veía pasar, pero no sabía lo que había detrás de ellos, no podía conocer nada de ellos porque, sin quererlo, me enfrasqué en luchas que no eran mías y allí, en ese quiosco, sentí que tenía que acabar con las batallas de una vez por todas.

Cuando estaba ya casi convencida, aparece un mensaje nuevo en mi correo.

Podemos quedar, por favor.

Simón

¿Cómo decir que no? No podía.

Sí, quedamos en el parque, a la hora de siempre.

Olivia

Me sorprendí a mí misma sin pelearme con él por no querer quedar en cualquier otro sitio, el agotamiento ya era de tal magnitud que sabía que era una lucha inútil.

Por la tarde, como todas las tardes, fui a casa de Dora. Tenía que decirle a Sofía que ya había hablado con su abuela y que en cualquier momento ya podía decirle su temido secreto. Pero incluso aquello dejó de producirme tensión. Solo quería descansar.

Llegué a la casa del señor rico, llamé al timbre y me abrió Dora. La

miré. Dora no parecía disgustada, no aparentaba preocupación, pero sí la tenía. Y es muy probable que la hubiera tenido desde hacía años.

—Sofía, ya he hablado con tu abuela. Puedes decírselo cuando quieras. Pero recuerda, solo una frase, nada más.

Sofía asintió.

Mientras las niñas hacían sus tareas, miré aquel salón en el cual había entrado hacía unos meses como una niña pequeña, ilusionada y queriendo que fuera mío para siempre…

Recuerdo lo que sentí al ver aquellos jardines impolutos, aquellos ventanales y aquellas vistas hacia el mar; quería que aquello fuera mi refugio y, finalmente, lo único que me había aportado era una jaula de oro y un paraíso que solo existía en mi cabeza porque, en realidad, nunca lo había sido.

Llegó la hora. En mi casa ya nadie decía nada, ya nadie me preguntaba nada; Esteban casi ni me miraba. Cogí la bolsa de la basura y no pude dejar de pensar en todo lo que me rodeaba cada vez que acudía a ver a Simón: una bolsa de basura y un parque abandonado. Nunca entramos en una cafetería, nunca paseamos y nunca hablamos a la orilla del mar. ¿A quién pretendía engañar? Aquello no era nada.

Dejé la bolsa de la basura en el contenedor y, a su vez, escuché derramarse una ola con tanta fuerza que parecía el ruido de una pared entera cayéndose a mis pies. Las burbujas chispeantes que quedaron después de aquel derrumbamiento eran inquietantes. Ese ruido como de nido de avispas parecía hablarme, parecía estar moviéndose incluso dentro de mí. No pude seguir mirando.

Caminé como un alma que sabe que tiene que zanjar un asunto pendiente desde dondequiera que ese asunto esté, y sabiendo que quedaba poco para dicha misión, pero que debía hacerlo. Solo restaba una última fase de la batalla y, después, ya estaría ganada, porque, sí, pasara lo que pasara, mi desgana había hecho que comenzara mi victoria. Lo que no sabía es que, entre la victoria y su celebración, me quedaba un enorme camino por recorrer, que no iba a ser nada fácil.

Llegué al parque de los niños que ya no existían, y preludio de algo que también dejaría de existir. Y allí vi a Simón. Por primera vez, empecé a sentir emociones muy confusas hacia él: lástima, compasión y tal vez en algún momento, empatía. Puede ser que se colara también una cierta admiración en alguna de sus facetas, quizás por su franqueza en algunas cosas y su hipocresía en otras. Por su exceso de control y su egoísmo como resultado de su tremendo miedo a verse solo consigo mismo…

—¡Qué ganas tenía de verte! —dijo nada más verme llegar.

—Ya… —dije sin atreverme a pronunciar ni una sola palabra con algún significado que pudiera describir y, por lo tanto, condicionar,

una situación indescriptible.

—Ven, vamos a dar un paseo —dijo Simón.

—¿Por qué me has llamado? ¿Tenías algo que contarme?

—No, solo quería verte.

Sus palabras ya no me surtían el efecto anterior, algo en todo esto estaba cambiando. No sabía lo que era, pero había muchas posibilidades de que se estuviera cociendo una pócima mágica que colocara a Simón en el lugar donde tenía que estar. La pócima que diera una explicación a este encuentro y a esta dependencia. Esa pócima sería la que me diera la libertad; mientras, seguía presa de sus artimañas infantiles y de su poca claridad. Porque, sí, el momento de darle un lugar al encuentro del herrero en mi camino estaba a punto de ocurrir, solo tenía que caminar un poco más.

Nos miramos los dos de frente. Tenía muchas preguntas que hacerle, tenía que seguir deshaciendo el nudo que me había llevado a engancharme a esta historia y debía buscar el mensaje que había detrás de todo esto.

—¿Qué tal estás? ¿Y Gloria?

—Todo sigue igual.

—Por lo que veo, piensas seguir así toda la vida.

—No, no voy a seguir así toda la vida. Ojalá me viera aquí contigo y así por fin me libraría de todo esto.

No sé por qué, pero no le creí. Vi rencor, vi venganza en sus palabras. Pensé que, a su edad, cualquier persona que quisiera deshacerse de alguien lo tenía tan fácil como decírselo. Aquí había una venganza, pero ¿por qué querría vengarse de Gloria? Porque sí, él quería vengarse de Gloria, su exmujer quería vengarse de él, él de su exmujer y Carolina… ¿de quién?

—Simón, voy a ir al grano. El otro día vi a tu hija con Andrés.

Simón paró de golpe sus pasos y me miró.

—¿Los viste? —preguntó.

—¿Tú también lo sabes? —pregunté.

—Sí, lo sé… y no veas la rabia que me da.

—¿Y no te da rabia que estés haciendo daño a Gloria? ¿No te avergüenzas de que, en vez de hablar con ella, quieras que te vea con otra para que estalle?

—No me fío de ella demasiado.

—¿Por qué no?

—No lo sé, creo que se aprovecha de mí.

—Simón, tienes 70 años, ¡por Dios! No necesitas una mujer a toda costa.

—Sí, sí la necesito.

—¿Al precio que sea?

—No, pero sí la necesito —afirmó—. Cuando Gloria y yo nos

conocimos, ella dijo que quería un hombre que la apreciara, que le hiciera compañía. Quería olvidar su pasado y todas las veces que en su casa le habían hecho sentir que no valía. Quería a un hombre que la valorara por lo que era. Quería olvidar y empezar de cero. Y yo también. Yo también quería olvidar: olvidar a Sara, olvidar lo que había hecho mal… olvidar que estuvo con Andrés, olvidar que mi hija también estaba con Andrés… quería olvidarlo todo.

”Deseaba dejar atrás un matrimonio en el que hubo demasiada venganza. Yo, no lo hice bien, pero seguramente que ella tampoco. Quise borrar todo de mi mente y empezar de cero con Gloria.

”Ella me da compañía y no me deja solo ni un minuto, siempre está pendiente de mí. Pero, por otra parte, hay algo que no me encaja, algo que hace que desconfíe de ella.

—¿De ella solo? Tal vez es que desconfías de todo el mundo.

—No, de ti no.

—¿No? Entonces, ¿por qué me escondiste todo este tiempo?

Simón no supo qué decir.

—Me fío de ti porque tú eres una persona normal, sin un pasado del que quieras huir.

—Eso no lo sabes, no tienes ni idea de mi pasado. Todos hemos cometido errores.

—Dime, entonces, ¿tú has tenido algún problema con alguien, has sufrido por amor?

—No te voy a contar mi vida, ¿qué ganas con eso? ¿Me estás haciendo un chequeo?

—No, pero dímelo, por favor, dímelo.

—Me estás asustando. ¿Qué clase de interrogatorio es este? —pregunté al ver que Simón se estaba poniendo demasiado nervioso.

No dijo nada, se limitó a apretar los labios y darle una patada al tronco de un árbol, sin que el pobre árbol tuviera la culpa de que un hombre desquiciado se encontrara en su camino.

—Simón, no estás bien.

—No, no lo estoy.

—Pues deberías ir a verte. Estar solo contigo mismo y buscar ayuda.

—No confío en que me puedan ayudar.

—Pues nada, entonces quédate como estás, pero no te quejes.

Simón volvió a apretar los labios.

—Debo irme —dije sorprendiéndome a mí misma con la rapidez con la que esta vez, deseaba salir de ahí.

—Espera un poco más. Me agrada tu compañía.

—Sí, te agrada tanto que harías lo que fuera por verme, eso sí: dónde tú elijas, cómo tú elijas, por el medio que tú elijas. Eso no es nada más que necesidad disfrazada de intención. Me voy —dije, y me

levanté una vez más con la dignidad que me caracterizaba—. Tendrás noticias mías, pero esta vez seré yo quien te las dé.

Me di la vuelta dejando a Simón cabizbajo y pensativo. Triste y melancólico. En realidad, lo estaba dejando como siempre estaba.

Llegué a mi casa. Esteban estaba viendo la televisión, y Macarena, en su habitación.

—Buenas noches, me voy a dormir —dije.

Esteban no me contestó.

Esa noche me acosté con una sensación parecida a la que tenía cuando iba al descampado. La cantidad de información que tenía daba vueltas alrededor de mí de una manera muy clara. Casi podía ver las escenas una a una, podía incluso unirlas entre sí en infinitas combinaciones, y todas ellas tenían sentido. Había tantas combinaciones como personas posibles en la Tierra.

No era tan diferente lo que les pasaba a Simón, a Andrés, a Esteban, a Dora, a Víctor o a quien fuera… De lo que le puede pasar a cualquier persona. Todos, absolutamente todos, tenemos esos miedos, aunque de distinta manera, expresados en diversas experiencias de vida, pero que conducen a lo mismo: el horrible y temido miedo a la soledad.

Al día siguiente, al volver del quiosco, llegué a casa y Esteban no estaba. Había una nota encima de la mesa: “No vengo a comer”.

No le di mayor importancia, cogí una olla, un poco de pasta e hice algo de comer.

—Maca, ¿qué tal va el grupo de teatro? —pregunté sin que Esteban hubiera llegado todavía.

—Bueno, no somos muchos de momento. Ylli también se apuntó, él nos ayudará con los textos, y yo creo que no tenemos un mal equipo. Pero ya sabes, estas cosas van lentas.

—Sí, lo sé. Lo importante es que tengáis ganas de hacer algo en lo que creéis. Tener un proyecto con el que te sientas cómoda es importante para ponerle ganas.

Mientras decía estas palabras, me acordé de las de Simón. Él había dicho que no se sentía identificado con el proyecto de su mujer y, por lo que vi, tampoco se sentía identificado con el de Gloria. Entonces no pude evitar la siguiente pregunta: ¿me sentía yo identificada con el mío?

Esteban seguía sin venir y mis ganas de ir a casa de Dora se habían ido apagando tanto estas últimas semanas que, casi sin pensarlo, tomé una decisión. No quería volver allí.

Y entonces vinieron las siguientes dudas: si no iba a esa casa, dejaría colgadas a Ana y a las niñas. También a la pobre Dora, pero, por otro lado, pensé: ¿debo yo sacrificarme tanto para que los demás no se busquen sus propias soluciones?

Si yo seguía yendo a esa casa, ¿quién salía ganado? La respuesta era clara: ellos. Y, ¿quién salía perdiendo? La respuesta también era bastante obvia: yo.

Había un mensaje en esta decisión que iba mucho más allá, pero el dejar de ir a casa de Dora era un primer paso.

—Dora, buenas tardes, soy Olivia.

—Buenas tardes, Olivia —dijo una voz seria desde el otro lado del teléfono.

—Perdona que le moleste, Dora. Pero quería decirle que, sintiéndolo mucho, debo abandonar el trabajo.

Pausa.

—Bueno, Olivia, si eso es lo que quieres hacer, estás en tu derecho, lo sé.

—Ya, Dora. Lo siento, pero ahora mismo me resulta imposible ir.

—De acuerdo, Olivia. Gracias por avisar.

Esa sensación extraña que te entra cuando crees que eres la peor persona del mundo por dejar a una buena mujer en la estacada y ser cómplice de que su marido le es infiel es realmente horrible. La culpa, por mucho que digan, está instalada dentro de nosotros de manera natural, y no es tan difícil de desenterrar.

Pero, por otra parte, pensaba: "Ojalá Dora estalle y ponga las cartas boca arriba de una vez por todas en esa casa". No sabía por aquel entonces qué ocurriría con Dora y con Andrés, pero antes de que tuviera la más mínima intención de volver a embarcarme en cualquier otra misión, me tiré en la cama.

Esteban no llegó hasta la noche.

—¿Dónde estuviste?

—Por ahí —contestó Esteban.

—¿Por ahí?

—Sí, con mis cosas.

—Vale, de acuerdo. ¿Quieres cenar algo?

—No voy a cenar nada. Mañana cojo mis cosas y me voy.

El que tienta a la suerte acaba consiguiendo que esta actúe por petición propia. Hay que tener mucho cuidado con lo que se siembra, aunque sea de manera inconsciente, pues siempre acaba por florecer una hierba aparentemente indefensa en forma de maleta llena de ropa dispuesta a salir por la puerta.

El abandono de Esteban era casi un abandono anunciado. Había perdido el control, pero yo no le podía culpar de nada cuando la descontrolada había sido yo. Aunque, en este caso, no me sentía culpable. No sabía por qué, pero no había culpa en mí con respecto a Esteban. Supuse entonces que, tal vez, esa fuera una decisión que llevaba tiempo clamando en mi interior y que no me atrevía a dejar salir. Porque los sueños de adolescente pueden ser sueños equivocados

y, aunque hasta ahora no lo había querido ver, Esteban podría había sido uno de ellos. Él no tenía la culpa, la única responsable había sido yo por no querer despertarme de ese sueño.

—De acuerdo, como quieras. Una pregunta, ¿vas a volver? —De momento solo me voy un tiempo, necesito pensar. Te llamaré. Ahora déjame solo. Voy a dormir en otra habitación.

No pude decir que aquello no me dolió, tampoco que si no me doliera sería una insensible. Las cosas que suceden o te duelen o no te duelen y cualquiera de las dos posturas es legítima.

Por mucho que ahora creyera que no lo necesitaba, sí iba a echar de menos a Esteban. Tal vez no siempre, pero algunas veces, sí que tenía razón. Me templaba, me calmaba y me arropaba. Pero, sin darse cuenta, eso que él hacía con cariño, también era una estrategia para no perder el control.

No supe muy bien lo que sentí. Por un lado, tirada en la cama, percibía un cansancio tranquilo y sereno que me invitaba a desinflar la tensión de mi cuerpo y a dormir plácidamente. Por otro lado, no podía dejar de pensar en el caos que había en mi cabeza y, a la vez, en mi propia vida.

Había soltado la casa del señor rico. Solo me faltaba soltar de una vez por todas a Simón.

Pasaban los días y él no llamaba. En mi mente venían miles de posibles hipótesis y conjeturas sobre qué le hace a un hombre querer dejar a una mujer y, a la vez, no poder hacerlo. ¿Habría tanto miedo en Simón como para no abandonar a Gloria, aun sabiendo que hablaba mal de ella y que la consideraba una persona aprovechada en la que no confiaba?

Jamás había visto nada igual. Por otro lado: "¿Por qué esa dependencia de mí?".

¿Qué había sucedido para que madre e hija tuvieran el mismo amante? ¿Por qué él también tuvo amantes antes de estar con Gloria y sin embargo ahora era incapaz de deshacerse de ella? ¿Por qué me quería esconder cuando otras veces incluso deseaba que nos viera juntos para que fuera ella la que diera el paso? O tal vez, solo era una estrategia de un hombre que había heredado las ridículas costumbres de los amantes románticos de creer en ese amor estúpido en el cual debes hacerte el arrogante, pero después solo te hace falta un pañal por si te cagas encima del miedo que tienes…

Estas y otras preguntas rondaron por mi cabeza durante bastantes semanas y, mientras, yo no sabía nada de Dora ni de Andrés, aunque reconozco que me hubiera encantado saberlo, porque, después de unos meses en el pueblo, había sido cómplice de las dos historias más raras que había visto jamás. Y entonces pensé: "¿Cuántas historias más de esta magnitud habrá en el pueblo?".

Porque, sí, tendría que haber muchas más. Y me di cuenta de que, en el fondo, había sido una privilegiada por no meterme de lleno en ninguna otra. De hecho, teniendo en cuenta a la cantidad de personas que veía pasar todos los días por el quiosco, lo raro era que no me hubiera ido de cabeza a cualquier otra historia porque sí, la gente no me pasaba desapercibida.

Bastaban un gesto, una mirada, una mueca, un tono de voz diferente al del día anterior, un saludo malhumorado, un exceso de amabilidad, un niño llorando… lo que fuera, para que yo viera mil y una explicaciones, y mil y una posibilidades de lo que en sus mentes estaba sucediendo.

Mis conexiones parecían nunca tener fin. Lo peor de todo es que eso me estaba impidiendo algo tan sencillo como vivir. Y como decía Esteban: vivir nada más y nada menos que cerca del mar.

Estábamos entrando en la primavera y los días ya empezaban a ser más largos. Macarena y yo seguíamos viviendo solas.

Mi hija aceptó que su padre se fuera y, de hecho, como una vez dijo ella misma: “Lo veía venir”.

Iba a verle al pueblo de al lado donde se instaló, y él la recogía en casa de vez en cuando. Mientras, nosotros seguíamos sin cruzarnos muchas palabras, solo las justas. En ninguno de los dos había nada extraño, ni odio ni rencor. Supongo que yo, para él, también fui alguien equivocado.

Desde que no iba a casa de Dora, las tardes las pasaba en casa leyendo, arreglando el jardín o experimentando en la cocina. Digamos que había cambiado una compulsión por otra: ahora, en vez de ocupar mi mente con Simón, lo hacía con la cocina. Hacía batidos, zumos y pasteles de todo tipo de hortalizas. No era algo que me entusiasmara, pero siempre había tenido la necesidad de embarcarme en un proyecto y hacerlo bien. No le ponía entusiasmo, pero me hacía pensar que estaba haciendo algo útil y diferente. Me ayudaba a matar las tardes.

También leía y barajaba la posibilidad de tener alguna que otra mascota para acariciar mientras miraba recetas de zumos verdes o pasteles de calabaza. El caso era creer en algo, buscar algún proyecto útil y así, hasta que un día, Simón apareció.

Por favor, ya sé que no tengo perdón. Ya sé que debí llamarte antes y ya sé todo eso. Lo sé, soy un imbécil, pensé que podía olvidarme de ti, pero fue imposible. Solo necesitaba tiempo para pensar. Esta vez, te lo prometo, nos vemos donde tú quieras.
Simón

No respondí en el momento. Bajé a la cocina e hice crema de calabaza con taquitos de jamón. Mi hija últimamente me odiaba por haberle quitado el bizcocho clásico de mantequilla y haberle hecho otro de cualquier fruta rara que había encontrado por ahí.

No pronunciaba palabra, pero su cara lo decía todo. Quitando algún batido y algún que otro granizado, lo demás no le hacía tanta gracia. De todas formas, no le preocupaba mucho, saciaba su ansia de grasa en la bocatería con un buen trozo de pan con lomo frito y queso acompañado de medio litro de burbujeante refresco de cola.

Al día siguiente, tampoco respondí. Ni al otro, ni al otro… Y entonces, llamó.

—Buenos días, Olivia. Disculpa si te molesto, ante todo, gracias por cogerme el teléfono. Siempre es un placer escuchar tu voz.

La chirriante galantería de Simón a veces hacía que me pusiera de los nervios. No por la educación de la que tanto presumía, sino por su inutilidad cuando, en realidad, ese exceso y fingido corte caballeresco aburrido no le servía para nada si en su día a día resultaba ser un villano vengativo que se había acostado con todas las damas del reino y, con la que ahora convivía, no era más que otra víctima de sus miedos y él, una víctima de los de ella. Y allí, en medio de ese pensamiento, la ecuación empezó a tomar sentido. Entonces vi el momento de deshacerme de Simón para siempre o, al menos, de dejar de ser su detective privado.

—Buenos día, Simón.

—Quería preguntarte si sería posible citarnos en algún lugar y charlar. Esta vez te dejo elegir a ti. Elige el lugar que quieras, en el que más cómoda te encuentres para que podamos hablar. Ya ves que no pongo impedimentos…

—No, no los pones. Nos vemos en el parque de siempre a la hora de siempre. Es un buen lugar para hablar contigo. Ahora tengo que colgar.

Me di cuenta de que, durante todos estos meses, mis batallas con los dos hombres poderosos del pueblo me habían hecho tener muy mal genio. Mi mirada se había vuelto desafiante, mi barbilla siempre estaba hacia arriba, y con eso, ya me veía vencedora de todo este espectáculo esperpéntico.

Cogí la espada, me puse el abrigo y fui por última vez al campo de batalla.

Entré con pisada firme, con mis mejores botas, mi mejor falda y mi jersey rojo.

—Buenas noches, Simón.

—Buenas noches. No me esperaba que me fueras a citar aquí, pero ya ves, tus deseos son órdenes para mí —dijo sonriendo—. Aun así, si quieres te invito a tomar algo en el pueblo. Ya ves, ahora no me

importa.

Tuve que contener la respiración unos segundos antes de contestar.

—Simón, ¿a qué estás jugando?

—A nada —dijo cambiando el tono de voz suave y decimonónico por uno un poco más agresivo.

—¿Tengo que pensar que tienes buenas intenciones porque ahora, tú y solo tú, has decidido que tomemos algo en el pueblo? Pues venga, vamos.

Simón no contestó.

—Sabes perfectamente que no íbamos a ir, que solo querías quedar bien. Que algo se te ocurriría para no ir conmigo a ningún lado, ¿sabes por qué?, porque eres muy listo e inteligente y, ¿sabes cuál es el peligro de la gente inteligente cuando está sumida en el egoísmo? Que manipulan.

"A ti no te interesa tener ni una relación de amistad ni nada que se le parezca conmigo. Tú estás pensando solo en ti. Estás tanteando la jugada, estás haciendo una prueba sucia y ruin. ¿Te creías que no me iba a dar cuenta?

—No es cierto, tú me gustas solo que…

—¿Qué? A ver, di, ¿qué? —respondí.

—No sé qué me pasa, lo intento, pero no puedo.

—Pues si tú no puedes, te lo voy a decir yo. Estás tan muerto de miedo por quedarte solo que no te fías de nadie. No te fías de que Gloria no te deje porque la ves débil, porque sabes que, contigo, solo buscaba un parche al dolor con su padre. Y te sientes manejado por ella y crees que solo estás supliendo tus carencias y, además, sientes que en el momento que tú no puedas, ella te va a abandonar porque, en el fondo, es lo que le interesa de ti.

"Y tú, enfadado con esta idea, quieres venganza, porque la venganza la llevas escrita en la sangre. Primero, te has vengado de tu mujer con una amante; ella y tu hija se han vengado de ti con el mismo hombre; y, ahora, antes de que Gloria se vaya, quieres vengarte y asegurarte de que no dependes de ella.

"Pero tú tampoco estás libre. Tú no sabes ni lo que quieres ni quién eres. Te falló tu matrimonio y todavía te preguntas el porqué. Y en vez de enfrentarte a tu problema, en vez de averiguar qué pudo pasar ahí para que no aguantaras, en vez de tratar de comprender el porqué, en un momento determinado, no aguantaste más y lo tiraste todo por la borda, te dedicaste a buscar, desesperadamente y bajo un egoísmo como no he visto otro igual en mi vida, una mujer que cubriera tus heridas para no enfrentarte a ellas.

"Lo peor no es eso, lo peor es que, bajo tu horrible manera de querer controlarlo todo, pretendes asegurarte de que esa mujer no te

vaya a dejar nunca y por ello dudas de todas. Mides sus actos, analizas sus palabras, escondes a una para verte con otra. Usas una galantería que ni siquiera es tuya, es solo una estrategia que cubre una necesidad: la necesidad de encontrar, a costa de lo que sea, una mujer.

"Aprendiste a oler el miedo en ellas, y esas, las que tienen miedo, son las que te interesan, las que necesitan cariño, porque para ti, con tu estrategia de galán trasnochado, son las fáciles, las que te garantizan que no te van a dejar porque sabes cómo retenerlas a base de dar "buenos servicios". Buscas certezas, pero las certezas no existen, se trabajan día a día y, como mucho, puedes tener la ilusión de alcanzarlas, nada más.

"Las conquistas con palabras, como tú dices, heredadas de tus antepasados y, a saber, esos antepasados fueron en algún momento unos románticos robacorazones que lo único que hacían con su actitud era conquistar a mujeres muy necesitadas de cariño. Las envolvían en palabras, las mecían en sus rodillas y les leían cuentos. Y después, se aburrían y se iban, porque eran infantes con terror al compromiso y porque tenían miedo. Y tenían miedo porque eran extremadamente inseguros, no sabían ni quiénes eran ellos mismos y, en el fondo, suponían que no iban a aguantar jamás una relación duradera.

"Y tú, parece ser, has cogido esa estrategia y la has hecho tuya para actuar exactamente del mismo modo. ¿Y sabes por qué? Porque estás muerto de miedo de quedarte solo y tener, obligatoriamente, que quedarte contigo mismo y enfrentarte al vacío, y comprobar que no sabes ni quién eres. Y mientras no lo sepas, no podrás tener ningún proyecto que dure a tu lado.

Nada más pronunciar estas palabras, hubo un silencio de muy pocos segundos, y entonces, lo vi claro.

—¿Y qué puedo hacer? ¡Ayúdame!

—No puedo ayudarte, eso debes averiguarlo tú —dije acordándome de Víctor—, yo ya tengo bastante con lo mío.

Tiré el arco, tiré el escudo, me quité la armadura de guerrera y me quedé desnuda ante mí.

—Me voy a casa, Simón.

Capítulo 9

En el mar

Tres negocios, y con intención de ir aumentando, ocupan ahora mismo todo mi tiempo y motivación. “Estrella” es una cadena de tiendas que vende varios productos. Está dedicada principalmente al ocio y al turismo. Todavía me encuentro a gente que, cuando le cuento mi historia en el pueblo, me pregunta: “¿Y qué hiciste con el dolor? Yo siempre les contesto lo mismo: “Un imperio”.

Tal vez me miran con un poco de distancia, como si vieran en mí una cierta arrogancia. Si bien es verdad que algo de eso hay, no es menos cierto que aquellas personas que se interesan un poco más acaban sabiendo que mi mayor imperio no son mis negocios, sino que tiene que ver con otra clase de construcción mucho más sólida.

Con el tiempo comprendí que el no conocer tus debilidades hace que dejes una puerta abierta. Esa abertura, por muy pequeña que sea, es suficiente para que un desconocido huela el aroma de su propia herida y se sienta atraído hacia ella como un imán.

Eso fue lo que pasó con Esteban y con Simón. Esteban se había colado en mi vida para reafirmar su valentía, y Simón, para reafirmar la mía (menos mal que había sido en ese orden). Pero esa valentía nunca existió, porque no eres más valiente por rescatar a nadie de su pozo, sino por enfrentarte al tuyo propio.

El día que comprendí lo que había sucedido con Simón, dejé de pelearme con él y comencé a hacerlo conmigo. Volví a casa sintiendo que, mientras realizaba el mapa del tesoro a Simón, en el fondo, me lo estaba realizando a mí misma. Pero siempre era mucho más fácil verlo en el otro. Porque eso, justo eso tan horrible que todos escondemos para no sentirnos odiados por nosotros mismos, existe, y no es de nadie, es solo tuyo.

Simón se fue y dejó a Gloria. Aunque, como pasa siempre en todos los lugares pequeños, pude saber que lo persiguió durante un tiempo. En el fondo, Gloria lo necesitaba; eso siempre lo supe con certeza.

También supe que Dora no abandonó a Andrés, de lo que no tuve noticias nunca más fue de si el hombre rico continuaba con la hija del herrero. Con el tiempo dejó de importarme. El agotamiento sufrido los últimos meses me había dejado sin ganas de saber nada más.

Me quedé sola. El vacío que recorrí conmigo misma duró meses. Y

es probablemente la sensación más desafiante que puedes llegar a sentir.

La primera semana no conseguía apenas salir de casa. No sentía nada, ni siquiera dolor. Solo una auténtica e incómoda sensación de vacío que era casi insoportable. Algo se estaba empezando a romper por dentro, pero en ese momento no lo sabía. Creo que el cuerpo se anestesió solo durante un tiempo ante la amenaza de derrumbamiento que vendría después y, por eso, no me dejaba sentir.

La siguiente semana, por recomendación de Víctor y mi propia hija, comencé a salir. Me obligué a desayunar en una cafetería. El movimiento de la magdalena al mojarla en el café con leche me producía dolor porque no le veía sentido, no le veía sentido a ningún movimiento habitual que pudiera hacer yo o cualquier persona. Me había desdibujado a mí misma de la realidad. Y ahí, solo ahí, me di cuenta de que no existía como identidad propia, solo hacía por el simple hecho de hacer, sin saber qué significaba nada.

Me obligué a mojar una magdalena todos los días para volver a encontrar algo de familiaridad en ese movimiento, así una y otra vez. Eso solo fue el primer paso, después vendría el segundo: empezar a moverme yo.

Tras varias semanas haciendo una sola cosa, me obligué a pasear por el muro. Pasé de un solo estímulo: el café y la magdalena, al ruido de la calle, la gente, el sonido del mar… La anestesia no pudo con todo y dejó de hacer su efecto. Me costaba cada paso que daba, pero procuraba salir los días de sol para que la luz animara un poco mi camino.

También acudí al descampado, pero nunca iba sola. A veces venía Víctor conmigo y otras veces, Macarena. Pero yo estaba ausente. No era capaz de seguir ni una sola conversación.

Víctor lo notaba y paraba de hablar o simplemente me dejaba sola.

Así pasé varias semanas hasta que llegó la primavera. Los días empezaban a ser mucho más largos y eso hacía que pasara mucho tiempo en el jardín y, además, había conseguido empezar a cuidar a las plantas. Era una manera de hacerme cargo de un ser vivo que no hablara y así no enredarme en nada que no fuera asunto mío. Aunque sabía que eso no podía durarme siempre, todavía era muy joven para relacionarme solo y exclusivamente con animales y plantas.

El dolor no se había ido, todavía persistía, pero había aprendido a tenerlo como compañero y cada vez parecía impactarme menos. De hecho, poco a poco empecé a esbozar alguna pequeña sonrisa a algún vecino o incluso a reírme a veces a solas conmigo misma.

Mi primera aparición en público fue en la obra de teatro del instituto de Macarena. Ese día supuso el punto de inflexión en el que mi estado de mutación dio el siguiente paso. No podría decir que ese

paso fuera mejor que el anterior porque no fue así, más bien todo lo contrario, pero el velo de apatía debía desaparecer para dar lugar a todo lo que estaba escondido dentro de mí.

Todavía recuerdo cuando entré en la sala. Debía de buscar una butaca para sentarme y me sorprendí a mí misma sin que me importaran demasiado las miradas, no por mi seguridad, sino por mi cinismo y mi estado de pasotismo, que ese día decidieron acompañarme para protegerme.

Solo sentí alivio cuando las luces se apagaron poco a poco, entonces me desparramé en la butaca y volví a desconectarme de la realidad.

Y allí, a lo largo de toda la obra, me enteré de algo que cambió radicalmente mi percepción de las cosas: Si eres un cactus y deseas caminar al lado de otro cactus, debes convertirte en otra planta". Cuando uno de los compañeros de Macarena pronunció esta frase, me di cuenta de todo lo que había en aquellos chicos y lo poco o nada que había en mí. No podía hacer nada por nadie, solo por mí misma. Lo correcto no era realizar el trabajo por otro, sino convertirme en algo diferente si quería dejarlo crecer en libertad.

Entonces aun me enfurecí más. Hasta que tomé la decisión más ridícula pero más atrevida de mi vida.

El invierno se estaba terminando y los días empezaban a ser un poco más largos, así que no tenía nada que perder. Una tarde, todavía con frío y casi a oscuras, me acerqué a la playa. Primero me senté y el ruido ensordecedor del mar casi hizo que me levantara corriendo. Para ser franca, todavía habitaba en mí aquella pregunta: ¿qué le ve la gente al mar? Es curioso, a Simón tampoco le gustaba. Pero él prefirió hacer figuras de hierro, y yo quise comprarlas para defenderme de algo de lo que solo podía defenderme yo.

No lo pensé, me descalcé y caminé hacia la orilla. Todavía no era de noche así que el fondo se veía con claridad. Seguí caminando y decidí sacarme la falda. Me había puesto el traje de baño por debajo, no quería parecer esa sirena ridícula que entra en el mar desnudando su alma, aunque eso era justo lo que iba a hacer.

Conseguí meterme hasta las rodillas y decidí sacarme la camiseta, tiré todo hacia la orilla y me metí en el agua.

Estaba completamente congelada, pero seguí y seguí hasta ver la oscuridad del mar. Allí noté las algas, de todas formas y texturas. Las había muy gruesas, de esas que parecen enredaderas que trepan por tus piernas y, como en las películas de dibujos animados, la sensación era parecida a la de alguien que te quiere atrapar y llevarte a su reino a rastras por las profundidades.

También las había sutiles, pero no por ello menos escalofriantes y desagradables. A cada movimiento de mi cuerpo notaba una sensación

diferente, cada una más nueva y desafiante, incluso me pareció sentir una cierta excitación que no me resultaba incómoda. Así que, en un momento en que me perdí entre tantas sensaciones, decidí sentirlas todas juntas y me sumergí de lleno en la profundidad.

Debajo del mar, sin que pudiera ver nada, no supe lo que estaba pasando, no supe distinguir nada de lo que allí sucedía, perdí el control y tuve miedo.

Quise sentir aquello unos minutos más, así que subí a la superficie a coger aire y volver nuevamente a sumergirme. Así una y otra vez hasta que dejé de preocuparme por lo que allí, en la oscuridad donde no entendía nada, estaba sucediendo.

Noté el frío en el cuerpo y me asusté, entonces, decidí salir. Pero no salí sola. Varias especies de vida marina en forma de plantas me acompañaban por mi cuerpo. Ya en la arena las pude ver todas, aunque no solo vi eso con claridad, sino que, al meterme de lleno, justo donde nunca me quise meter… también salió conmigo alguna que otra compañía.

La humillación y el abandono caminaron conmigo dejando a la dignidad y el orgullo a un lado. Ahí estaban, mirándome de frente y sin ninguna intención de volver a esconderse. Supongo que, cuando alguien lleva llamando tanto tiempo a tu puerta y decides abrirle, se cuela como un hilo de humo y no se irá hasta que le hagas caso.

Los días siguientes, además de un resfriado considerable que me mantuvo en casa varios días, lo cual agradecí porque así no tendría que moverme mucho de la cama, consistieron en asimilar una dosis de realidad que no había querido ver hasta ese momento.

Muchas veces me habían dicho que tuviera cuidado con lo que decía: irreverente, malhablada, contestona, cortante, franca… habían sido solo algunas de las pocas propiedades que se me atribuyeron siempre, porque sí, no medía mi fuerza, no medía mi poder, y eso hacía de mí una persona desafiante dispuesta a sacar la espada ante cualquier cosa que no entendiese.

¿Eso era lo que quería ser? No, pero era lo que había sido, formaba parte de mí, y una parte tan real como mis pies y mis manos. Pero había abusado de ella, y en aquel pueblo donde todo lo que iba encontrando por el camino me parecía extraño, supuso el fin de mi papel de guerrera estresada, pero no de mi papel de guerrera. De ese, sabía que no me iba a poder desprender jamás. Pero sí, debía domarlo.

Ahora todo a mi alrededor estaba vació, todo, menos con quien no tenía que luchar, porque nunca vi nada que me pareciera extraño o nada que no entendiera.

Víctor había sido mi único amigo en el pueblo, la única persona con quien de verdad podía hablar de todo y no quería cambiar nada. Si buscaba alguien en quien inspirarme si tener que pelearme con

nadie, debía ser él.

Había dejado de trabajar en el quiosco de Víctor desde que se había ido Simón. También había dejado la casa del señor rico, una casa a la que todavía no estaba preparada para volver, pese a que tanto Dora como Ana estarían encantadas de que lo hiciera. Pero tanto hierro forjado todavía me resultaba molesto a la vista.

Tenía que hacer algo, así que hablé con Víctor. Y él me acogió de nuevo en el quiosco por las mañanas, incluso también las mañanas de los domingos.

Después de tantas semanas en mi casa intentando dar normalidad a cualquier actividad cotidiana, me supuso un enorme esfuerzo enfrentarme a la venta de periódicos de nuevo, pero debía hacerlo y, por fin, llegó el día en que todo comenzó de nuevo.

Llegué al pequeño museo de madera, como yo lo llamaba, y volví a percibir de nuevo el olor de la tinta en el papel de periódico y el inconfundible aroma de la goma en las gominolas. La sensación fue un tanto confusa. Por un lado, las cuatro paredes estrechas hacían que me sintiera con cierto amparo, pero, por otra parte, los recuerdos volvían a mí, aunque no se quedaban demasiado tiempo.

Los recuerdos de semanas atrás no tardaron en aparecer en forma de cliente habitual, y esa no era otra que Dora.

—Buenos días, Dora —dije como si no hubiera pasado nada.

—Buenos días, hija. ¿Qué tal te encuentras? Me han dicho que no estabas muy bien.

—No supe si ella sabía lo mío con Simón y su pregunta había sido un dardo envenenado o si, en realidad, Sofía nunca llegó a decirle nada de lo que habíamos visto aquella mañana de sábado. Debo reconocer que esa podría haber sido otra buena batalla para mí, pero no quise entrar, esta vez no. La casa del señor rico había supuesto para mí la peor de las pesadillas. No solo por Andrés, sino porque allí había descubierto un material que tardaría en volver a usar: el pesado y frío hierro forjado.

Al cabo de un rato también entró otro cliente habitual.

—Buenos días, nunca te pregunté tu nombre, pero hace poco que me enteré de que te llamas Olivia, ¿no es cierto?

Tras contestar afirmativamente a su pregunta, me di cuenta de que la intención con que esta se había formulado también podría ser otro buen reto: ¿por qué ahora este señor, que venía habitualmente al quiosco, sabía mi nombre?

Pero eso no fue todo, varios clientes que vinieron a lo largo de aquella mañana parecían saber algo de mí. En ese momento fui consciente de que lo más probable fuera que la gente de aquel lugar se hubiera enterado de lo que pasó entre Simón y yo.

Por un momento estuve a punto de volver a caer en la lucha, pero

hubiera tenido que hacerlo con todas las personas que por allí pasaron, porque me pareció que todas y cada una, después de que aquel hombre me preguntara mi nombre, sabían algo, y así comencé de nuevo a pensar en cómo había podido llegar la información de mi vida a la gente. Hasta que de repente, algo llamó mi atención.

Dentro del quiosco había unos cajones donde se guardaban facturas, bolígrafos, pequeñas libretas y demás material de papelería. Abrí uno de ellos para coger un bolígrafo y firmar un albarán, cuando, de repente, vi algo que respondió a una de las preguntas que me hice nada más llegar al pueblo. Por fin pude ponerle rostro a Daniela, la madre de Ylli.

Allí estaba, casi como me la había imaginado: rubia, de ojos claros como Ylli y también con sus pequeños hoyuelos. En una de las fotografías solo estaba ella; en otra, ella y Víctor; y en la última, los dos junto a un Ylli muy pequeño y con la cara más bonita que un niño podía tener.

Entonces se aparecieron en mi mente imágenes de los dos en el quiosco y, mientras seguía mirando esa sonrisa me di cuenta de que, casi con toda seguridad, a esa señora de pelo rubio ceniza de la foto le hubiera importado bien poco si Dora sabía lo de su marido con Carolina, si el señor que preguntó mi nombre lo hizo porque sabe algo de mi historia, y así fue cómo me di cuenta del tiempo perdido y de que mi ansia de engancharme a cualquier cosa que no entendía seguía allí todavía.

Me agarré a la imagen de la mujer rubia como referencia y decidí que, si ella fue capaz de sonreír y de dar esos ojos y esos hoyuelos al niño más especial del pueblo sin engancharse a nada, yo también podía hacerlo. Yo también podía vivir sin engancharme a nada, sin depender de ninguna estrategia y, simplemente, vivir.

Pasaron los días y de vez en cuando abría el cajón para acordarme de mi propósito viendo la cara de la mujer rubia. La utilizaba de inspiración o tal vez de referente, pero a mí eso me ayudaba a seguir.

De esta manera pasaron las semanas y el verano comenzaba a atraer a algunas personas más al pueblo, por lo tanto, la venta de periódicos y demás había aumentado considerablemente.

Víctor y yo teníamos que trabajar los dos en el quisco en ciertas horas puntales, por la tarde, era Ylli el que a veces ayudaba para que yo o Víctor pudiéramos descansar, y así, nos íbamos turnando.

Poco a poco, la gente del pueblo me iba conociendo cada vez más y, aunque mi soledad no se había ido del todo, me sentía bastante bien con este nuevo momento. Todavía no me había olvidado de Simón, pero era capaz de estar sola con Macarena y con mi trabajo.

Paulatinamente, empecé a notar una cierta motivación por la venta. De hecho, empezaba a tener ciertas ideas de cosas que se

podían hacer en el quiosco aprovechando la época estival, tal vez podríamos atraer mucha más clientela si ampliáramos el abanico de productos que se podrían vender ahí.

Tuve la sensación de que aquella caseta con tanto encanto podría dar mucho más de sí, podría ser incluso una especie de museo, no solo de golosinas y periódicos, sino de muchas más cosas. Una especie de bazar donde a la gente le gustara ir a comprar. Y, acto seguido, recordé que su fallecida mujer y él siempre habían querido ver crecer el quiosco. Así que decidí pensar cómo podía hablar de esto con Víctor. Al fin y al cabo, el quiosco era suyo.

La motivación comenzó a acompañarme de una manera que me hacía sentir bien. Eso y también obligarme todos los días a darme un baño en la playa.

Le propuse a Víctor quedar un día para comer y así hablar del tema. Tenía que ir con cuidado, puesto que era algo delicado. Me preocupaba que pudiera pensar en algún momento que yo tenía la necesidad de ocupar el lugar de su mujer en todo esto, puesto que aumentar su negocio había sido siempre el sueño de ambos.

No sé en qué momento de la conversación surgió la idea de cambiar el nombre al negocio, pero, puesto que Ylli no tenía intención de quedarse con el quiosco y llamarlo "El Quiosco" estaba vacío de contenido, decidimos llamarlo "Estrella".

Empezamos vendiendo alguna bebida natural; después, algunos complementos de playa, y poco a poco aumentamos nuestros productos hasta incluso vender comida y bebida hecha dentro del mismo local.

A día de hoy, Estrella es un mercado, pero no un mercado cualquiera. Las instalaciones tienen un estilo propio del que se encarga Víctor de manera personal. Hemos querido respetar la imagen del antiguo quiosco: su fachada de madera, su iluminación… Hemos añadido también algunos extras, como música de fondo, y también contábamos con algún pequeño grupo musical que amenizara el mercado las mañanas de los sábados.

Cuando miro alguno de esos establecimientos, siempre pienso en el pequeño quiosco de madera, en la señora Dora, en Andrés, en Gloria, en Ana… Y en Simón.

Fueron las primeras personas que conocí en el pueblo, las personas en cuyas vidas me metí sin pedir permiso, y ahora me doy cuenta de que, si me hubiera metido en cualquier otra, hubiera encontrado otras historias, porque, sí, dentro de la vida de todo el mundo hay historias que contar y temas que solucionar. En todas.

Infidelidades, exceso de cuidado de la imagen escondido bajo depresiones, miedos, cansancio, pánico, vergüenza… Todo ello nos lleva a ocultarlo o, tal vez, a escapar mediante cualquier otra cosa.

Pero esto no engaña a nadie, a nadie más que a ti. Porque tú y solo tú lo sabes, pero tú y solo tú lo ocultas. Hasta que no puedes más.

Y cuando ya no puedes más, estallas… como lo que les pasó a Andrés, a Simón, a Esteban… Y a mí.

Esteban no regresó. Al principio sí mantuve el contacto con él, puesto que Macarena era menor de edad. Ahora que Maca ya tiene 23 años, no sé casi nada de él, solo alguna cosa que me cuenta ella de vez en cuando.

Macarena decidió estudiar idiomas con la intención de viajar y tal vez acabar también montando algún negocio; no lo tiene muy claro todavía. Ylli se inclinó por una formación de letras y, como era de esperar, su intención es ser guionista de cine.

Víctor sigue siendo mi socio, aunque rehízo su vida con una violinista encantadora, también rubia, como la madre de Ylli. Todavía me acuerdo de la primera vez que vi en el cajón la foto de Daniela y de cómo aquella imagen me sirvió de inspiración. Sin embargo, ahí también me confundí.

Poco después de que Víctor y yo hubiéramos acordado ampliar el negocio y de que me convirtiera en su socia, le confesé que había encontrado en el cajón la foto de su mujer y que, gracias a tomarla como referente, había conseguido deshacerme del impulso de tener que embarcarme en cualquier situación que me llamara la atención. Le dije que, gracias a suponer cómo ella actuaría en el negocio, poco a poco fui soltando esa necesidad hasta casi abandonarla por completo.

La respuesta de Víctor terminó por confirmarme lo equivocada que estaba una vez más.

—Ya te había comentado que mi mujer, Daniela, tenía bastante carácter —dijo Víctor—. Pero en realidad, creo que esa imagen te la has inventado. Por lo general atendía yo el negocio, ella se enfadaba mucho cuando las cosas no salían a su manera. De hecho, creo que hubiéramos acabado bastante mal, la relación hacía años que no funcionaba. Tú has sido tu propio referente, solo has utilizado la imagen de su foto para poder ver la tuya.

Después de esta confesión, Víctor y yo empezamos nuestro camino como socios y, hoy en día, seguimos siendo un buen equipo.

Yo continúo sola y conservo mi casa del pueblo a la que voy de vez en cuando, sobre todo en verano. La he reformado un poco y me sirve de descanso. También me acerco al quiosco de la plaza, que todavía sigue en activo; lo hemos reformado y es un poco más grande.

Algunas veces veo a Dora y a Andrés y me he cruzado en alguna ocasión con Gloria. Sigue saludándome con su característica sonrisa y sus buenas formas. Siempre me ha parecido una persona agradable y lo que había detrás de sus buenos modales, porque, sí, había una historia detrás como nos pasa a todos, ya no me interesaba; de hecho,

solo de pensarlo, me volvían a entrar escalofríos.

Simón no volvió al pueblo y, además, vendió su taller. El parque que estaba al lado finalmente fue arreglado gracias a mí y a Víctor, que insistimos en que aquello, que representaba lo viejo y lo descuidado, lo oscuro y lo feo, fuera retirado o, en su defecto, se sustituyera por otro parque infantil más moderno.

No se construyó otro parque, simplemente se retiró y se dejó crecer la hierba. Al menos era verde, estaba sana y desprendía buen olor.

No supe nunca qué había sido de Simón. En realidad, nunca supe nada de él porque no lo llegué a conocer jamás. Solo conocía su máscara, fría y calculadora, vacía de cualquier emoción y empatía. Todavía recuerdo aquellas frases repetidas a modo de telegrama, perfectamente calculadas y carentes de cualquier emoción.

Simón pretendía guardarme en un bote del amor, un bote que necesitaba abrir de vez en cuando para nutrirse de lo que él creía que era amar, de un amor romántico en el que todavía se refugiaba pensando que aquello le daba vida. Cuando necesitaba conectar con aquello para sentir que el corazón le seguía funcionando, me llamaba y me decía siempre lo mismo: “Qué placer es escuchar tu voz”. Y yo siempre le contestaba también lo mismo: “Placer es para mis amigos y la gente que me quiere. Para ti es un privilegio”.

Ahí estaba otra vez la dignidad, acompañándome. Y, por suerte, decidió no separase nunca más de mí.

“En una pequeña montaña redondeada, en medio de un bosque, vivía un señor en una gran casa. Al señor le acompañaba su amo, que a veces hacía de bufón; una cama; un sofá; y un guardián que vigilaba la puerta para asegurarse de que nunca podría salir y entrar de esa casa. Él mismo había contratado estos servicios.

Aquel hombre miraba por la ventana y veía solo belleza. Pero no se atrevía a salir para verla. Pensaba que, si salía y la veía, perdería la comodidad de su sofá, de su amo y bufón, y del guardián de su casa. Así que se conformó con verla desde la ventana.

Veía jardines poblados de flores de colores, verde de distintas tonalidades y ventanas de otras casas con su jarra de agua fresca encima de una mesa blanca. Veía riachuelos, pájaros, pequeñas ranas en los estanques. También veía cómo el viento movía las hojas y podía estar así horas contemplando cómo el verde cambiaba su tonalidad según el sol le diera de un lado o del otro.

Alguna vez también vio pequeñas familias de patos o de otras aves que se acercaban a un estanque. Otras, solo veía unos enormes jarrones que vertían chorros inmensos de agua que caían como cascadas.

También logró ver puestas de sol sobrecogedoras, robles enormes,

flores silvestres que nacían solas y llenaban de color el camino hacia pequeñas casas que olían a limpio.

Después de ver esta inmensidad, cerraba la ventana, hablaba con su amo en el sofá, el cual, a veces este se convertía en su bufón para entretenerle y después, se acostaba en su cama. Así, día tras día.

La oscuridad de su casa era su refugio, no se atrevía a salir de ahí y, cada día, su amo era más amo, más bufón, su guardián más duro, y su casa, más oscura.

Aquel hombre pensaba: "Si salgo, ¿qué podría hacer si no tengo mi cómoda cama, mi cómodo sofá, mi amo que me cuida y ordena, y se convierte en bufón para mí? ¿Qué podría hacer yo ahí fuera si lo pierdo todo?

Entonces, temeroso, puso más cerraduras en la puerta, reforzó la vigilancia de su guardián, dio más poder a su amo y le exigió más servicios en su faceta de bufón.

Estuvo varios días sin poder salir a la ventana, no quería ver aquello, se negaba a sufrir más por algo que no podía tener, y decidió vivir solo del recuerdo de aquellos paisajes.

Pasaron los días y la tristeza aumentaba por momentos. Entonces, aquel señor decidió que no podía vivir sin ver el jardín, ya que necesitaba su dosis diaria. Así que volvió a abrir la ventana para recrearse de nuevo en los paisajes que tanto placer le habían dado. Pero no se imaginaba lo que le esperaba: detrás de la ventana, esta vez, no había nada.

Entró en pánico. Enfureció y comenzó a dar golpes a su sofá y a su cómoda cama. Se enfadó con su amo y bufón, y abrió la puerta de su casa empujando a su guardián.

Acudió al hombre más viejo de aquel lugar. Pensó que cualquier persona que lleve años en aquel bosque, el más anciano, debía de saber casi seguro qué había pasado con esos jardines y por qué ya no los veía, qué ocurría en aquella llanura para que un jardín desapareciera.

Encontró por fin al hombre más anciano y le preguntó:

—Dígame, por favor, ¿cómo puede ser que los jardines que se veían tras la ventana de mi casa ahora ya no estén? Necesito saberlo. Es imposible que todo eso se haya ido de golpe.

El anciano contestó:

—Caballero, sé que parece increíble, pero esos jardines se posan delante de aquellos que son capaz de apreciarlos, aunque solo en un tiempo prudencial. Si son abandonados, se esconden en otro lugar y entonces no queda más remedio que ir a buscarlos si no queremos que se pierdan.

Aquel hombre no entendía muy bien lo que el anciano le quería decir y terminó por pedirle ayuda desesperadamente.

—Dígame, por favor, dónde puedo encontrarlos, necesito verlos.

El anciano contestó:

—Tendrás que salir de tu casa y emprender su búsqueda, no queda más remedio. Si tardas mucho, después te va a resultar más difícil encontrarlos, se van escondiendo cada vez más y más…

El hombre no perdió ni un solo minuto de su tiempo. Llegó a su casa, despidió a su amo y bufón, y también al guardián. Tiró el sofá y la cama para no tener tentaciones de volver, cerró la casa con llave y salió a buscar su paisaje.

Lo que nunca supo aquel hombre es que el anciano le mintió. Tras la ventana de su casa, nunca hubo nada. Apenas un camino de tierra y unas cuantas piedras”.

Ylli